

Bitácora

del porvenir II

Palabras de una era

López de Tejada | Bernabé | Bitar | Bisordi | Makovsky | Vignoli | Feliú | Bujonok
Britos | Lopérgolo | Ritvo | Coñuecar | Quaranta | Pardo | Venturini | Spina
Godoy | Nemirovsky | Poliester | Aguzzi | González | Do | Çaro | Ramirez
Aranda | Ocampo | González | Catelli | Rozin | Turina | Mendoza | Bianchi
Colomba | Reviglio | Romano | Lescano | Blau Makaroff | De los Santos

La imagen de tapa es del artista Maximiliano Rossini, pertenece al ensayo fotográfico “Romantizar la cuarentena es un privilegio de clase”. Dicho trabajo se despliega a lo largo del presente volumen, en paralelo, infiltrado en el repertorio de los textos.

Festejamos que su obra, así como la de sus compañeros artistas que lo precedieron en este proyecto editorial: Gastón Miranda, Virginia Molinari y Lucia Rubiolo, converse sobre el presente y alimente las reflexiones de una escena distinguida en arte nacional.

Bitácora del porvenir II : palabras de una era / Manuel López de Tejada ... [et al.] ;
compilado por Virginia Giacosa ; Lila Siegrist ; editor literario Pablo Makovsky ;
fotografías de Maximiliano Rossini ; ilustrado por Maximilano Falcone. - 2a ed
compendiada. - Rosario : Lila Siegrist, 2020.
Libro digital, EPUB - (Bitácora)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-27972-5-6

1. Literatura Argentina. 2. Microficción. 3. Ensayo Literario. I. López de Tejada, Manuel. II. Giacosa, Virginia, comp. III. Siegrist, Lila, comp. IV. Makovsky, Pablo, ed. Lit. V. Rossini, Maximiliano, fot. VI. Falcone, Maximilano, ilus.
Editoras Virginia Giacosa y Lila Siegrist
Editor adscripto: Pablo Makovsky
Diseño editorial: Maxi Falcone
imágenes en tapa y en cuerpo de libro: Maximiliano Rossini
CDD A86o

Narrativas del presagio	7
Pandemia Divina Parte II Por Manuel López de Tejada	8
Un puñado de sueños prófugos Por Beatriz Vignoli	11
Un cautiverio mental Por Santiago Venturini	14
El verano de las especies Por Amanda Poliester	19
Tres momentos en el arte de perder Por Pablo Romano	22
I. El porvenir de los cuerpos Por María Noel Do	27
Soñar con fuego Por Agustín González	30
Es una trampa Por Morena Pardo	34
Prohibido pensar cuándo Por Laura Catelli	37
La experiencia de la fragilidad Por Rosario Spina	40
Gracias porvenir Por Gerardo Rozin	43
La obstinada vida de los rosales Por Cecilia Reviglio	45

Pero esta no es la fuente de los deseos Por Ivonne Coñuecar	48
El tapabocas: el nuevo tiempo... Por Juan Bautista Ritvo	52
El entusiasmo Por Agustina Lescano	54
Pandemium pandemonium Por Daniel Feliu	59
Quizás hemos sobrevivido Por Alejandra Mendez Bujonok	61
Javier puede volar Por Juan Nemirovsky	63
Apenas sobre el piso Por Mercedes Bisordi	67
Coronados Por Pablo Makovsky	70
Sonia al encuentro Por Hagar Blau Makaroff	73
Pasan cosas terribles Por Juan Aguzzi	75
Nadie sale sano de aquí Por Horacio Çaró	82

Métricas del futuro	85
COVID 19 NIGHTS Por Francisco Bitar	86
Acción de arrastrar Por Eliana Bianchi	88
¿Qué significa tener un poema en la cabeza? Por Diego Colomba	91
Táctica de tierra arrasada Por Julieta Lopérgolo	95
¿Cuál por venir? Por Ire Ocampo	97

Ensayos del porvenir	101
Fronteras peligrosas Por Germán de los Santos	102
Umbral: red compleja de intensidades afectivas Por María Victoria González	106
La Multiplicación de los informes Por Juan José Mendoza	109
La ilusión de un porvenir Por Manuel Quaranta	119
La ciudad intramuros Por Sebastián Godoy	123
¿En qué planeta vivís? Por Agustín Aranda	131
La última música en la tierra Relecturas de la ficción distópica para una utopía en la realidad Por Marcelo Britos	134
Efecto encierro o la cuarentena de los cuerpos Por Mónica Bernabé	139
Libros puerta a puerta en época de pandemia Por Paula Turina	145
Los sueños como sismógrafo de una época Por Candela Ramírez	152
Colofón Por Virginia Giacosa, Lila Siegrist y Pablo Makovsky	157

Narrativas del presagio



Pandemia Divina Parte II

Por Manuel López de Tejada

Pese a sus noventa años, Pilar Osorio se considera una aguda observadora de la actualidad. Tiene un parámetro fijo para medir los cambios sociales: su propia juventud. Por entonces, la religión y las buenas costumbres se imponían con naturalidad. Pilar no podía salir a solas con un muchacho. La supervisión de una autoridad era obligatoria. A estos acompañantes se les llamaba chaperones, un término casi extinguido y quizás irrisorio para sus nietos. Pero en la familia Osorio se tomaba con seriedad. Las encargadas de alternar dicho control eran dos tías solteras, Etelvina y Adela. La primera de ellas era una persona rigurosa. No se apartaba de su papel de centinela, ni aun en el interior del cine. Con un ojo miraba la pantalla y con el otro las manos de los festejantes. No estaba dispuesta a permitir una contravención a las normas. La carne era débil y el pecado asolaba. Etelvina había sido monja de clausura durante quince años y después no pudo formalizar con nadie. En ocasiones querer no es poder, y sin duda por tal frustración ella se ensañaba tanto con su sobrina carnal. Si Etelvina no conocía la intimidad con un hombre en la edad madura, no iba a dejar a una mocosa solazarse en el barro. Por lo menos hasta el matrimonio.

El caso de Adela era diferente. La mujer tenía una moral intachable, pero solía caer en ensueños prolongados, que les permitían a los sucesivos novios de Pilar armarse de coraje e intentar caricias voluptuosas. En los varones no estaba mal un poco de osadía. Era propia del ímpetu masculino. Y si bien Pilar había sentido deseos de responder con idéntico ardor, los había reprimido. Esas acciones lúbricas no estaban bien vistas ni por los mismos receptores, que podían llegar a considerarla una mujer ligera de cascos. Solo una vez antes de su casamiento, Pilar se había atrevido a salirse del decoro imperante. Mientras su prometido, Evaristo Alvear, le hurgaba bajo las faldas en la penumbra del cine, favorecido por la abstracción de la tía Adela, Pilar se pasó de la raya y ocasionó en él tal placer y desconcierto, que sus orejas seguían coloradas al prenderse las luces.

Más tarde ella telefoneó a Evaristo con preocupación, se mostró arrepentida de su propia indecencia –“no sé qué me pasó”– y vertió el juramento de confesarse a la brevedad con el padre Higinio. Por suerte el cura también le concedió el perdón –luego de algunas preguntas arteras–, el compromiso de esponsales se mantuvo con la fecha pactada y Pilar tuvo una noche de bodas aceptable. Como primera medida, en aquella circunstancia su flamante cónyuge le propuso un juego. Cada uno debía desvestirse por las suyas con las luces apagadas, para reunirse después en el centro del lecho. Cuando cumplieron lo estipulado, Evaristo la incitó a pensar en la oscuridad de una sala de cine y en la presencia de la tía Adela, porque la de Etelvina podía paralizarlos. Entonces, poco a poco se

fueron tocando y el matrimonio se consumó como manda la ley. Al cabo de doce meses, alentados por la confianza de la convivencia y por su primer aniversario juntos, repitieron ese mismo rito nupcial, pero con la fantasía de la ex monja de clausura como horizonte. Y el resultado también fue bueno, aunque espeluznante.

La pareja Alvear Osorio fue prolífica y larga. Tuvieron dos varones y tres niñas, cuya educación no distó demasiado de la de sus padres. Colegios católicos, prohibiciones férreas, relaciones vigiladas. Los muchachos salieron medio picaflores, pero eso no importaba. A los hombres se les permitían más cosas por su bestialidad innata, por sus dificultades para contenerse, entre otras cosas. Pero las chicas debían ser cuidadas conforme a la tradición. Claro que ahora el problema era la falta de chaperones. No se usaban más. Ya nadie quería desempeñar ese papel. Ni siquiera la propia Pilar, que echaba de menos a sus tías. “Esas dos santas habían nacido para preservar la honra”, decía.

Igualmente, los Alvear Osorio salieron adelante, aunque su descendencia mostró un comportamiento más moderno en el mal sentido. La mayor de sus hijas tuvo unos años de oveja negra, con la complicidad de la segunda, pero luego volvió al rebaño y, desde hacía mucho tiempo, estaba casada con un señor educado y de buena posición. Lo mismo podía decirse de sus otros descendientes. Evaristo y Pilar habían sido bendecidos con quince nietos, nada menos. Lástima que al añoso patriarca se lo llevó una neumonía, antes de cumplir con su mujer las bodas de oro.

Ahora Pilar vive con la familia de la menor de sus hijas. Ella se llama Etelvina Adela, es el bálsamo de la vejez de su madre y tiene una personalidad ambivalente. Por momentos se muestra severa como la ex monja de claustro, y por momentos está en Babia como la otra tía abuela solterona. Dichos rasgos no le crearon dificultades mayores con su esposo, pero sí con sus hijas. Al menos hasta hacía poco tiempo, las tres parecían moldeadas por una época impía. Hablaban el castellano más soez, volvían de madrugada con olor a alcohol, miraban pornografía, alentaban el consumo de marihuana, las relaciones libres y los desvíos sexuales. En síntesis: eran unas descarriadas sin patria ni bandera.

Pero Dios sabe cuándo debe decir basta. De un día para el otro propagó en el mundo el Coronavirus, otra peste bíblica. Sin duda estaba harto de tanto libertinaje, de tanta corrupción, y lo manifestó a través de sus nuevos voceros, los médicos infectólogos: “Cuarentena por tiempo indeterminado. Cada uno en su casa. Basta de promiscuidad, basta de excesos. Los cuerpos deben cuidarse tanto como las almas. Los ancianos deben recibir la mejor atención, pero no en los geriátricos, donde mueren de a cientos”. A partir de entonces, por lo menos en lo de Etelvina Adela, el pudor y el buen juicio han vuelto a las fuentes. Durante la primera etapa, las nietas de Pilar cultivaron la abstención sexual –sus novios tenían prohibidas las visitas–, se comprometieron a dividir las tareas hogareñas y a realizar sus estudios en forma virtual. También se las notaba sosegadas,

amorosas con sus padres y con su abuela.

En definitiva, el retiro del mundanal ruido no deja de ser una bendición. Todos se lavan las manos hasta la paranoia, pero no como Pilatos. La idea es purificarse. Tanta limpieza exterior e interior ha transformado las almas de sus nietas. Ahora, en la segunda fase de la cuarentena, reciben a sus novios con un recato superior al de principios del siglo pasado. En esas oportunidades, todos portan barbijos, hasta la abuela Pilar. Pero a estos muchachos los desinfectan con alcohol en el porche de entrada, los obligan a quitarse los zapatos y les prohíben los besos más inocentes. Con tantas precauciones, nos hemos acercado al islamismo, incluso de forma más exagerada, porque en esa cultura los hombres no van cubiertos. En fin. Tal vez las religiones tienen un mismo origen, esto lo han expresado muchos eruditos, y el Coronavirus termine por fundirlas, por concluir las guerras santas, por marcar la unión en las diferencias.

Pilar desea la continuidad del encierro. La pandemia es un envío divino, cada grupo humano de buena voluntad sobrevive en su arca de Noé y espera las trompetas del Apocalipsis.

Un puñado de sueños prófugos

Por Beatriz Vignoli

A les soñantes de La Interdimensional Onironáutica/Moravia

En memoria de Charlotte Beradt

5 al 6 de abril de 2020

Ahogo

Quiero caminar por la calle y me van obstruyendo el paso montañas de tierra, enormes, muy polvorientas. Me cuesta respirar. El polvillo dificulta la respiración.

12 al 13 de abril de 2020

La fabla pintoresca

Los viejos han perdido todo y salen a la calle con carritos a vender sus cosas para subsistir. Estoy en Bulevar Oroño de antes, donde vivía en los '60. Son los viejos del Mercado viejo y se los oye hablar. Todos hablan. Y los escuchamos. Tienen una forma de decir de otra época, una época anterior a la televisión. Un habla pintoresca. Hay uno que recomienda a un comerciante lo que le conviene vender, y hace toda una comparación entre el cliente bohemio y el cliente burgués, y qué le tiene que vender a cada uno un local de comidas, o un bar. Y lo dice de un modo súper pintoresco, y todos lo escuchamos. Y me parece ver viejos conocidos, todos en situaciones de miseria extrema, hablando, hablando, hablando. La gente más joven sonríe cuando los escucha.

23 al 24 de abril de 2020

Grito

Voy semidormida en un colectivo, sentada en una de esas filas a la izquierda que son de un único asiento, y grito que moriré sin haber aprendido a manejar. Grito de nuevo: ¡Moriré sin haber aprendido a manejar! Resulta que está prohibido gritar en los colectivos o en los espacios públicos y puedo tener graves problemas, sobre todo porque grité dos veces. Pero pienso (en el sueño) que puedo alegar que gritaba en sueños y si logro demostrar que estaba dormida, sería inimputable.

29 al 30 de abril de 2020

Visita a Willy Harvey en la Interzona

Voy al supermercado La Gallega, aun sabiendo que me puede hacer mal. Hay colas de gente amontonada esperando turno para entrar. Un conocido me pregunta cómo la voy llevando y digo que bien, salvo que sufro mucho en el supermercado. A él se lo ve mal de cara. Temo que me roben la mochila con el celular. Veo que la cola de gente es más larga de lo que yo pensaba así que decido irme sin comprar nada. Conmigo viene un viejo pelado. Después aparecemos con el viejo en medio de un desierto pedregoso y deshabitado. Temo que me roben si me quedo sola y lo sigo al viejo. Después lo pierdo de vista y voy sola por Barrio Parque. Sé que es un sueño y voy pensando en decirle a Pablo Bigliardi cuando despierte que estuve en su barrio. Hay una vereda muy linda con durmientes de quebracho rodeados de césped en vez de baldosas. La reconozco como un lugar adonde dijimos con Pablo que íbamos a ir. Es de noche. En eso entro como por unos laberintos iluminados que son veredas donde los viejos se sientan en sillas a tomar aire, y al mismo tiempo son sus casas. Llego así a lo del viejo pelado. (La casa se parece al Trocadero de Santiago al 900). Sé que voy a hacer con él un intercambio. Él se sienta en su sillón mirando para arriba y habla. Me da mucha información sobre este mundo en el que estamos. Aparece en mi mano un recipiente con cerveza y me tomo su contenido. Ni bien termino, aparece a mi lado un anciano vagabundo medio hippie de pelo largo y vuelve a llenarme el vaso. Y así sucesivamente con varios personajes similares mientras el viejo me dice que así se hace, es la forma de recibir alimento gratis. Empiezo a poner rodajas de banana en un pote hermético y me aseguro de llevarme conmigo mi teléfono y todas mis cosas. Sin embargo, ha desaparecido mi mochila. Tengo que irme porque el viejo se puso mimoso. Voy de nuevo por los laberintos iluminados por entre sus vecinos y pienso que deben ser sus amigos. No recuerdo nada de lo que el viejo dijo.

14 al 15 de mayo de 2020

Tíbet

Tengo novio y está harto de que le hable de mi nueva novela. La pienso titular “Tíbet” y es una ucronía donde Argentina invadió el Uruguay. Los uruguayos viven oprimidos por los fachos argentinos, que organizan retenes en las rutas y los reconocen de lejos por su andar cansino, su poco ego y su trato amable. Me la paso escribiendo y leyendo borradores de la novela, que pretende ser una alegoría de la ocupación china del Tíbet.



Un cautiverio mental

Por Santiago Venturini

La señora de enfrente, que espía a veces la calle por esa ventanita cuadrada que tiene el portón de su garaje y parece presa de su propia casa, sale a la vereda. Una máscara transparente, un barbijo y un carrito con ruedas para hacer las compras. A las diez de la mañana, en esta cuadra de la ciudad, ella es el único indicio del fin del mundo. El paisaje es el mismo de siempre. Los plátanos disfrutan del aire de otoño. Las chapas de los autos brillan en el sol, las fachadas de las casas están ahí, duras. Pero esa señora es la alteración de la normalidad. Dice: “mírenme, todo cambió”.

*

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano (1912). Tomo V (CIA-CONT)

“CONTEMPLACIÓN. Fil. La contemplación consiste en atender a objetos exteriores, que exceden los límites de nuestro horizonte visible; se contempla la inmensidad del mar, lo majestuoso de un cielo estrellado, el ritmo y tranquilidad de la naturaleza en calma, lo infinito en cualquier manifestación, etc. Al contemplar observamos las manifestaciones de lo suprasensible o convertimos nuestra meditación al exterior (V. ATENCIÓN). Se medita sobre la verdad de las cosas y se contempla las manifestaciones de las cosas mismas (...) Olvidado de sí, y como enajenado en la contemplación, el espíritu puede llegar a una abstracción de sí mismo, y aun de todo lo que le rodea, excepto aquello que contempla, que se convierte al éxtasis y delirio del místico, todo ello efecto de la pasividad que caracteriza a los límites extremos de nuestras emociones” (págs. 900-901).

*

En un vivo de Instagram, una mujer enseña a cocinar. Está para adelante. En otro, dos chicas recomiendan libros: lo único que dicen es “este libro es buenísimo”, o “este libro está muy bueno”, o “este libro es genial”. En otro vivo, dos locas hablan de pavadas para 50 K de espectadores: sus voces resuenan en cincuenta mil casas del país. Me encanta pensar en esa colonización queer. En Tik Tok, unos adolescentes hacen una pila humana; alguien le tira una feta de jamón cocido en la cara a una persona que duerme; un señor maquillado y con peluca imita perfectamente a Moria Casán; una nena sorda hace una coreografía y usuarios despiadados se burlan de su casa humilde, en la que se ve un colchón sucio. A veces me doy cuenta de que no parpadeo, esa pantallita que me ilumina se vuelve algo que necesito para sobrevivir, como un suero o un respirador. Cuando consigo separarme quedo idiota.

*

“Coronavirus: Pandas vuelven a China porque se quedaron sin comida”.

*

M.A.P.

Pasó demasiado tiempo. Ni siquiera puedo calcular cuántos años tendrías ahora. Una vez, cuando era chico, me dijiste, me acuerdo, algo así: no te tiene que dar miedo el fin del mundo, porque cuando llegue ya no vamos a estar acá.

*

El espacio de la casa se modificó. Ahora me parece enorme. La distancia que separa la cocina de la pieza es de algunos pasos, pero tengo la impresión de que cruzar una puerta es como cruzar un puente en una autopista; levanto la cabeza como cuando voy en auto. Me siento en el pasillo y miro todo desde ahí: la perspectiva es nueva. Descubro detalles que no conocía. Rajaduras, manchas, defectos en el piso calcáreo. En una parte del comedor se cayó el revoque y hay un agujero horrible. Creo que si hundiera la mano ahí sentiría, del otro lado, el frío de algún lugar del planeta.

*

Audio de C. (fragmento)

“E. tiene una relación re linda con la mujer. Los veo y son re compañeros, siempre. Ayer me dijo: ‘no está tan mal esto, estamos teniendo tiempo para leer juntos’. Ellos normalmente leen juntos, se sientan y leen cosas en voz alta. Y yo digo: ‘yo quiero algo así, yo quiero un compañero así’. Ay, son tan cursi, pero es la verdad”.

*

“Coronavirus en Ecuador: abandona el cadáver de su madre muerta con conmovedor mensaje”.

*

A veces pasan las horas y no sé qué hice. Vuelvo a la realidad y estoy sentado en el comedor, con el celular en la mano. La televisión está encendida, necesito el ruido de voces humanas. Los programas en vivo me hacen creer que todo está en orden en el mundo. ¿Dónde estuve? ¿Qué estaba haciendo? Me levanto de la silla y camino para que la parte severa de mí mismo no se dé cuenta de que me fui.

*

Antes de las seis de la tarde, tocan el timbre y golpean la puerta, las dos cosas al mismo tiempo. Salgo. Unas mujeres con barbijos, chalecos de la municipalidad y una planilla en la mano son custodiadas por fumigadores. Una de ellas me explica que hubo un caso de dengue en esta manzana, por lo que están fumigando todos los patios. El mosquito es ca-

paz de volar hasta 150 metros, agrega. Aunque me repite lo que ya escuché mil veces, la miro con mucha atención, como su alumno perfecto: no dejar recipientes con agua, usar repelente, no automedicarme si tengo dolor de cabeza o fiebre. Los mosquitos sobrevivieron al otoño, vuelan en mayo como si estuvieran febrero. Se volvieron resistentes al frío. A la noche los escucho en la pieza, me parecen máquinas asesinas. Me duerno con el perfume de las pastillas de Fuyí, que me lleva a los veranos de la infancia.

Los fumigadores se meten en mi casa. Atraviesan los ambientes, invaden mi privacidad y salen al patio. Desde la ventana veo la nube de insecticida. Me dan ganas de que todos nos pongamos a bailar en esa niebla para festejar el fin del mundo.

*

“El presidente de Tanzania dijo que su hijo se curó de coronavirus con limón y jengibre”.

*

Todas las noches, antes de acostarme, voy hasta el lavadero. Necesito comprobar que no hay nadie ahí, que nadie entró por la cocina y se escondió para esperar el momento de salir. Todas las noches, por un segundo, veo el brazo de un hombre parado en la oscuridad.

*

En el supermercado, una señora les pregunta a dos empleados, en voz demasiado alta: “Chicos, ¿dónde está el alcohol? No el de tomar, a ese ya lo encontré”. Su carcajada nos hace reír a todos, aunque con los barbijos no se nota.

*

Sábado. Invitado por L., entro en una fiesta londinense organizada en Zoom.

En las ventanitas digitales hay personas cool, vestidas con ropa rara; chicas con orejas de conejo o máscaras de animales, gente descontrolada en sus piezas o cocinas. Un chico muestra el culo y se ríe con sus amigos. Otros están solos como yo, se mueven con discreción al ritmo de la música que pone el administrador. Miro esos interiores de casas extranjeras, algunos más lindos que otros. No me sentí acompañado, pero tampoco solo. Era como ver una película.

*

Chateo con desconocidos en Grindr. Hablamos de cualquier cosa, ni siquiera de sexo. Muchos están solos, otros están hartos de sus parejas. Todos estiran los brazos a través del celular para tocar a alguien, para saber que hay alguien del otro lado. Uno me pregunta cómo dormí. Nunca me vio la cara. Otro, en una aplicación donde predominan las fotos de culos y pijas, me envía la foto de un paisaje que sacó en uno de sus viajes. Veo montañas. Con algunos pierdo contacto, dejo de hablar. Reaparecen algún día, tarde,

con ganas de sexo. De otros ya me considero, casi, un amigo. No sé si los conoceré, pero pienso en ellos cuando espero que se caliente el agua, parado al lado de la pava eléctrica, o cuando cuelgo la ropa en el patio.

*

Audio de C. (fragmento):

“No puedo viajar hasta allá, no tengo el permiso. J. me dijo que me compre un ambo y que me ponga a hacer dedo en la ruta disfrazada de enfermera. Me dijo que seguro me levantan, y que una vez que me levanten ya está. Pero no voy a hacer eso”.

*

A.D.B.

Nos imagino durmiendo la siesta, comiendo tus buñuelos de banana o tus pollos gra-sientos hechos al horno. Nos habríamos cuidado mutuamente, como antes.

*

“Violó la cuarentena disfrazado de policía y acostó a mujeres en Constitución”.

*

Otras veces, es como si nos hubiéramos vuelto más conscientes de cada una de nuestras acciones, entonces lavar un plato es lavar un plato; cepillarse los dientes es cepillarse los dientes; doblar la ropa es doblar la ropa; verse la cara en el espejo del baño es mirar a un desconocido.

*

Me meto en la vida de mis vecinos. En realidad, gracias a sus voces y a la calidad de estas paredes, ellos se meten en la mía. Escucho a la familia que ocupa la casa que está a la derecha. Desde que esto empezó, viven como en un campamento. Tienen largas char-las, juegan a juegos de mesas, y cuando se ríen todos juntos parece que cada risa quiere ganarle en intensidad a las otras. A la noche, la madre les lee un cuento a los hijos (un cuento que a veces yo también escucho desde mi cama). Esa tierna acción me parece un poco siniestra, porque los hijos son adolescentes que tienen casi mi estatura. Cualquier familia que parezca feliz es sospechosa. Ya aprendimos que las familias son un conjunto más o menos de reducido de personas que en algún momento se autodestruye.

Tal vez ellos escuchan la música electrónica que les llega desde mi casa y piensan que soy un puto solo y manija.

*

V. me canta una canción en un audio de WhatsApp, pero al final deja de cantar y dice: “qué fiaca, qué fiaca temerle a la muerte desde la mañana hasta la noche”.

*

O.W.P.

Como fuimos extraños el uno para el otro, supongo que durante este tiempo no nos habríamos visto nunca, y ninguno de los dos lo necesitaría. En tus fotos de juventud estás soltero, con un traje blanco, paseando con amigos galanes por un parque que ya no existe. Cuando te miro pienso que siempre fuiste un desconocido. La juventud fue el mejor momento de tu vida, no es difícil adivinarlo. Tal vez me pase lo mismo que a vos, tal vez repita tu historia y esa será la forma en la que estaremos finalmente unidos.

*

Otro día en el que parece que los extraterrestres me abdujeron a la mañana y me dejaron acostado en mi cama por la noche, listo para dormirme.

*

Audio de C. (fragmento)

“Tengo que aceptar las arrugas, es así. Tiene que llegar un momento en que yo acepte mis arrugas. Lo que pasa es que las puedo aceptar. Yo veo viejas en las que no me molestan para nada las arrugas, pero veo a otras viejas que tienen la piel como deshidratada, seca, como para abajo, no pulposita... Se puede tener la piel arrugada pero como... no sé si se entiende... como sana. Hay veces que yo veo pieles de viejas que vos decís: esta vieja como hace para tener la piel así. No una vieja tipo Susana Giménez, pieles normales, de señoras en la calle. Entonces yo creo que eso tiene que ver con un equilibrio”.

*

“Como en un autocine, más de 500 franceses asistieron a una misa en coche”.

*

R.P.

Hoy, por una noticia estúpida, me acordé de esa vez en la que te pusiste a rapear el Credo. Usabas las manos para marcar el ritmo, y tu voz de rapero acentuaba algunas sílabas por sobre otras: “Fue crucificado, muerto y sepultado”. Ese ejercicio hereje nos hizo reír durante mucho tiempo.

*

La luz. Señores con mascotas, chicas y chicos con bolsas de supermercado, viejas camufladas contra el virus y otros enemigos: todos los que pasan por la vereda de enfrente ven el otoño por primera vez.

*

Después de un tiempo, salgo de mi casa sin saber a qué hora volveré.

El verano de las especies

Por Amanda Poliester

Tokyo

Haru abre la pequeña caja roja con faisanes dorados. Hace dos años que recibe mensualidad, sin embargo cada día encuentra las dos monedas para el dorayaki. Piensa que a su madre le cuesta aceptar los cambios.

Saluda a Hojo. Es un alivio el regreso de su manera de ir entre los objetos de la casa, del ruido de la aspiradora a las siete de la mañana. Se calza el barbijo de Kittys rosadas.

Afuera el día es transparente y luminoso y los durazneros estallan en flores. En el bus un hombre virtual reitera los cuidados del día.

El mar

Chapela enciende el cigarro. Cuando embarcaron el virus era uno más, una simple gripe. La tripulación era la de siempre, casi todo era lo de siempre. El año próximo iba a jubilarse. No tanto porque lo quisiera, sino porque su mujer insistía con eso de los peligros, la edad, la salud. Iba a ceder, finalmente, con desgano. Extrañaría el océano, el arrullo constante. Después empezaron las noticias de la peste. Los pescadores se amontonaban en torno a la radio. No tenían más que eso, en el barco no hay internet. Trabajaban nerviosos y posesos. Un día hubo una gresca. Chapela tuvo que separarlos y asistir al que sangraba.

Pidió auxilio a los dueños de la empresa, al mismísimo gobierno. No había respuestas; algunas evasivas, contradicciones, formalidades de protocolo. Si volvían a Cabo Verde, se infectarían todos; allí viven el día a día, las calles estarían llenas de vendedores, el contagio era inevitable y hay sólo un hospital.

Cuando los alimentos se acabaron organizaron una ración diaria de la pesca. Hubo hambre y falta de fe. No motines: una extraña fraternidad proveniente de la certeza de que el hombre no es más que un mono desnudo se había apoderado de la tripulación. Algunas veces llanto. Los hombres de mar lloran solos, su desesperación es privada y efímera.

El humo asciende lento. Mañana estarán en el puerto. Los pescadores volverán a sus casas. Chapela tomará el vuelo, observará las reglas sanitarias. Apaga el cigarro. A esa hora, la última de la tarde, la cubierta es todo silencio. En el Atlántico los millares de crestas doradas empiezan a apagarse, finalmente la noche se traga el mar.

El Monte

Nancy deja una nota sobre la mesa. La nota dice azúcar, yerba, trapo de piso. Es una nota para sí misma. Vive sola desde que su hija se fue a estudiar a Resistencia. Cierra la puerta con llave, no por los robos, más que nada por los chicos del barrio que andan haciendo diabluras.

Empieza a clarear en el este, es una suerte que en esa época del año cuando sale ya es de día. Son cincuenta minutos de marcha hasta el hospital, de la marcha pareja y sosegada de Nancy. En la radio escuchó que los chicos volvieron a las hamacas. En el pueblo no hay hamacas, pero igual la noticia la alegra. Ayer se despidió del último de los enfermos de la tos. La familia fue a buscarlo, después de tres días del alta. No habían ido a preguntar nunca.

El noviembre chaqueño despunta detrás de una hilera de carandayes.

Genova

El capitán vive en la habitación del tercer piso que da al Oeste de la vía Di San Donato N° 32. Es un cuarto con una cama, un acolchado con flores, una mesa, dos sillas, un ropero, un pequeño lavabo. No necesita más que eso. No es pobre: la jubilación de la marina genovesa le sobra para vivir. Después de enviudar, cuando empezaron los dolores en las rodillas, los hijos decidieron vender la vieja casa. Demasiadas escaleras, impuestos muy costosos.

Repartió el producido de la venta en cuatro partes: tres para sus hijos y la cuarta, a dar intereses. Con esa renta, una vez al año viajaba a Sicilia, a visitar a sus hermanos. Les llevaba prosecco, uvas y queso. Excepto esa estancia vacacional, el resto de los días escucha la radio, lee noticias y cocina sopas y hortalizas.

En el bar lo conocen todos. Antes de la peste, cada noche a las ocho, con el saco de pana negro si refrescaba, bajaba los tres pisos de la pensión para ir al supermercado express. Volvía con la compra y ocupaba una mesa entre los habitués jóvenes, más jóvenes incluso que sus hijos.

Ahora debe respetar restricciones. Entonces baja sólo los sábados. Le parece a veces que lo esperan toda la semana. Los jóvenes beben cerveza, y el capitán, aperitivo. Sobre las diez sube, acomoda la compra en la cocina maloliente y regresa al cuarto. Casi siempre a las once ya apagó la luz.

Ciudad del puerto

“Que no parezca que estás producida”, le dijo Diana. Entonces no sabe cómo vestirse.

Cómo iría normalmente a esa clase. Como si estuviera en su casa, horrorosa. Pero no. Esta vez busca la línea exacta, el límite perfecto entre lo casual y el artificio. Se siente un poco vieja, arrugada, fuera de estado.

Durante la cuarentena no sabía más qué hacer. Horneaba tortas de zanahoria, contestaba los mensajes de los clientes –que entraban a cualquier hora, porque no había horas, no había borde de nada, era un mismo desvelo, una vigilia unánime–, desinfectaba lo desinfectado, pintaba los marcos de las puertas. Veía todos los documentales que se había perdido y las obras que liberaban las plataformas de teatro. Aun así no conseguía sustraerse a la angustia, un predio de niebla que la asaltaba en medio de cualquier cosa, en cualquier momento. No la veía venir. A veces era lo mismo con la risa. Pasaba del llanto a la risa como si nada. Un estado de exacerbación que atribuía a la pandemia. “Como antes pero peor”, decía su hermana.

Entonces se le ocurrió lo de las clases. Los domingos eran eternos. Plantaba y trasplantaba y escribía. En internet había oferta de cursos de todo tipo: desde origami hasta cómo invertir en la bolsa. Un profesor de piano. Miró el viejo piano de su madre. Un piano que nadie usaba, lo mantenía por su valor sentimental. Todo era a través de camaritas. Justo justo como no le gustaba.

Una cosa llevó a la otra. Como alumna era bastante desastrosa. La mayoría de las veces terminaban hablando de cualquier cosa. No se veían siquiera las caras, eran palabras entre seres remotos, dos recuadros con manos y teclas blancas y negras. Una cosa llevó a la otra.

Se pinta las uñas de azul. Eso no es estar producida. Antes de salir, se detiene un instante. Una gota de agua marca el paso del tiempo. Faltan quince minutos. En el teléfono avisan que llegó el she taxi.

She taxi

Durante lo que la gente llamaba la pandemia, palabra que detesta, que en ese mismo segundo olvida para nunca más recordar, vio fotos de canguros atravesando calles desiertas. De delfines en canales transparentes. Todo eso no fue cierto. Nada fue cierto.

Tres momentos en el arte de perder

Por Pablo Romano

1 – Día 9 del confinamiento. Un niño obediente

Desde niño he sido muy obediente. A los 11 años tuve hepatitis. Mi papá, que era médico, me dijo que tenía que quedarme en cama lo más quieto posible para que el hígado se cure; además de seguir una dieta estricta durante mucho tiempo. Entonces obedecí como obedezco ahora haciendo el aislamiento preventivo. Realmente soy muy obediente. Demasiado. Eso me dijo una novia una vez; que no le hiciera tanto caso.

2 – Día 18 del confinamiento. Una llamada en la noche.

En la madrugada sonó el teléfono. Me sobresalté y me dije: ¿Quién murió? No había otra opción que esa. Bajé las escaleras, porque el teléfono fijo está en la planta baja ¿Quién tiene teléfono fijo hoy me dije?

Cuando papá falleció, también me llamaron al teléfono fijo. Me desperté inmediatamente sabiendo lo peor. Cuando mi padre falleció, en el colchón donde pasó sus últimos meses postrado, quedó la silueta de su cuerpo; una especie de molde de fundición. Entonces mi madre y Carmen, una testigo de jehová que cuidaba a mi padre, se encargaron de borrar cualquier rastro de agonía: sacaron el colchón al patio, lavaron las sábanas con las secreciones del cuerpo, limpiaron y airearon la habitación. Media hora después, en ese lugar no quedaba ninguna huella del sufrimiento de ese hombre. Ningún olor que haya despedido ese cuerpo quedó en esa habitación. Y eso fue lo siniestro. Ya no se tolera dejar a cualquiera entrar en una habitación que huele a orín, a sudor, a gangrena, donde las sábanas están sucias. ¿Pudor? Papá pasaba su último tiempo gimiendo porque sabía que iba a morir.

“La perla es lo que quedó sin decir. La perla es la que no tiene impurezas ¡El resto es lo perdido!”

Henry James

Una vez estando en el desierto de New Mexico por una beca, me enteré de que se produciría un eclipse. Salí con mi bicicleta y la cámara. Me alejé del pueblo por una ruta y me puse al lado del camino con mi bicicleta viendo que no haya cascabeles alrededor, aunque las escuchaba. Esperé un tiempo y me distraje con una hormiga que cruzaba lentamente por la ruta. Pensaba si los autos finalmente la pisarían o llegaría a destino. Me obsesioné tanto con la hormiga que comencé a filmarla. Los autos pasaban ¿La pisaría un auto? Miraba con un placer morboso, tal vez esperando que la aplastaran contra el asfalto, o con el anhelo de que se salvara. Ella seguía su curso, su camino incierto de un derrotero que yo jamás me atrevería a adivinar, ni siquiera a saber. ¿Adonde van las hormigas? me preguntaba como un Holden Caulfield del desierto. Mientras tanto la luna pasaba a través del sol. A lo lejos yo escuchaba las exclamaciones de unos obreros de un tinglado en medio de la nada.

¡Oh! ¡ooooohh!

Yo pensaba que estarían borrachos o viendo a una mujer como se desnudaba frente a ellos, o más bien ellos frente a una pantalla de tv. Pero los ¡Oh! ¡ooooohh! seguían y allí entonces cerré el obturador de la cámara hasta que solo se divisaba el sol recortado. Entonces vi la luna por un instante que terminaba de tapar el sol y luego desaparecer hasta la noche. Soy un experto en el arte de perder.

Volviendo a la llamada, atendí con cautela el teléfono porque temía lo peor.

—¿Sí? — Al otro lado del teléfono escuché una voz titubeante.

—¿Carlos, sos vos? — Dudé un instante en responder. Y si hubiese dicho que sí. Si por un instante hubiese tomado otra personalidad. Hubiese sido otro. ¿Qué pasa con una persona cuando está detenida y busca un signo en el exterior para tomar una decisión? Y en el medio de la noche llega esa llamada por efecto del azar.

Soy cobarde y digo: —Número equivocado. Ni siquiera espero la disculpa del otro lado. Cuelgo. Tengo que hacer un plan. ¿Pero cómo hacer un plan en estas condiciones?

Me costó dormirme después de ese llamado y pensar que tenía que hacerme un plan. Y cuando desperté por la mañana, no pude recordar el sueño, pero me vino a la cabeza la película Más corazón que odio (The Searchers) de John Ford. Salí hacia la terraza y me dije: “Ahora tendríamos que mirar hacia el horizonte como en los westerns. Poner la mano como visera, hacia el horizonte, pero no mostrar lo que se ve. Eso se lo dejamos librado al espectador”. En ese final, el de la película de todos los personajes entrando al rancho a excepción de Ethan (John Wayne) quedándose fuera, ya no pertenece a ese mundo. Fue y volvió, pero ya es otro y la puerta que se cierra. A papá le gustaba imitar a John Wayne cuando yo era pequeño. Ese caminar y la voz, aunque de pequeño lo escuchaba doblado y no en su idioma original. Quise entrar a casa nuevamente. ¿Habré so-

ñado con papá?, me dije. Lo que nos falta en estos días es mirar más hacia el horizonte.

3 – Día 22 del confinamiento. El documental imposible.

Estoy haciendo un documental sobre un poeta. Cuando comencé a pensarlo me asaltó una pregunta: ¿Si yo describiera “su biografía” estaría hablando de él? Es habitual que en la solapa de los libros se presente al autor a través de una pequeña biografía o que se repasen sus títulos más conocidos o destacados. Busqué diferentes libros y páginas web donde estaban sus reseñas biográficas.

Periodista, poeta, dramaturgo, historiador. Nació un 29 de marzo de 1939, en la ciudad de Esquel. Vivió en San Antonio de los Cobres, Monte Quemado, Santiago del Estero; Los Frentones, Chaco; Ñorquinco y El Maitén, Neuquén, San Rafael y Rawson. En los años 60 comenzó a escribir en la ciudad de Rosario. Su primer libro lo hizo entre los 19 y 23 años: “El vicio absoluto” y era de poesía.

Podría seguir ofreciéndoles datos Biográficos. Pero con todo esto que les digo: ¿Saben algo de este poeta? La biografía es sólo para las solapas y contratapas. También son muy convenientes para cuando uno está muerto o un grupo piensa que alguien va a morir y deciden hacerle un homenaje. Pero el cuerpo de Rafael aún respira y vibra.

En los libros, se denomina solapa a una prolongación de la cubierta que, doblada hacia adentro, permite incluir diversos textos.

¿Qué es una biografía? ¿Alcanza con esto para hablar de un hombre?

¿De que forma se construye el mundo sino como un acto de lenguaje?

Siempre pensé que los planos iniciales de una película eran cruciales para armar el universo que se quiere contar y como introducir al espectador en el film. Las primeras acciones de los sujetos, la vida de un hombre (con sus logros y frustraciones). Pero también siempre es importante anunciar la amenaza en ciernes, el posible conflicto. ¿Entonces como empezar esta historia? Glosar un tiempo. Una glosa es una nota escrita en los márgenes o entre las líneas de un libro, en la cual se explica el significado de un texto en su idioma original.

Un día en el hall de su lugar de trabajo Rafael, me hizo una confesión.

–Me voy a morir– dijo.

Yo le respondí con una sonrisa que todos nos vamos a morir.

–No me jodas. Es en serio–

Lo miré a los ojos y le pregunté si estaba enfermo. No, me dijo. Pero ya estoy muy gran-

de. Puedo morirme. Hagamos algo. Y nació un documental. Un documental que nació del azar. Y un día por casualidad registré con mi teléfono móvil cuando Rafael salía de su lugar de trabajo. Eso había sido hecho sin pensarlo. Pero luego ese video lo atesoré. Allí en esos gestos había una promesa de algo. Luego de un tiempo, esa promesa se hizo un plan. Pero era solo una voluntad sin relato, solo el registro del movimiento.

Unos meses antes del confinamiento se presentaba el último libro de Rafael en una librería céntrica de la ciudad de Rosario. Decidí ir a filmar, aunque no me parecía en nada atractivo para un documental registrar la presentación de un libro. Entonces sucedió lo más hermoso que puede suceder. Se cortó la luz, y mientras esas personas esperaban en la penumbra, hablando como en confesiones, hice un registro de esos cuerpos en siluetas recortados contra las ventanas. El azar me había regalado una secuencia hermosa. La presentación terminó por cancelarse. Le dije a Rafael que lamentaba que la presentación haya sido un fracaso, pero para el documental venía maravillosamente bien. El sonrió con su habitual generosidad.

El documental que estoy haciendo es una lucha entre una promesa y la amenaza de una muerte. Porque Rafael cada tanto me dice: Apuráte que me voy a morir. Y siento que prolongo el documental con el anhelo que no se muera. De que viva un poco más. Como si la finalización del documental marcaría la muerte de Rafael. ¿Cuándo se termina un documental? A lo largo de la profesión como documentalista uno se entrena en “el arte de perder”. Organizar la mirada, aunque siempre nos estemos perdiendo de algo. No se puede registrar el todo. Y es en esa pérdida, en esa falta, en ese proceso que convierte una idea en una obra, es donde uno intenta trabajar. Esta negociación inevitable entre la voluntad y el azar es lo que construye el documental. El porvenir de una promesa, de una ilusión; eso es el documental.

¿Cuándo se terminará este encierro? Mientras tanto me digo que siendo ateo hago plegarias imposibles para que Rafael siga vivo.

Parece que perder
no es un arte difícil:
los muertos de verdad de uno
son víctimas amadas de los vivos.

De lo que cada uno dijo.

“Retrato terminado” de Mirta Rosenberg del libro El arte de perder.



I. El porvenir de los cuerpos

Por María Noel Do

Lo que estaba por venir era una lluvia torrencial después de casi cuarenta días de pleno sol, en lo que había sido un favorable invierno por el cambio climático. ¡Tenía que salir, hoy le correspondía según las indicaciones de The Day!, la nueva app que, en base a datos personales, perfiles, likes y consumos de usuarios en distintas redes establecía quién y cuándo podía romper con el confinamiento. Los gobernantes dejaron en manos de algoritmos la selección del aislamiento obligatorio, después de que gran parte de la ciudad se viera contagiada por una frustrada apertura de la cuarentena. La app permitía que personas con intereses similares pudieran salir el mismo día, a los mismos bares, plazas, librerías o cines y encontrarse de manera legal. De esta manera se controlaba digitalmente por zona, franja horaria, edad y cantidad de personas fuera de sus casas.

Lo que sí era ilegal era crearse otros perfiles. Ella lo hizo después de varios intentos fallidos de engancharse con alguien, porque de las salidas autorizadas a su nombre, sólo pegó onda con dos personas, sin poder acostarse con ninguna. Aparte ya conocía muy bien el ambiente que desde siempre había frecuentado. Necesitaba ser otra.

Agarró la mochila, el celular... paraguas no usó y nunca usará, pero ahora la camuflaba un poco en su arriesgada nueva identidad. Llegó hasta la puerta, giró la llave y en ese momento notó que algo más le faltaba. Tampoco se había acostumbrado del todo a ponerse el barbijo. Regresó en sus pasos cuando sonó el teléfono celular. “¿Estás desnuda?”. La había conocido en la quinta salida, hicieron mucho sexting, pero esta vez ella necesitaba un cuerpo a cuerpo. La excitaban las imágenes de dedos, bocas, sexos tocándose; los fluidos cayendo fuera de plano y los gemidos que tenía que silenciar por sus compañeros de piso. Dejó el mensaje como visto pero sin contestar, sabía que del otro lado iban a seguir con o sin ella como voyeur.

En todo este tiempo no había pensado en otra cosa que en el deseo. Y se preguntaba por el sentido de su cuerpo, de todos los cuerpos, el roce con otros, esa vieja sensación que hasta el momento no le había provocado el mundo virtual, del que tampoco se quejaba. Pero si de ahora en más la vida iba a ser de esta manera, esperaba no encerrar también su deseo entre cuatro paredes. Las multitudes siempre le habían dado seguridad, curiosidad, ganas de todo. ¿Con quiénes se encontraría esta vez?

II. ¿Hay porvenir en lo que está por venir?

Se supone que lo anterior iba a ser un relato de ficción, sobre un futuro cercano distópico al estilo *Years and Years* o *BlackMirror*. Una historia de sexting, nuevas tecnologías y realidades virtuales al servicio de los cuerpos en cuarentena, que parece ser toda una novedad en el mundo occidental. Sin embargo, el acercamiento voraz de la tecnología también muestra su potencia de control social.

Lo dijo el filósofo coreano Byung Chul Han, “el modelo asiático para combatir el virus no es compatible con el liberalismo occidental. En Asia sigue imperando una sociedad disciplinaria, un colectivismo con fuerte tendencia a la disciplina. Al seguimiento digital no se lo percibe como restricción de los derechos individuales, sino como cumplimiento de deberes colectivos”. La pandemia puso en evidencia la diferencia cultural entre países asiáticos y, aunque ya vivimos en una especie de “panóptico digital global”, en Occidente no entregamos nuestros datos por la fuerza sino por necesidad interior, por exposición o moda.

“La vigilancia total es posible porque no existe restricción alguna al intercambio de datos entre los proveedores de internet y de telefonía móvil y las autoridades. Así el Estado sabe dónde estoy, con quién me encuentro, qué estoy haciendo, qué ando buscando, en qué pienso, qué compro, qué como”, piensa Byung Chul Han. Entonces, lo que conocemos como democracia liberal occidental está siendo cuestionada por (la débil) salud de los cuerpos, acostumbrados al placer de lo colectivo e individual sin restricciones de los gobiernos y en especial del sistema capitalista. Y mucho menos aceptaría la vigilancia digital ciudadana, que en China cuenta con un sistema de puntos y normas que debe cumplir “el buen ciudadano”.

Sobre la libertad de los norteamericanos escribió el filósofo activista italiano Bifo Berardi en su diario de cuarentena: “La libertad. ¿De qué están hablando? Son ciudadanos blancos de una nación que escribió la palabra «libertad» en sus documentos fundacionales, pero que desde el principio ha omitido mencionar la esclavitud de millones de personas para exaltar su libertad”.

Beatriz Sarlo apuntó, citando al presidente chino: “Al coronavirus puede haberlo enviado «el demonio», pero los hospitales y los servicios sanitarios son obras humanas, como lo son los suburbios superpoblados y las villas miseria”.

Buenas noticias, Argentina tiene hasta el momento pocos contagios en relación al resto de los países del mundo, pero una profunda crisis económica. La mitad de los alumnos santafesinos no posee conexión a internet y en sus casas hay solo una computadora para el uso de varios. La ilusión de que la tecnología o internet vino a salvar la cuarentena es cada vez más un sueño lejano, que pudo ser de utilidad para unos pocos.

Nos desterritorializamos y desmaterializamos. En su libro *Fenomenología del fin*, vuelve Bifo Berardi: “La clave de la mutación afectiva y psíquica de la sociedad actual se basa

esencialmente en una producción y acumulación de signos excesiva y sobre-estimulada”. De los mercados económicos fundados en la tecnología digital de la información germina una híper expresividad que produce más consumo que sentido.

“Ya no tengo espacio en mi celular para descargar aplicaciones como Zoom, Instagram, Twitter, Facebook ni PedidosYa”, escuché de mi madre. Estamos frente a una digitalización irreversible, pero es necesaria entonces la alfabetización de distintos sectores que quedaron verdaderamente aislados.

¿Y qué porvenir podemos imaginarnos de todos aquellos que se han quedado sin trabajo? El porvenir tiene que ser el despertar de una sociedad consciente de las causas de la pandemia. Los coronavirus y las enfermedades de transmisión animal van a continuar si el hombre sigue invadiendo áreas naturales antes despobladas. Tenemos dos opciones a las que hacer frente: la pre y la post-pandemia, pero el mundo seguirá siendo uno solo. Aunque ya lo dijeron los Sex Pistols en 1977 y sin barbijo: “No future”.

Soñar con fuego

Por Agustín González

Esta mañana me levanté y había hormigas en la habitación. Estaban todas sobre mis medias, que había dejado tiradas en el piso la noche anterior. Seguramente las medias tenían algún residuo de comida pisado en la cocina. Todavía dormido llevé las medias llenas de hormigas a la bache del baño y abrí la canilla. Me miré en el espejo con el ceño fruncido, malhumorado por ese despertar abrupto, pero después me puse a reír, asombrado porque las hormigas habían ampliado sus límites de exploración. Me pregunté si por la noche siguiente no subirían hasta la cama a devorarme el pie como en esos cuentos de Horacio Quiroga.

Después del desayuno, nos dedicamos a hacer trabajos de jardinería, huerta y corral, de acuerdo a las necesidades del día. La huerta queda lejos de la casa así que llevamos todo para pasar la mañana. La rutina empieza dándole de comer a los animales y abriéndoles la puerta del corral: hay gallinas, conejos, cuises, faisanes, patos y pavos reales que de día viven en libertad y que antes que caiga el sol encerramos en el corral para que no sean devorados por las comadrejas. Si alguno queda fuera por la noche, corre ese riesgo y es normal que lo encontremos al otro día, a medio devorar. Por contrapartida, las comadrejas también tienen un depredador, que es Susy, la perra ciega. También con frecuencia aparecen comadrejas muertas en el parque.

La tarea del corral nos lleva una media hora. Acto seguido revisamos la huerta, recogemos lo que está a punto (por estos días las calabazas, los rabanitos y la acelga) controlamos que no haya plagas, desmalezamos y supervisamos brotes. Después hacemos una pequeña pausa, comemos alguna galletita y tomamos mates en el invernadero mientras vaporizamos las orquídeas, los injertos y las plantas carnívoras. Nuestra labor en el vergel finaliza chequeando los panales de abejas. “La semana que viene ya podemos recolectar la miel” dice Johnny, que es un gran apicultor aficionado.

Antes del mediodía encendemos el horno de barro para hacer el almuerzo. Encender el fuego es un ritual que nos hipnotiza: la chispa encuentra las ramas secas y poco a poco aparece el fuego antiguo, el agni deva, dios solar de la destrucción y de la creación.

“Cuando la casa era todavía un monasterio” me cuenta Johnny “hubo varios incendios sucesivos en los que murieron muchos monjes. Después, en la época de mis tatarabuelos, el techo, que era de madera, se prendió fuego en medio de una tormenta al caerle

encima una rama de álamo encendida por un rayo. En esa oportunidad, sólo se vio dañado el techo, que cambiaron íntegro con las actuales tejas negras... Pero algunas cosas insisten, y cuando las cosas insisten es porque todavía no han sido escuchadas, no han sido atendidos sus reclamos. Y el fuego, para mí, es siempre el mismo, que vuelve una y otra vez a acechar la casa”.

Ponemos a calentar unas empanadas en el horno de barro, y mientras esperamos, Johnny continúa su relato: “A mediados de los años 70 la casa se incendió nuevamente, producto de un cortocircuito en la cocina. Como el interior era todo de machimbre, el fuego tardó muchísimo en apagarse... En el 83, esta vez no a causa de un accidente, sino de mi abuelo. El abuelo Bradwood era un tipo bravo y terminó loco, con una demencia senil. Los bomberos lo encontraron delirante en el parque con un bidón de nafta vacío en la mano, mirando la casa monasterio bajo las llamas del fuego. Decía que había incendiado la casa para echar las hormigas, porque habían hecho un inmenso hormiguero debajo de la casa, y el fuego era la única manera de sacarlas.”

Después de almorzar volvimos a la casa a tomar un té o un café, a leer, tocar el piano o dormir la siesta. Agarré un libro de la biblioteca, no recuerdo cuál, porque apenas lo abrí me quedé dormido.

La rica y variada biblioteca del monasterio, como también la biblioteca de los tatarabuelos Bradwood se vieron diezmadas sucesivas veces por el fuego, dejando como resultado una selección inusual y variada, como dije en otra oportunidad, una porción del infinito literario que constituye cualquier biblioteca. Otra característica, que agrega una alta dosis de snobismo a esta situación, es que todos los libros están en inglés. Se trata de las obras completas de Shakespeare en tres volúmenes encuadernados en cuero y con filigrana dorada; las tragedias completas de Esquilo, Eurípides y Sófocles, también en hermosos volúmenes de cuero y filigrana; seis novelas de Lord Berners, que me parecen una mejor que otra: Percy Wallingford, El camello, El sr. Pidger, Lejos de la guerra, El conde Omega y El romance de la nariz; Emma de Jane Austen en una hermosa edición vintage; la Historia de la filosofía de Bertrand Russell; la Enciclopedia Botánica Británica de John B. Tradescant y Las mil y una noches.

Cuando me canso de leer salgo a caminar por el parque, a explorar los bosques, o me quedo en la casa explorando el interior del monasterio, que es enorme. Tan enorme es que hoy descubrí una habitación en la que nunca antes había estado.

La habitación olía a encierro y a humedad, y parecía no haber estado en los planes de la última remodelación de la casa, que en general tiene un estilo minimalista con paredes

blancas. En esta habitación, que parecía un ático pese a encontrarse en la plata baja, había muebles de todas las épocas y tapices en las paredes y en el piso. Me sentía como si hubiera traspasado por un túnel del tiempo. En un rincón había un baúl que llamó mi atención.

Dentro del baúl encontré libros muy antiguos, arruinados por el fuego y el agua, que en seguida reconocí como originales de la época del monasterio y que por algún motivo los sucesivos habitantes de la casa no habían tirado pero tampoco restaurado. Junto a esos incunables en latín había otros libros de ediciones más modernas, en español y en buen estado, que parecían estar ahí escondidos, por no ser dignos de la biblioteca principal. Esos libros eran: El nombre de la Rosa, Los misterios de Udolfo, Frankenstein, Mrs Dalloway, La correspondencia entre Abelardo y Eloísa, los fragmentos de Safo, y Madame Bovary (este último en francés). Me alegré porque eran nuevos libros para leer. Cuando le conté a Johnny de mi descubrimiento me dijo: “Ah...estaban acá esos libros, pensé que los habrían tirado o llevado a Rosario... Eran de la tía Donna, y mi abuelo, su padre, no permitía que estuvieran en la biblioteca principal.” Pregunté a Johnny si podía sacarlos y ponerlos en algún lugar más a mano y me dijo que sí. Después atardeció y fuimos a darles de comer nuevamente a los animales y a dejarlos dentro del corral.

Durante la cena Johnny siguió hablando de los incendios: “Yo presencié el incendio de los años 90. Era desesperante ver cómo las cosas se quemaban sin poder hacer nada. Sacábamos agua del estanque con baldes pero eso apenas si servía. Recuerdo todavía sentir el calor del fuego en toda la piel, como si uno estuviera dentro de un horno”.

Como soy supersticioso, me fui a dormir convencido de que la casa se iba a incendiar nuevamente esa noche con nosotros adentro. Me acosté no sin antes dejar preparada una muda de ropa, zapatillas y un bidón de agua mineral junto a la cama.

Tardé en quedarme dormido y cuando me dormí, soñé que el abuelo de Johnny volvía a la casa y la prendía fuego para echarnos, para que volviéramos a la ciudad. Fue horrible porque realmente podía sentir el calor de las llamas. En sueños nunca puedo darme cuenta si lo que está pasando es sueño o no. Me desperté todo transpirado. No había amanecido todavía pero había un resplandor de luz por debajo de la puerta. Abrí la puerta y vi el gran salón de la casa en llamas, el piano de cola, la biblioteca, los sillones, las cortinas, todo envuelto en llamas. El calor que hacía era abominable. El crepitar del fuego y el humo invadían la casa. Grité de angustia y me desperté. Estaba todo transpirado. Me quedé unos segundos en la cama con el ceño fruncido, con la angustia del sueño todavía en el cuerpo.

Durante el desayuno conté el sueño del incendio a Johnny y me dijo que había soñado algo similar. “Quizás el fantasma de tu abuelo se enojó porque saqué del baúl los libros de tu tía Donna” dije medio en broma, medio en serio. Johnny me miró confundido. No

hizo falta que me preguntara ¿qué tía Donna? o ¿qué baúl de libros? para darme cuenta de que el baúl de libros también había sido un sueño.



Es una trampa

Por Morena Pardo

I won't be gone with the goners

Come on, Sir

Just give me the answer

(St Vincent - Fear the Future)

A principio de año me enamoré de una chica que vive del otro lado del mundo y recordé que el futuro es una trampa. Nos vimos una última vez a fines de enero sin saber cuándo sería la próxima, y sabiendo además que esa certeza no llegaría en largos meses. Amar a la distancia parece requerir de organización, de planes, intentos caprichosos de aplicar algún tipo orden sobre lo que es intrínsecamente incierto: el porvenir. ¿Cuándo podré volver a viajar? ¿Si voy es para quedarme? ¿En qué calidad de qué me mudaría a otro continente? Pausa. Recordé otra cosa: las preguntas son la entrada a la trampa. Se suceden infinitamente si una las deja, se concatenan inevitablemente hacia un terreno pantanoso y poco amigable, hecho de esa materia escurridiza que es lo desconocido, lo que no puede conocerse, ese sustrato infinito e inasible. Entonces la única certeza posible: “El futuro es una trampa”. Así lo formulé en uno de los tantos extensos mails que intercambiamos con la chica que vive del otro lado del mundo. Era una respuesta a un breve estado de angustia producto justamente de haber caído en la trampa, una pérdida momentánea del equilibrio que sostenemos con bastante destreza. No es racional, pero todo paso por la incertidumbre genera algún grado de angustia. Y versar sobre el porvenir es hablar irremediabilmente sobre la incertidumbre. Otra pausa. Todo lo que sé sobre la incertidumbre, o al menos la parte más valiosa, no la aprendí del amor, ni de este amor en particular, sino del miedo. Y el miedo es todo futuro.

La pandemia parece ostentar muchas habilidades inesperadas, al igual que el infame virus que la suscitó. Su capacidad de transformar toda idea previa normalidad en algo extraordinario, y su consecuente invitación a cierto entendimiento colectivo sobre algunas nociones no del todo novedosas. Lo que antes podía suponerse, por algún motivo (exceso de tiempo para la contemplación, demanda brutal por generar reflexiones, por abismar respuestas) ahora se manifiesta a modo de epifanía, seguida por el eco de una onomatopeya de asombro. Una: el capitalismo es tan terco como falible. Otra: la huma-

nidad (en su dimensión colectiva e individual) es absolutamente frágil. Otra: nunca fue posible conocer el futuro, ni adelantarse a él. La posibilidad de planificar, de proyectar, suscitaba cierta ilusión de control, una vaga y endeble fachada que igualmente necesitó de un escenario extremo para resquebrajarse. Aun así, muchxs todavía se aferran al espejismo y apelan a esas proyecciones para traer algo de calma en forma de certezas al presente perpetuo y elástico de la cuarentena.

¿Cuándo voy a volver a ver a mi familia? ¿Cuándo voy a volver a ir a un recital? ¿Cuándo recuperaré mi vida normal? ¿De verdad ya nada será como antes? ¿Será en agosto, en noviembre? ¿Qué impacto sobre la economía tendrá esta suspensión del mundo? ¿Cuándo estará disponible la vacuna? ¿Qué hacemos, mientras tanto, con el miedo, ese padecimiento sin remedio preventivo?

Repito: todo lo que sé sobre la incertidumbre (y sobre la fragilidad) lo aprendí del miedo. Yo ya pasé por esto antes. Ya sé lo que es temerle a lo posible. Y sé de esa angustia. Al igual que el resto de les mortales, no viví ninguna pandemia. Pero este estado de impavidez ante lo que podría pasar no es nuevo. Sobreviví a otro tipo de fenómeno, pero de escala insoportablemente personal: un padecimiento de salud mental. Un Trastorno Obsesivo no sólo implica un miedo feroz, incapacitante, a lo que puede pasar, sino que se sustenta en eso. Es cruel. Es silencioso. Es implacable. Comparte apenas unos calificativos con el virus, pero no se parece en nada más, mucho menos en sus consecuencias materiales, masivas, catastróficas.

El TOC tiene perfil bajo. Me aventuro a una breve tarea educativa, a sabiendas de los incorrectos imaginarios que circulan alrededor de este trastorno: las compulsiones son apenas una manifestación exterior de un infierno interior en forma de preguntas insoportables. ¿Y si se muere toda mi familia por mi culpa? ¿Y si me abandona mi pareja? ¿Y si me lastimo a mí mismx? ¿Y si me contagio alguna enfermedad letal?

Los rituales operan como respuestas irracionales: si se repite cada tres veces, entonces los escenarios horrorosos que plantea la mente no van a ocurrir. Yo no tengo compulsiones, no de esas que se ven pintorescas en las películas y a veces causan gracia por lo absurdas. Mi compulsión es intentar responder la pregunta. “Es una trampa”, me dijo mi psicóloga una vez. Ahora puedo detectarla a leguas, sé qué preguntas son portales a la angustia. Todavía no pudo afirmarse a ciencia cierta si las personas que convivieron con el Covid-19 generan alguna inmunidad tras su paso. Yo puedo asegurar que he creado alguna exención a los anzuelos del futuro.

Desde que empezó la cuarentena, la invitación a reflexionar sobre el futuro es constante. En diálogos con familiares, con amigxs, en entrevistas a pensadores, en análisis de expertos en economía, en vivos de Instagram entre influencers o mediáticxs. Todos parecen querer dar una respuesta a lo que hoy no puede saberse sino a través de especulaciones. Claro, los interrogantes frecuentes de estos tiempos, a diferencia de los de la mente obsesiva, tienen asidero en la realidad. Surgen en muchos casos de una urgencia, de necesitar conocer cómo va a seguir todo para organizar la subsistencia, para calcular ingresos, para pensar alternativas. Esas preguntas no podrían considerarse nunca un ardid de la subjetividad. Son necesarias. Pero ¿qué pasa con la tendencia casi compulsiva por resolver incógnitas imposibles? ¿Cómo se convive con esa suerte de incertidumbre existencial y persistente? ¿Cómo se lleva adelante cada día, tan parecido al anterior, sin saber hasta cuándo? ¿Cómo se habita el presente cuando se nos obtura la visión a futuro? ¿Cómo se aplaca el miedo permanente a lo que pueda pasar? No sé. Quizás abandonando toda voluntad de respuesta. Esa fue mi reacción refleja, mi respuesta cognitiva automática. ¿Cómo te imaginás el mundo después de la pandemia? No lo sé. Soy inmune al futuro.

Prohibido pensar cuándo

Por Laura Catelli

¿Cuándo voy a ver a mi madre? ¿Y mi hermano? ¿Cómo serán de altas mis sobrinas cuando las vea? ¿Podré abrazarlos a todos cuando finalmente podamos viajar? ¿Tendré que hacer cuarentena cuando llegue? ¿Y si me enfermo en el viaje y no puedo volver? Imagino aeropuertos difusamente, esta nueva fobia a los gérmenes se suma al disgusto que me producen esos viajes eternos en avión a Estados Unidos, donde viví desde los trece años hasta que me repatrié hace ya un tiempo.

Recuerdo un video de Naomi Campbell que una amiga me envió medio en chiste cuando venía de Brasil y todo esto comenzaba. Naomi lleva un atuendo reglamentario como el de los médicos, con máscara, y añade con su acento british, “aunque se rían de mí también llevo gafas protectoras, porque si alguien que camina adelante mío estornuda, adivina adónde van a parar esas gotitas?” Una vez en la cabina del avión esteriliza con una botella de spray tamaño viaje todas las superficies que su cuerpo pueda llegar a tocar. Me reí tanto cuando vi esa secuencia, pero ahora reconozco que Naomi la tenía muy clara bien antes de que todo esto empiece. Si me toca viajar, cuando pueda viajar, puedo hacerlo siguiendo el ejemplo de Naomi. Mi suegra me regaló una de esas máscaras de acrílico, podría funcionar.

Imagino: cuando vuelva a haber vuelos, cuando las fronteras se reabran, pero... cuándo es una pregunta prohibida. Prohibidos los cálculos en meses, en años ni pienso. Cuando sea, será.

Y algunas cosas serán exactamente iguales. El camino del aeropuerto a casa de mi madre, el color celeste grisáceo del puente Verazzano que cambia según la luz del cielo, el aire de la casa de mamá, sus cajones que amo revisar. Al día siguiente del arribo despertar con el olor de su café y sentir la confusión de mi pobre cuerpo que después de treinta años de idas y vueltas y un poco de artritis no procesa la distancia más que como un traslado agobiante.

Así y todo, mi cuerpo simplemente está donde estoy y eso me reconforta, algo que también es cierto en la cuarentena. La cuarentena es un poco como ser inmigrante, pero sin salir de casa. Durante los primeros días se veían desde el balcón a varias personas co-

municándose por camarita con sus parientes, compartiendo un momento del domingo, tratando de zanzar con un dispositivo la distancia real. Pensé: ahora todos saben cómo es estar lejos, cómo es extrañarse y no poder juntarse simplemente a comer. Añoranza de los tuyos. Toda mi vida, desde los trece años al menos, la edad que tenía cuando me mudé a Estados Unidos con mi madre y mi hermano, me la he pasado conviviendo con esa sensación de añoranza, a veces casi insoportable. Con el tiempo aprendés que un día te bajás del avión o alguien llega de visita y ese hormigueo un poco parecido al amor imposible se disipa y los canales del cuerpo por donde pasan las emociones se llenan de algo distinto.

Todos estos años mi cuerpo ha sido mi nave sensible. Recuerdo una performance de la cubana Ana Mendieta, exiliada a la misma edad que yo, también a Estados Unidos. Mendieta entra desnuda al mar y cuando el agua le llega al pecho se echa a flotar y deja que su cuerpo sea llevado por las olas hasta la orilla. En el trayecto se golpea con una gran rama seca, o un pedazo de árbol muerto, el agua la arrastra y se le mete en la nariz, en los ojos. Se la ve haciendo un esfuerzo para poder respirar. Finalmente, su cuerpo llega a la orilla y queda ahí, inmóvil, las olas siguen batiendo sus piernas. Agotamiento del viaje. Así fue el agotamiento que sentí las primeras dos semanas de la cuarentena, esta especie de viaje al interior de mi casa, en mi fiel nave que luego de dos meses se ha tornado perfectamente sedentaria. Mi cuerpo que todo lo procesa. Mi nave maravillosa recubierta en una piel que ahora no puede ser tocada ni por las pequeñas gotas del aire.

Con todo, esos canales sensibles no dejan de fluir. La añoranza de la vida allá en el mundo insiste y desde la distancia nueva del encierro me pregunto ¿qué me hará salir? ¿Cómo tramitará mi nave la asepsia del porvenir? Salgo de casa y practico cómo será pasar por lugares del mundo que ahora son tan lejanos que hasta me parecen imposibles. Igual, pienso, eso no es tan así. Los lugares del mundo seguirán allí, tal vez como ruinas de lo que fue nuestra vida. Lo que realmente me parece imposible es no estar con mi madre. Eso sería como flotar en un mar sin orillas.

El momento del encuentro con mi madre recortado en el porvenir es lo único que me hace pensar en medir tiempos y distancias, pero no lo hago. De momento esos cálculos están prohibidos. Ahora, desde las distancias nuevas que impone la pandemia, hago algo que sé hacer: estar cerca estando lejos. Mi voz sabe viajar y sabe llamar a las personas que amo con el pensamiento. Es verdad eso. Si alguna vez te digo que te llamé con el pensamiento es porque te amo. Mi nave se ocupa de lo suyo, de estar donde está, eso me reconforta. Mi nave ya sabe que no tiene que adelantarse, y ahora tengo que acom-

pañarla. Solo cuando sueño puede adelantarse y dislocarse, estar en otro lugar del que realmente está.

Entonces sueño que estoy en un auto con mi madre. Acabo de recogerla en el aeropuerto. Hace bastante frío y vamos manejando y conversando, mirando la ruta. Ella está cansada por el viaje. Le queda tan linda esa chalina que le regalé, con esos tonos ocres que realzan sus ojos marrones y los reflejos dorados de su pelo. Estamos juntas, y no llevamos barbijos.



La experiencia de la fragilidad

Por Rosario Spina

Hay un tiempo que no es de nadie
hay un tiempo que donamos sin saber.

Belén Campero

Por más que me esfuerce, no puedo recordar la voz de mi padre. Sí resuena todavía en mi memoria el silbido que usaba para llamar a sus palomas. Un silbido que comenzaba alargado y constante para luego ir afinándose y entrecortándose. Pienso en esto luego de escuchar a mi hija pedirle a su papá que le enseñe a silbar. ¿Cómo se hace? dice mientras le mira curiosa los labios para copiar la forma en que él pone la boca y suelta de a poquito el aire. Ese aire invisible que va tomando cuerpo musical.

Terminamos de habilitar la terraza semanas después del comienzo del aislamiento. Vuelve el sol a reinar, y con él, la magia de la luz perpendicular del otoño en un pequeño estudio también recién estrenado. Desde aquí escribo. A lo lejos, más allá de uno de los muros que separan mi casa, sobrevuelan algunas palomas como las que tenía mi padre. Se posan sobre un tinglado; van, vienen. Por las tardes, todas las tardes, alguien golpea una chapa. Un ruido certero para espantarlas. Las palomas se alejan, pero al rato ya están allí, de nuevo.

Los primeros días del aislamiento trajeron con él los mismos estados del puerperio: angustia, fragilidad, incertidumbre. Quizás, gracias a la ferocidad de esa etapa; quizás, gracias al análisis posterior, sentí que de algún modo estaba mejor preparada. Contaba con recursos para afrontar el encierro junto a una niña de tres años. También, de alguna manera, para vivir la incertidumbre que se respiraba —que aún se respira. Sería insensato negar que no temí o que no temo. Pero supe, desde los primeros días, que encontraría formas de atravesar lo que viniera, si me escuchaba atentamente.

Comencé entonces a buscar la luz del sol, a ejercitarme, a propiciarme espacios de silencio. Ante un futuro por demás incierto, volví a mirar hacia el presente, y también hacia el pasado. Descubrí que no era la única: vi las redes inundarse de recuerdos de mis conocidas. Imágenes de su infancia o de su juventud. Algunas amigas compartían fotos de los cumpleaños que festejábamos de pequeñas, los encuentros, los juegos. Todo aquello que sucedía cuando habitábamos el espacio público, despreocupados de que un beso o un abrazo pudieran contagiarnos de algo.

Las limitadas posibilidades de gozar de lo perecedero lo tornan más precioso, dice el tex-

to que una amiga me comparte. Pienso que desde los seis años tuve que adaptarme a esta idea. Caigo en la cuenta de mis cotidianas torsiones mentales para conjurar el miedo: fabrico momentos pensando cuánto los extrañaré cuando ya no existan. Abrazo personas, imaginando su falta. Como si gracias a ese mecanismo de defensa, algo, alguna vez, fuera a permanecer conmigo para siempre.

Quizás por eso disfruto de revisar imágenes. Esa detención en el tiempo no deja de fascinarme. Durante estos días desparramé fotos, volví a entrar en álbumes digitales que no abría desde hacía años. Entre ellas, apareció una que quiero especialmente: mi hermana y yo en el palomar de papá. Las dos con pollerita de jeans, ella con el pelo atado en una media cola, yo con el pelo suelto, largo y desordenado. Sostenemos con dificultad a unas palomas, miramos y sonreímos a la cámara. No sé quién habrá estado detrás de esa lente pero es muy probable que fuera mamá. Papá pasaba muchas horas en su palomar y no le gustaba que irrumpiéramos allí, porque los animales se estresaban. Una vez regaló un pichón a un amigo colombófilo de Santa Fe. A la semana, el animal —que aún no había sido adiestrado— se escapó del palomar de su amigo, y estaba nuevamente allí, en su lugar. Releo esto último y pienso que hoy probablemente tendríamos algunas discusiones con papá respecto de cuál es el lugar de los animales. Sentiré la obligación de hablar acerca de la libertad, dice un verso de José Watanabe. Me alivio pensando que eran otras épocas.

Papá atendía a las palomas como si también fueran sus hijas: las sacaba a variar dos veces al día, las miraba con ojo atento, las cuidaba. Para que volvieran de su vuelo circular, silbaba con ese sonido que ahora se me aparece nítido.

Más tarde, cuando el cardiólogo le prohibió hacerlo, comencé a suplir ese trabajo. El ingreso al palomar comenzaba a estar permitido —yo ya era un poco más grande. Aunque no debo de haber tenido más de seis y medio, que es la edad que tenía cuando murió papá.

Guardo, muy recortada, la escena de una de esas tardes. Atesoro la sensación de sentirme útil y amada. No sé si las palomas habrán bajado, alentadas por el silbido de esa niña. Sí guardo nítidamente en mi memoria el momento anterior, el del aprendizaje. Parada junto a papá, mirando su boca. Luego, el silbido de ambos mientras observamos el cielo. Las palomas, sobrevolándonos. Dejándonos para siempre juntos en ese vuelo circular, concéntrico, que nunca se acaba.



Gracias porvenir

Por Gerardo Rozin

“Me imagino cómo la estarás pasando”, nos dicen a los que nos saben hipocondríacos, alérgicos o judíos en general.

—¿Y ustedes? —respondo siempre, sin pronunciar palabra.

Vivimos un tiempo difícil para todo el mundo, pero muy malo para los optimistas. Para los que se ponen una calza y creen que cada metro de la maratón que corren se lo guardan como millas para canjear por una extensión en el mostrador que los aguarda cuando se termina la vida. Época horrible también para los que dejaron las harinas convencidos de que tienen cuerpos que son templos y que ahora sí, gracias a la alimentación saludable, ni el viento los rozará. Los conozco bien. Vivo en Palermo y trabajo en televisión.

No quiero ser despectivo, pero una sonrisa se me dibuja en la cara, ahora mismo, y le quita peso a lo que sigue: pobre gente.

Nuestra suerte es distinta. Nosotros vivimos con la muerte cerca: nos ronda como un fantasma que se mueve como esos mosquitos que se parecen a los bichitos de la verdura, no salimos a la calle sin ella. Somos los que, cuando nos tira la cintura, pensamos en los riñones; los que jamás asociamos la fiebre a la opción más barata de las enfermedades. En el supermercado de nuestros temores sólo se ofrecen primeras marcas.

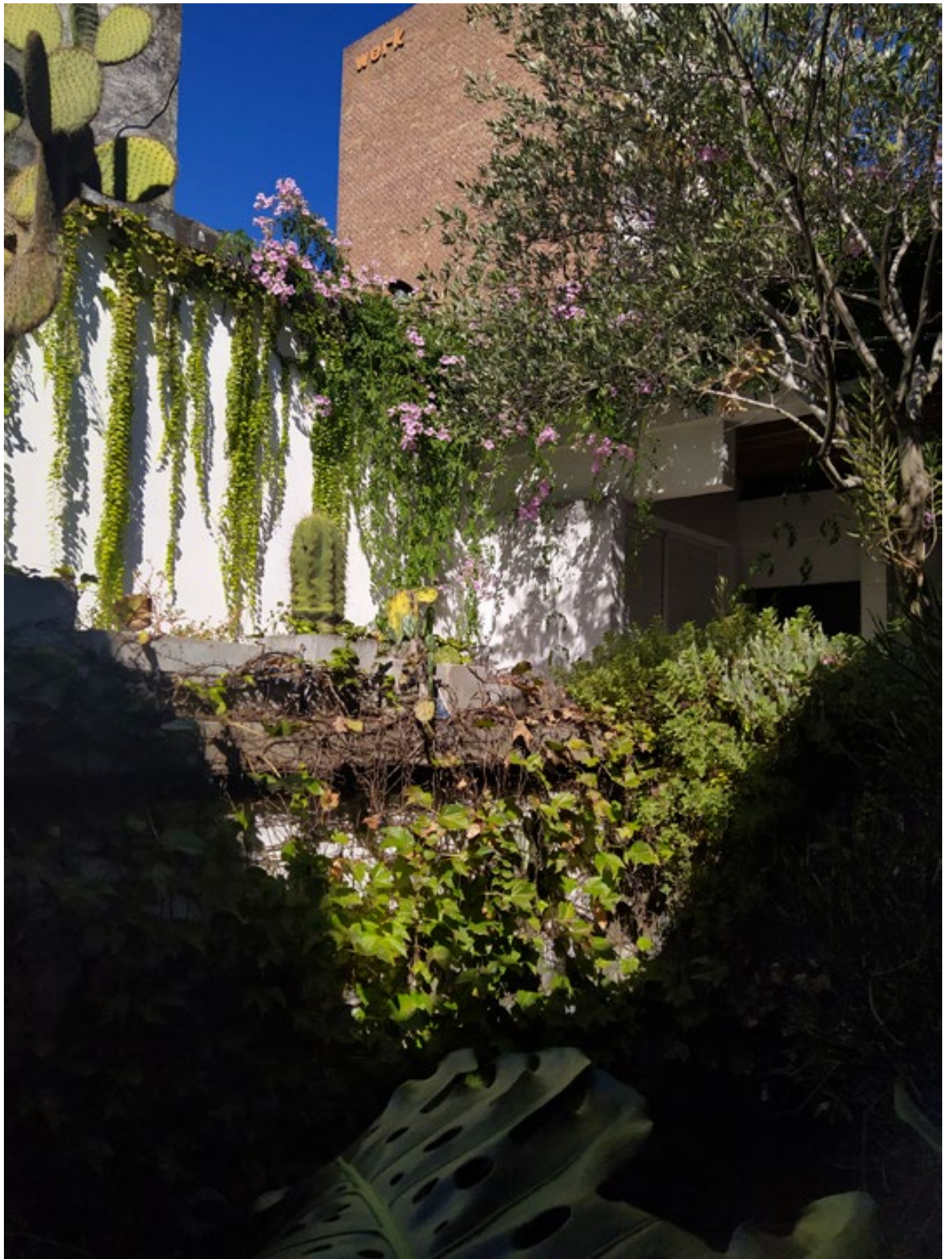
Vivimos así la pandemia, las navidades, las cenas con amigos, los viajes a Europa y al baño en ojotas. Siempre. Claro que no te imaginás como la estamos pasando. Casi bien. Como en cualquier película de guerra o de Marvel, el héroe no puede disimular la ínfima línea de satisfacción que le provoca encontrar al enemigo cara a cara. Después de tanto miedo permanente e inconfesable, me lavo las manos y le gano una pequeña batalla. Rocio con mi spray de alcohol al setenta por ciento las cosas que traje del supermercado y estoy triunfando otra vez. Por fin te veo. Soy Bruce Willis y pasé de Sexto sentido al final de cualquier edición de Duro de domar.

Ahora que hay tanta gente con pánico por la posibilidad cierta de pegarse una enfermedad o perder a un ser querido, vengo a decirles que esa posibilidad ya existía. Todos los días anteriores, mientras ustedes ignoraban esta situación tan elemental, nosotros —los melancólicos, los hipocondríacos, los no tan optimistas— ya estábamos alertas. Veíamos los virus, las metástasis, las bacterias, propias y ajenas. En suma, veíamos de cerca el dolor.

Por eso ahora somos los que podemos enunciarles una alegría. Ustedes y nosotros llegamos hasta acá porque todos los días que pasamos le ganamos a la muerte. Quizá no

eran conscientes del asunto por anestesia o por sabiduría, pero si logramos jugar esta fase porque le hemos ganado a todo. Ustedes, los que fluyen ganadores, y nosotros, los sobrevivientes, hemos superado tantas batallas como días hemos vivido.

Hay porvenir después de la pandemia. Gracias porvenir.



La obstinada vida de los rosales

Cecilia Reviglio

*La hojita más pequeña de hierba nos enseña que la muerte no existe;
que si alguna vez existió, fue sólo para producir la vida;
que no está esperando ahora, al final del camino, para detener nuestra marcha;
que cesó en el instante de aparecer la vida.*

Walt Whitman

Se aseguró el delantal sobre la cintura, abrochó el saquito de lana, empujó la puerta con algo de esfuerzo y salió al jardín. Todavía un puñado de estrellas parpadeaba en el cielo azulino. Algunos pájaros cantaban. No los veía pero podía escucharlos en el silencio del amanecer. Todo seguía bastante en orden. Al menos ahí adentro. Afuera no sabía. Hacía mucho que no sabía.

Echó una mirada alrededor. Las hortensias estaban grandes y no habían perdido sus hojas ese invierno. Incluso una flor vieja, descolorida, todavía interrumpía el verde oscuro del follaje. Al lado, el limonero sostenía los frutos ya amarillos. Tendría que cosechar algunos para que no se echasen todos a perder. Tal vez confitarlos. A lo mejor, en un tiempo, las cosas volvían a cambiar.

Siguió inspeccionando, como cada día. Había que pasar rápido al jazmín, seguir de cerca el avance de la mosca blanca. El día anterior se había preocupado al ver que la plaga embestía sin hacer caso a ninguno de sus intentos por frenarla. Había pensado en pasarle agua jabonosa pero no había hecho tiempo. Ahora, veía que también varios brotes nuevos estaban infectados. Iba a hacerlo esa tarde, sin falta.

A media mañana, y después de cosechar algunas verduras para el almuerzo, amasó pan y, mientras la masa leudaba, zurció unas medias, compartiendo con el gato la porción de sol que entraba por la ventana. Tarareó una canción vieja que hacía mucho no cantaba. La radio se había roto unas semanas después de que hubiera empezado todo, y ya no pudo salir a comprar una nueva, ni buscar quien la arreglara. La música perduraba, de todos modos, en su memoria.

Igual que las voces de sus vecinos, a quienes tampoco ya escuchaba. Algunos se habían ido hacía tiempo. Hilda se había despedido a través del tapial del fondo. La había venido a buscar el hijo. Natalia, con los chicos y el marido, le había pasado una nota por abajo de la puerta en la que le avisaba que se irían al día siguiente y la invitaba a irse con ellos. Esa mañana, le había tocado el timbre varias veces. Ella no podía irse. ¿Quién iba a cuidar

su jardín? En aquel momento los azahares todavía no se habían convertido en limones y no había podido podar nada porque aún hacía calor. Las tres Marías seguirían estando en el cielo como habían estado siempre, pero su jardín no resistiría si no se quedaba a cuidarlo. Un jardín es naturaleza domesticada. No soporta ausencias ni abandonos. Prefirió no explicar nada. Al rato, la vecina había susurrado un adiós un poco conmovido seguido de un cuídese y se había escuchado el ruido de las puertas del auto cerrándose y, después, el del motor al arrancar. De los otros, no sabía nada. Los sonidos habían ido apagándose de a poco.

Después de almorzar preparó un balde de agua con jabón, acercó un banquito al jazmín y limpió hoja por hoja con un repasador roto. Le llevó mucho tiempo porque los dedos ya eran un poco torpes y tenía que extremar los cuidados para no romper la planta. A las hojas se les pegoteaba como una tierra negra que las iba debilitando. Las grandes eran más fáciles de limpiar. Eran más fuertes y los dedos las recorrían sin esfuerzo, pero las chiquitas, las nuevas que todavía estaban casi abriendo, pegadas entre sí y ya enfermas, necesitaban mucha atención y sus dedos no siempre respondían a las órdenes que ella les daba.

Miró dentro del balde el pedacito del pan de jabón. Todavía quedaban varios panes en la despensa. Lentamente, había ido reemplazando los productos del afuera por cosas que podía tener y hacer en su casa, igual que reemplazó los sonidos de la radio. Destinó el fondo a una huerta que fue sembrando con las semillas de las mismas verduras que había comprado en el mercado días atrás. Pero al jabón había que racionarlo. Y estas chiquitas que andaban seduciendo plagas necesitaban una lavada de vez en cuando para liberarse de pretendientes indeseables.

Se levantó con esfuerzo. Se secó las manos en el delantal y se las pasó por la frente. Estaba cansada. Suspiró y, al exhalar, la mirada se quedó clavada en un rosal. Se acercó, ansiosa. Dio un saltito en el piso que le hizo sentir todos los huesos. La mueca dolorida duró un segundo apenas y la boca se le estiró en una sonrisa. La rosa que peor la había pasado durante esos largos meses, la que había crecido poco, la única embichada, a la que unas hormigas le habían comido varias hojas, la amarillenta y escuálida, había florecido. ¿Cómo podía ser que se le hubiera pasado el pimpollo de esa rosa? La había cuidado cada día. Había probado todo: enterrarle tapas de latas de conserva, traerle lombrices, protegerla de las heladas, dejar que tuviera más sol. Y sin darse cuenta de que ahí había un pimpollo.

Acá hay una flor, murmuró. Esa tarde ya no era un pimpollo, era una flor apenas abierta. Debía de haber abierto esa misma mañana, un espiral chiquito de pétalos blancos con los bordes color fucsia, abigarrados, trémulos, nuevos. Los rosales que lo rodeaban estaban rozagantes. Eran más altos, más frondosos, más verdes. Pero no tenían ni una flor,

ni un pimpollo. Este, en cambio, le hacía el mejor regalo en mucho tiempo: un capullo de rosa. Sos loca, vos, murmuró. Una bandida, eso sos. Te la tenías guardada.

Por las noches, cuando se sentaba a mirar la luna, el lucero y las tres Marías, y los sonidos que todavía quedaban se aquietaban —ya no había pájaros piando y el gato apenas ronroneaba sobre su falda—, pensaba un rato en los vecinos y en su vida de antes. Esa noche, en cambio, pensaría en su rosa. Era noche de luna llena. Se sentaría en el patio a mirarla y a mirar su rosa florecida. Acá hay una flor. Acá la vida resiste. Y cuando todo pasara, cuando por fin los ruidos del afuera volvieran y callaran a los pájaros, cuando pudiera comprar otra vez una radio o hubiera alguien a quien pedirle que la arregle, cuando a los chicos de Natalia se les cayera cada día la pelota en su patio, cuando Hilda volviera a hornear bizcochuelos a la tarde, cuando el rum-rum fuera otra vez cotidiano, cuando todo eso pasara, ella seguiría ahí, cuidando su flor.

Pero esta no es la fuente de los deseos

Por Ivonne Coñuecar

Cuando era chica y tenía miedo buscaba toda la información posible, que no era tanta porque eran tiempos de bibliotecas y oralidad. Intentaba nombrar todo lo que pudiera, tener todas las certezas. Imposible. En Chile crecimos en el silencio, mucho silencio, de la dictadura, la moral, y todo aquello que delineó nuestra idiosincrasia. Ese silencio, a su vez, fue de mucha imaginación. Cuando comenzó esta incertidumbre de la pandemia y la exigencia de lo pragmático pensé, nuevamente, que el conocimiento me salvaría, pero en estos tiempos digitales y ficcionales es aún más resbaladizo. Abrí puertas que se confundieron con histerias, ritos, persecuciones, ciertas paranoias. Estaba en Buenos Aires cuando se registró la primera muerte de Latinoamérica, me sentí en un refugio en plena tormenta de nieve. Un par de días después regresé a Rosario y no salí de casa. Era de las que se reía del coronavirus, millones de chilenos sabíamos que habría un uso político y una oportunidad de castigo por haber osado estallar en octubre. Y más allá, la conspiranoia y las elucubraciones bio y necropolíticas. Sin embargo, luego caí en cuenta, y hasta hoy una palabra aún rebota en mi cabeza: Mundial. Sonaba simple, pero nunca la dimensionamos, ni el horizonte que se busca en el desierto de Atacama, ni las líneas que separan los océanos, ni los secretos años de los glaciares podrían ayudarnos. Ni el fútbol ni las guerras ni los juegos olímpicos fueron tan mundiales.

Estos días me acuerdo de abrazos. Recuerdo abrazos en vez de rostros, y los que no di, pienso, uh, no, a ella no le di un abrazo, a este tampoco, qué bueno sería dar un abrazo. He copado, sin embargo, mi cuota de abrazos en los hombros de Nani y viceversa. Se volvió simple: quedarnos en casa. Volvió mi infancia, la memoria, la imaginación, los nombres, la familia extensa, los amigos dentro y fuera de Chile, contabilizar aquello que quedó pendiente y que ya no importa en este vahído tanto cierre de fronteras, límites de paso, cesión de derechos civiles en nombre de una cuarentena, que aunque la sigas, la banques, la practiques, es una excepción, una deriva. Pero yo estoy aquí, a fin de cuentas, y Argentina huele a paraíso cuando veo y vivo lo que sucede en Chile.

Revisé otras catástrofes que también eran mías. Aluviones, inundaciones, temblores, terremotos, aislamiento por nevazones, viento blanco, y nada se parecía, hasta que llegué a la erupción del volcán Hudson en 1991 y lo convertí en relato mítico, fue lo más parecido que encontré como una catástrofe de segunda mano.

Una alucinante puesta en escena de un hongo gigante que apareció al sureste de Coyhaique y que desplegaba rayos azules, rojos, morados; un espectáculo tan bellissimo como aterrador. Fue en agosto, tenía 10 años y jugaba en una plazoleta. Corrí a casa con miedo, como si me persiguieran, pero el hongo estaba ahí, se veía en toda la ciudad, en toda la región y en Argentina. Nadie sabía de qué se trataba, algunos decían ovnis y extraterrestres, otros, los jinetes del apocalipsis, no sé por qué alguien cercano no me dijo: es un volcán, es una zona de volcanes. Suspendieron las clases, hubo pánico, incertidumbre, comenzaron los ruidos subterráneos como un gran monstruo preparándose para tragarnos. Fueron días de oscuridad, la lluvia de cenizas tiñó los autos, las casas, las calles, los árboles, parecía que iba transformando todo en piedra, el olor a azufre era insoportable y los ojos ardían, aún dentro de casa. Las radios patagónicas informaron que el viento cambió, las cenizas se fueron hasta el Atlántico. Pueblos damnificados, algunos evacuados, animales muriendo, incertidumbre y miedo por doquier. Ese lugar donde miro por la ventana mientras caen las cenizas ha sido el refugio que construí para esta pandemia. Ese es el volcán que habito para no desmoronarme, ese episodio de los rayos de colores gigantes, del confinamiento obligatorio y la oscuridad, que no es la misma de la nieve y el viento blanco que conocimos siempre, era hediondez, era agua contaminada. Era una especie de cemento cuando se mezclaba con el agua. Era estar solos.

Los primeros días de cuarentena, y quizás todavía, pensaba que saldríamos siendo otros, pensaba en una ternura nueva. Desde pequeña deseé y puse el cuerpo por un país distinto, en voluntariados, desde el oficio, desde lo colectivo. La gente no salió siendo otra de ninguna catástrofe, aún viendo pasar cuerpos y pedazos de cuerpos en la zona cero del terremoto del 2010, había gente que peleaba por una gaseosa, había gente que buscaba el dinero que quedó desparramado con el tsunami, había gente que se reía del padecimiento de otra gente. Y cada vez que intenté ser gregaria vi la desconcertante naturaleza humana como cuando llegas al nudillo con un corte certero. Me parece que solo tenemos la sensación de una bondad nueva y de crecimiento porque está la urgencia del diagnóstico, porque es un momento de crisis y de momentos brillantes de solidaridad, porque está la sensación de que vamos a desaparecer y nos exigimos pensar que todo irá mejor, porque aunque escalemos tantas emociones, preferimos pensar que todo irá mejor. El terremoto puede ser 8.8, no te puedes mantener en pie, pero todo irá mejor.

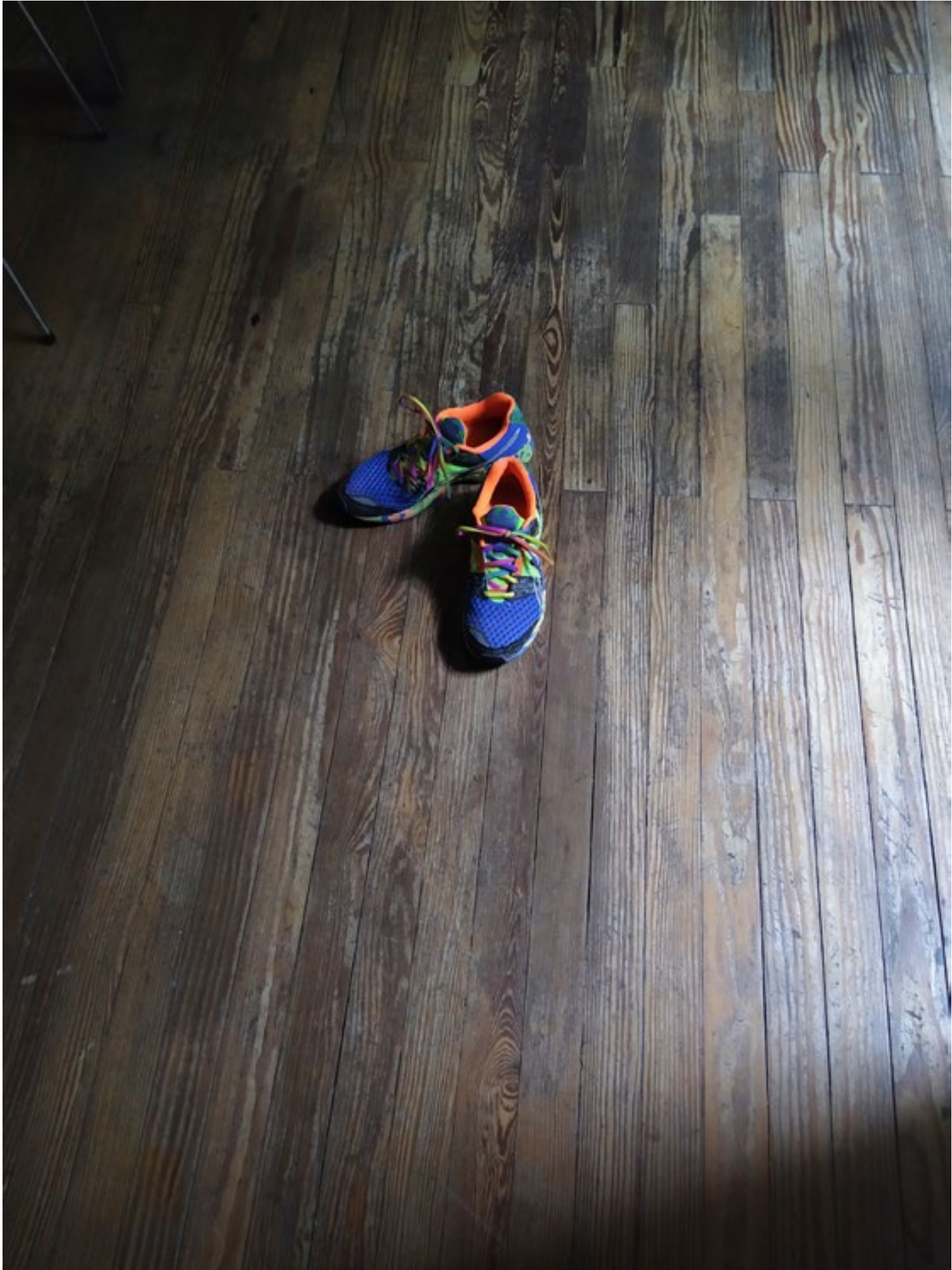
Pienso en el futuro, imagino que abro los ojos debajo de un agua y que de pronto me ahogo. Solo he tomado medidas de emergencia, he hecho slalom del mejor modo, he lanzado los saquitos de arena para mantener el globo en vuelo. ¿Cómo saldremos de esto? Ni idea. Supongo que más honestos con nuestros estados de ánimo, más empobrecidos, con otra sensación del tiempo, espero que se resetee la economía, y que ese dolor de las familias en luto no pase como un dato. Pero esta no es la fuente de los deseos, tengo algo difuso de resignaciones anticipadas y de cuando estotermine. Quiero ir al campo donde

mis tíos abuelos en la Patagonia. Deseo salir a pololear con Nani, algo tan simple, vamos por un café y al Paraná, que me recuerda las costas pacíficas, porque este río huele a mar, o quizás lo imagino, como cuando cierro los ojos y huelo el agua y Rosario se convierte en una gran embarcación.

¿Sigue la gente recomendando, entregando tips y haciendo cadenas sin que se las pidan? ¿Se puede llegar atrasada a la vida cuando piensan la cuarentena como un espacio para ponerse al día con algo? ¿Por qué se dice que a la muerte no se llega ni un minuto antes ni uno después, pero en la vida andas constipada de atrasos? Que agotadora ficción superyoica pretender que se conoce muy bien la pandemia y que la hayan concebido contagiosamente como el momento ideal para reiniciarse, ampliar ram, comprarse una nube más grande, criar músculos, volverse irresistibles, sensuales, suspender temas; cualquier cosa por una breve aval parte de control. La reacción también fue mundial. A mí no me mandaron a trabajar a casa, trabajo desde casa hace años, conozco el desastre y esa mezcla de oficina con cocina, un espejismo de libertad y porque afuera, desde mucho antes de esta crisis, no hay trabajo. Esto no es con plazo. Cuando veo que la necropolítica nos impactó de tal modo que celebramos a unos negros portando un ataúd al ritmo de una canción pegajosa pienso que debiéramos poner metas, como acostumbrarnos a la muerte.

Vivo en mi volcán estos días, en mi infancia, imaginación, nuestra Patagonia, con Nani ya tenemos un sistema de empatías, de silencios y llantos. Nuestro silencio y miedo se llama Chile y seres queridos. Sabemos que debemos ser pacientes mientras se repite ese vértigo de montaña rusa cuando piensas que hubiera sido mejor quedarse en casa, pero estamos en casa y esto es mundial.

A veces no viene mal una honestidad parecida a la de saber desmoronarse.



El tapabocas: el nuevo tiempo...

Juan Bautista Ritvo

Creo que me dí cuenta de que algo había cambiado irremisiblemente cuando salí, tras múltiples cabildeos conmigo mismo, con el correspondiente tapabocas, cuyo nombre neutro “barbijo”, más obviamente médico, precisamente por su neutralidad, me parece rechazable.

Entonces: el tapabocas. Tiene una doble realidad, sanitaria y metafórica. Con respecto a la primera, nada tengo que decir, no soy necio ni un fanático de las llamadas libertades constitucionales. También entiendo la prudencia y el cuidado del gobierno nacional. Pero la metáfora es pesada y sus consecuencias, cuando esto acabe (o se infecta un setenta por ciento de la población o se descubre una vacuna o ambas cosas...) son muy difíciles de medir, aunque cualquier cálculo que hagamos con espíritu realista, no promete nada bueno...

¡Hasta las estatuas tienen un tapabocas bien negro, para que se vea que es alarma, no estética!

Quedarse enclaustrado (el que pueda, el muerto de hambre no tiene este privilegio), refugiarse en la cama como si allí el virus no pudiera, alcohol mediante, darnos alcance: el alcohol es nuestra nueva señal de la cruz; asomarse a la ventana para suprimir por un rato la sensación de ahogo (¿y los que no tienen ventana al exterior?), moverse un poco, tomarse la temperatura, mantener la distancia, no tocar, ni siquiera rozar, al prójimo; sentir que el prójimo es un enemigo potencial e involuntario (para los paranoicos es otra cosa), sentir que respiramos en una cápsula de irrealidad, ¿qué traza nos dejará?

Sí, ya lo sé, más fácil es montar un discurso digamos objetivo...

Muchos lo han hecho (y yo me he sumado a ellos un poco irresponsablemente), inventando nuestro presente.

Puedo pasar revista a cosas que marcan a fondo nuestra circunstancia: la pandemia explota cuando el neoliberalismo llega a mostrar su rostro más desolador: abandono del Estado, acentuación del abismo entre ricos y pobres, invasión de Europa por los desdichados de África y Medio Oriente, con el consecuente incremento de la xenofobia y del nacionalismo de derecha, destrucción de las economías de los países atrasados, como el nuestro; y lo que es peor y ya en relación a nuestra América, el reemplazo de la tradicional lucha de clases por la lucha de los pobres contra los más pobres y con el desespero de amplias capas terciarias aferradas a ilusiones que favorecen ese mismo neoliberalis-

mo, como para confirmar una tendencia histórica: los oprimidos se ponen ellos mismos, gentilmente, la cuerda al cuello...

Pero hay otra cosa que también hay que tener en cuenta: la caída de los velos que todos tenemos y que en tiempos normales (¿existen esos tiempos?) nos protegen de los abismos en que está sumida la existencia humana.

Hay cosas que sabemos sin saber y que observamos como si estuvieran afuera de nosotros: que la vida es fragilísima, que comienza, milagrosamente, en un instante inesperado y termina de la misma manera, que no hay ningún cielo protector y que el espectacular montaje de la Iglesia Católica, sus ceremonias, sus dramas, sus esplendores barrocos, son, frente a la peste, nada, absolutamente nada.

La pandemia, no solo ella, desde luego, nos golpea con la fuerza de la efracción, rompe nuestras barreras y nos deja casi sin aire.

El tapabocas que nos protege y nos ahoga, que nos mantiene en una especie de letargo casi animal, que nos separa del otro y nos entrega a nuestras negras fantasías, es una nueva metáfora que se integra al tropel de metáforas que denuncian qué es nuestro mundo actual.

El entusiasmo

Por Agustina Lescano

El 1° de enero de 2020 brindé en Villa Ciudad Parque, un lugar con un nombre muy lindo. Los días siguientes, los pasé con Lucía, Ariel y Pilmayquén en el camping municipal de Nono. El primer sábado Ariel se volvió y nosotras nos fuimos un poco más cerca de la sierra. Tiramos la lona entre el sol y la sombra, nos metimos de a poco en el agua fría y charlamos, como hacía mucho.

Entre las tres leímos Llamada perdida, un libro con crónicas de Gabriela Wiener. Antes de ir a la olla bien profunda que siempre quedaba más allá, nos hicimos confesiones de momentos en los que habíamos estado distanciadas. Pensamos en nuestros objetivos 2020. Primero en la lista, pusimos: comunicar lo que pensamos de manera amorosa.

Me acuerdo de eso ahora porque acabo de practicarlo con mi vecina, la del fondo. Del lado del pasillo, contra la pared de la piecita donde me pongo a trabajar a la mañana, hay un banco de mármol. Mirta se sienta ahí a hablar por teléfono. Ella vive con su exmarido alias novio y un hijo adulto. La relación con todos es complicada y es común que se griten en el pasillo. No es el tipo de violencia en el que alguien le esté por pegar a Mirta, es más bien su forma familiar de comunicarse. Claro que no lo sé con certeza, y con Ariel siempre salimos a sacar la basura o a regar una planta en esos momentos, como para cortar la situación.

Mientras la compu se reiniciaba, yo me enojaba un poco con Mirta porque estaba sentada en el banquito hablando muy fuerte, contándole a una amiga adónde había conseguido queso cremoso a buen precio. Me sentía una desalmada si le pedía que se vaya, porque seguramente por algo habrá salido de su casa a hablar por teléfono, porque el sol está lindo y justo a esa hora da ahí, de ese lado del pasillo. Hasta que salí y desde la puerta le dije, sonriendo, que estaba trabajando, que me estaban por llamar y se metía mucho ruido.

A ella le dio un poco de vergüenza y me respondió que claro, que disculpe, que se podía poner a hablar en cualquier lado, y se fue contándole a su amiga. Pero se reía. Me llevó más tiempo pensarlo que escribirlo, porque siempre me pasa lo mismo: manejo demasiada información. Antes de hacer una simple acción espontánea, apreto los dientes y me anticipo. Cada minuto que pasaba en la vida contenía muy poca información, hasta que de pronto contenía demasiada. Eso marqué en un cuento de Lorrie Moore que leí en

estos días.

Después del objetivo primero, había otros particulares, pero compartidos de alguna manera, como recibirse, cambiar de trabajo, vivir donde queramos. Hablando tomamos consciencia de todas esas formas de sacrificio que muchas veces disfrazamos de cotidianidad. Y decidimos que no estábamos dispuestas a inmolarnos, subrayamos en el libro de la Wiener.

Yo me planteé la necesidad de ganar más y de trabajar en cosas nuevas. En una línea de pensamiento venía planeando irme de viaje, seguirlo a Ariel en una beca, esas cosas. De repente: pandemia mundial. Así que ahora la voz en off sueña con que me llegue un mail que ponga Agustina, te contactamos desde la Agencia de Ingreso Universal. Por favor, envíanos tu CBU a la brevedad.

En Santa Fe, podemos comparar la situación del aislamiento con la inundación de 2003. Creo que desde el comienzo todos estuvimos pensando en eso. Mis primos, en aquel momento, por lo que veían en la tele desde Buenos Aires, pensaron que la ciudad estaba absolutamente toda inundada. Una compañera de mi viejo estaba por mandarse con el auto lleno de alimentos no perecederos, hasta que la paramos, estaba todo cortado, no iba a poder cruzar el Puente Carretero. Nuestros vecinos pasaban por casa a preguntar unos por otros, se desencontraban, no había luz, había que salir a comprar más velas, buscar pilas para la radio. No había internet como lo hay ahora, ni redes sociales. Sí había televisión.

Ahora, en medio del aislamiento, me contactaron tres personas distintas por teléfono para ofrecerme un trabajo o invitarme a participar de algo con un honorario o intercambio de por medio. Por razones económicas obvias, es buenísimo. Pero hay un chiste que le hace mi papá a cualquiera que le pregunte por laburo: A mí, mi viejo me dijo que tenía que estudiar o trabajar, y yo ya estudié. Empezó un trabajo en la salud pública, algo totalmente nuevo para él, un par de meses antes de la presencia del coronavirus en nuestras vidas. Pero la historia de las aventuras de mi familia es para escribir en otra crónica.

En un podcast que hicimos para el último 29 de abril, a 17 años de la inundación, con Infocomunidad y Revista Charco, uno de los entrevistados dijo que mientras que en la inundación no sabía cómo iba a volver a su casa, ahora, con el coronavirus, sabemos que en algún momento vamos a poder volver a salir, como antes. ¿Sabemos? No sabemos, como tampoco se resolvió todo lo que dejó el agua cuando se fue. Les pregunto a mis amigas, esas con las que viajé a principio de año, qué piensan sobre el porvenir.

Lucía me responde con stickers: el de tinky winky pistolero con corona, el de Cardi B gritando karanavaairuz, una chica mirando adentro del cañón de una pistola, el perrito llorando mientras toca el violín, un manco diciendo qué hago, te aplaudo? Otros más. Pilmayquén manda el escudo de El Porvenir, la canchita de fútbol 5 en la que trabajan Evelyn y la familia de su novio, ella responde con un corazoncito. Ana Paula me dice que no va a poder dormir pensando. No entiendo si está jodiendo, yo tampoco puedo dormir.

La mayoría de las noches me quedo despierta hasta las 3. Si miro una serie o una película, tengo que buscar los auriculares y el cargador de la notebook, que quedaron en la otra punta de la casa. Es un camino que hago rápido, pero con cuidado de no hacer ruido, porque Ariel duerme y se despierta a las 6.30. No es una casa grande, lo que pasa es que todas las puertas dan a una galería abierta y hace frío.

Apenas llego a la esquina de la cama calculo el movimiento para no tirar al piso toda la ropa amontonada en mi silla del caos. Después, ya conozco con una precisión antes desconocida la intensidad del ruido que hacen la tablita suelta en el piso del comedor y la bisagra de la puerta. En el cuartito, me encuentro con una sensación nueva. Hace poco entré un helecho, que en la oscuridad llega como un roce suave en mi pierna desnuda.

Otras noches me quedo leyendo, pero igual tengo que pasar por la galería si quiero ir al baño o buscar agua. La noche anterior a la luna de las flores, cuando abrí la puerta de la pieza me quedé quieta. Se podía ver el patio, clarísimo, iluminado por el brillo de la luna. O se venía una luna llena particularmente rara o nunca estoy tan despabilada cuando salgo al baño a la madrugada, porque me quedé encantada. Quise sacar una foto pero, obvio, la cámara del celular no llegaba a percibir la luz. Sólo yo vi las plantas en distintos tonos de gris, como una imagen de The Blair Witch Project.

Volví a la cama y a un cuento de Lucía Berlín, que se preguntaba: ¿Qué más me he perdido? ¿Cuántas veces en mi vida he estado, digámoslo así, en el porche de atrás y no en el de adelante? ¿Qué me habrían dicho que no alcancé a escuchar? ¿Qué amor pudo haberse dado que no sentí? Cerré el libro y me metí bien en la cama, lo miré a Ariel dormido, esperé el sueño.

Pensar el presente como un porvenir del pasado, escribe Pilmayquén en el grupo. Habla de lo inesperado que puede ser todo, que de repente estamos en una situación bizarra como la de ahora. En enero hablábamos de objetivos como unas señoras, ahora no nos vemos hace dos meses. Lucía tira que no puede responder porque no tiene esperanzas: hay cosas que antes deseaba y ahora ya no, me da igual. Como un estado de nirvana. La conozco y no creo que realmente le de igual pero sé de lo que habla, yo tampoco creo en nada.

Pregunto por otro chat y Lele me responde que no cree que las estructuras cambien, que para cuando aparezca la vacuna el mundo no va a ser distinto, pero sí las personas. Vamos a madurar de golpe, dice. Desde los 11, todos los años sentimos que estamos a punto de madurar de golpe. Ahora al menos nuestra generación tiene algo compartido para poner perspectiva, la de mirá si se viene otra pandemia, piensa Lele.

Ana Paula, de nuevo en el grupo, manda un audio: el porvenir es mitad trabajo mitad deseo. Para mi dispersión, trabajar en casa es difícil. Así como me pasa a la noche, a la mañana tengo una experiencia nueva de estar en mi casa, no en la oficina, y sola. Ariel, que antes era el que estaba más en casa, desde hace poco sale a laburar a la mañana. A veces me despierto con él, otras me da un beso y yo duermo un rato más, a veces ni lo siento irse.

Entre las cosas buenas está que cuando me levanto pongo la pava y me preparo el mate bien, cebando de a poco el agua desde que está tibia. Corto dos frutas y me siento a desayunar, leo el mail, boludeo un rato. Hago mis rituales contra la alergia: tomo quince gotas de equinácea, abro un frasquito de aceite de eucalipto y cada tanto saco las frazadas al sol.

Después, abro la computadora. Paso por distintos estados de entusiasmo y mientras tanto hay que producir y adjuntar archivos y estar disponible para que me llamen. A la hora y media, dos, subo los brazos, bostezo, estiro la columna. Salgo al patio.

Hay un par de plantas que sembré fuera de calendario y las voy moviendo para que tengan sol y crezcan bien. Entre las 9 y las 9.20 hay treinta centímetros de diferencia. Antes del mediodía las subo a la medianera que da al pasillo, y ahí quedan bárbaras hasta las cinco de la tarde. También voy corriendo una bolsa de consorcio abierta en el piso con tierra húmeda, para que se seque.

Me acuerdo de una frase de las memorias de Coetzee, que cita en el mismo libro Gabriela Wiener: “La presteza con que se retira uno del trabajo creativo para dedicarse a una actividad mecánica”. Las franjas horarias y expectativas se confunden. En realidad, eso puede pasar siempre que trabajás con una computadora y con el teléfono; cuando sos monotributista y hacés cosas que tienen que ver con escribir de formas más o menos creativas.

Siempre que estoy escribiendo algo que me gusta, el entusiasmo crece, llega a un pico. Doy una vuelta por la casa y me siento de nuevo, subo un borrador al Drive, espero que me hagan algún comentario para seguir.



Pandemium pandemonium

Por Daniel Feliu

*When I was just a little girl
I asked my mother “¿What will I be?
¿Will I be pretty? ¿Will I be rich?
Here’s what she said to me
“Que sera sera
Whatever will be will be
The future’s not ours to see
Que sera será”
(Cuando yo era sólo una niña pequeña
Le pregunté a mi madre, ¿Qué voy a ser?
¿Voy a ser linda? ¿Voy a ser rica?
Esto es lo que me dijo:
“Qué será, será,
Lo que será, será
El futuro no es nuestro, por lo visto
Que será, será”)*

(“Que sera, sera”. Jay Livingston - Ray Evans)

En esta canción, inmortalizada por Dorys Day en la película de Hitchcock “El hombre que sabía demasiado”, una mujer pregunta acerca del futuro, en distintas etapas de su vida, a su madre, a su esposo y finalmente, ella es la que les responde a sus hijos. Podría ser también la respuesta a este “pandemium pandemónium” que estamos atravesando.

¿Qué escribir, y desde dónde escribir acerca de cómo será el futuro luego de este presente? Difícil acto de la imaginación, en medio de esta etapa ameboide en que nos encontramos, en la que la percepción del tiempo se desdibuja y los días bien podrían llamarse lumingo, dones, marnes, sácoles, jueves, miércoles, viébado.

Desde tiempos lejanos se deposita tanta expectativa en el Porvenir, el Futuro, el Mañana-

na –así, con mayúsculas–, como en los hijos. Se lo metaforiza con el sol saliendo por el horizonte al amanecer, o en la propaganda de leche de los 80, con el niño que crecía y tenía buenas notas. O en las escenas idílicas de publicidad de AFJP de los 90: la familia, la casita bien puesta, corretear por el parque.

En los cuentos clásicos el porvenir estaba resuelto; ya se sabía que “fueron felices y comieron perdices”. No es éste el caso. El concepto de felicidad, desde entonces, se ha complejizado, y desde la expansión del vegetarianismo y el veganismo, este final pierde validez al no abarcar a todos.

¿Qué quedará, entonces, una vez que se deje de agitar la coctelera y el mojito resultante de esta realidad se estacione?

No dudo que habrá cambios de todo tipo: luminosos, esperanzadores, y otros más heavy, oscuritos. Y que convivirán al mismo tiempo, como siempre parece haber sido desde el inicio de los tiempos. De lo que no estoy seguro es de que demos un salto cualitativo. Si aún en la pandemia, junto a lo bueno, emerge lo peor de la condición humana –por sólo citar unos pocos ejemplos: noticias falsas, especulación de grandes empresas, estafas telefónicas–, difícil veo que además recuperemos el Paraíso que perdimos por culpa de Adán, Eva y la manzana.

Cuando pienso en la imprevisibilidad del futuro, recuerdo una anécdota familiar. Mis abuelos maternos y mis tíos abuelos se preguntaban sobre el año 2000, y hacían cálculos de qué edad tendrían entonces. Habían nacido entre 1899 y 1913. Mi abuelo Valentín era el mayor. Todos pensaban que Valentín no iba a llegar, lo que era lógico, porque debería tener 100 años en el 2000. Pero por esas cosas que tiene ¿el destino? ¿las vueltas de la vida?, precisamente él fue el único que llegó. Así que nunca se sabe. Por el momento, sin olvidar que el futuro se construye también desde nuestras acciones y decisiones en el presente, podemos confiar lo que escapa a nuestras posibilidades a lo que dice Doris Day:

“Qué Será, Será,

Lo que será, será

El futuro no es nuestro, por lo visto...”

Quizás hemos sobrevivido

Por Alejandra Mendez Bujonok

Tuve un sueño orwelliano, omitiré detalles distópicos y no tanto. Solo diré que lo más siniestro fue la naturalidad con que nos desplazábamos con unas máscaras antigás bien antiguas, como las de la segunda guerra, pero tenían el color de piel de quienes las portaban, es decir, venían incorporadas a nuestros cuerpos. Desperté cantando “el futuro llegó hace rato”.

Abro la ventana de mi habitación, los malvones persisten en la mañana y me recuerdan a un verso de Paul Celan. Ahora vienen a mí, las palabras que el poeta dijo al recibir uno de sus premios importantes:

Algo sobrevivió en medio de las ruinas. Algo accesible y cercano: el lenguaje. Sin embargo, el lenguaje mismo tuvo que abrirse paso a través de su propio desconcierto, salvar los espacios donde quedó mudo el horror, cruzar por las mil tinieblas que mortifican el discurso. En este idioma, el alemán, procuré escribir poesía. Sólo para hablar, orientarme, inquirir, imaginar la realidad. De este modo, la poesía siempre en camino hacia la lengua adánica.

Me resuenan aquellos interrogantes al estilo de Theodor Adorno, ¿se puede escribir poesía después del holocausto? La experiencia demuestra que sí, que aunque la tragedia de la inmundicia humana nos azore y nos deje sin palabras, el carácter resiliente por y hacia la otredad irá al encuentro del ser con el todo, la belleza y la dureza conviven desde siempre.

Esta peste no es lo mismo que una guerra, no es lo mismo que esa guerra, pero en algún punto se le parece, hay mucha gente que la está pasando realmente mal. Desde mi comodidad de escritorio puedo reflexionar cosas que no podría hacer en otras circunstancias.

La cuarentena me encuentra terminando de escribir varios libros, pudiendo dedicarme en tiempo completo a lo que me gusta, sin embargo, me doy cuenta de que he modificado mi autodenominación.

Los otros días me preguntaron sobre mi profesión. Yo bien podría haber respondido lo esperado, pero contesté que nada, que no hago nada. En un mundo en que eso no es posible, en un mundo en que se nos demanda tener una ocupación y siempre utilitaria, nunca algo que no genere dinero o la circulación de este, en un mundo como este, la libertad es también orwelliana, es justamente eso, el derecho de decirle a la gente lo que no quiere escuchar. Y la verdad es que me divierten esos pequeños guiños que podemos manifestar; parecen inocentes, pero no lo son, son micropolíticas. Recuerdo estos dichos de Bifo Berardi: “la persona que no está haciendo nada, no está comprometida con ninguna actividad y por eso tiene el potencial para cualquier cosa”. Y así me imagino a los futuros revolucionarios, sonrío, vuelvo a mirar por la ventana.

Mientras suena Yo quiero ver un tren, del flaco Spinetta, repaso mis pensamientos; en la sociedad neoliberal del rendimiento y sus psicopolíticas, no hay lugar para el deseo de acción común, en donde si no encajas, fracasas y te deprimís. Así gana el sistema, eso quieren, sujetos idiotizados o deprimidos. Pero acá sigo soñando con la revuelta; y me enoja con mi apocalíptica y escéptica mirada del porvenir, porque creo realmente en el potencial amoroso de los seres humanos.

Estoy viendo la serie Devs, se la comento a una amiga por teléfono; imaginemos que se tuviera todo el poder, con el big data, la manipulación de la información, la tecnología, la mecánica cuántica, si pudiéramos tener el poder de predecir el futuro, de anticiparse al tiempo, algo que ha sido desde siempre uno de los deseos fundantes de la humanidad. Qué haríamos con todo ese poder abalado desde una teoría determinista. Sin ánimos de spoiler, entiendo cómo un elemento del azar (¿deus?) es lo que modificará todo. Que no es resto, es un nuevo empezar. Y es esa incertidumbre la que nos angustia y al mismo tiempo es la que nos sigue aliviando, aquello que nos devuelve a ser sujetos en vicisitudes. Termino de escribir esta palabra y aparece en mi memoria ese poema de Katsumi Tanaka que se llama Encuentro casual, en donde canta maravillosamente que no pudo ver el cometa Halley por haber nacido al año siguiente y quién está seguro de que su verdadero amigo aparecerá después de su muerte. El tiempo y sus paradojas. Acompañada por estos artistas divago aún más, me permiten adentrarme en los pliegues de mis ideas y de mis sentires, pienso en las infancias por venir, en los límites de la libertad, en las interconectividades reales y ficticias, y en las rupturas, pienso en esos quiebres, en los puntos de inflexión de la historia, esos giros que nos reinventan. Y ahí otra vez Luis Alberto me lanza una punta de flecha zen: Quizás hemos sobrevivido.

Javier puede volar

Por Juan Nemirovsky

Cuando el viernes por la tarde a la salida de su trabajo su jefe le pidió que tenga listo el informe para el lunes, Javier Velázquez dudó si contarle o no de su plan de suicidarse el domingo, finalmente prefirió no hacerlo y se encomendó a lo que sería su último fin de semana.

Se fue del edificio sin ninguna actitud de despedida en particular, pensando que de haberle contado a cualquiera de sus compañeros desde hacía 11 años en la distribuidora, generaría inmediatamente la necesidad de todos por convencerlo de arrepentirse y la verdad, él no tenía ganas de explicarle nada a nadie.

Tomo el mismo camino que casi siempre y no sintió estar disfrutando su último viaje del trabajo a la casa ni contempló las copas de los árboles o se emocionó por el vuelo de las palomas, más bien todo le pareció una película mala repetida y recordó que ese fin de semana serían los actos de conmemoración por los 5 años de la pandemia.

Sheila le había propuesto ir a una suelta de barbijos que habría en el monumento y luego a una performance de bailes con distanciamiento social, (género que había nacido en el auge del virus y la vuelta a la normalidad no había logrado erradicar).

Hacía 4 años que se veía con Sheila Salgado, abogada de divorcios, de quien le encantaba que no le gustasen los helados y que prefiriese las películas por sobre las series.

Nunca sabía que responder cuando le preguntaban si tenía novia o no pero se veían religiosamente todos los sábados. Iban al cine, luego a comer, a bailar y cuando estaban suficientemente borrachos se iban a tener sexo y a dormir.

Hacía varios meses que Javier sentía una puntada negra que le mordía el estómago y le hacía sudar frío, no podía asociarla con algo en particular, pero le venía molestando y sabía que no era algo médico y que quería frenarla.

Cayendo la noche le mandó un mail a su madre con la mejor foto juntos y sin ningún agregado de texto.

Después de poner a hervir unas verduras, se bañó y mientras esperaba miró un poco de televisión, se había dispuesto a no hacer ninguna cosa significativa, no le interesaba despedirse o dejar algún tipo de mensaje.

Pensó una vez más que tenía una muy buena vida.

No tenía una enfermedad terminal, ni problemas financieros o se veía agobiado por la

rutina. De hecho pensó que podría llevar a cabo su plan ese mismo viernes pero sí tenía ganas de ver y besar a Sheila una vez más.

Se durmió temprano después de cenar y escuchar su disco favorito de Elvis.

El sábado a la mañana lo pasó durmiendo, y a la hora del almuerzo se juntó con la muchachada de fútbol de los martes para compartir un asado y varios vinos. Se rió a carcajadas de los chistes malos de Dani y se peleó otra vez con Andrés por diferencias políticas.

A las 17 horas lo pasó a buscar Sheila, llegaron caminando al acto justo para cuando descubrían una escultura horrible de un médico haciendo un hisopado, un carpincho interrumpió el discurso del intendente mordiéndole el tobillo, pero nadie se atrevió a sacarlo. Desde la pandemia en adelante la relación de los humanos para con los animales había cambiado considerablemente, de alguna manera cuando tomaron la ciudad en aquellos días de aislamiento decidieron que la transitarían libremente y no era raro ver a un chanco en un pago fácil o cruzarse una vaca en un estacionamiento, se habían despojado del miedo a los peligros que los humanos solían someterlos y los humanos habían entendido ese acto de coraje y lo respetaban.

Javier y Sheila se aguantaron las ganas de ir a besarse al parque porque no querían perderse el tango a distancia, al tercer tema y cuando se habían reído lo suficiente, se fueron a merendar medialunas rellenas de jamón y queso y tocarse por abajo de la mesa del bar más cercano.

Después de ver la última de Noah Bumbach y atragantarse con pizzas, fumaron un paraguayo horrible que conseguía la hermana de Sheila, y se tomaron el colectivo que los dejaba en la puerta del Karaoke, en el camino debatieron si era mejor hacer un tema a dúo o cantar solos mientras el otro lo insultaba.

Entrada la madrugada llegaron tambaleando al departamento de ella, se besaron en el hall, en el ascensor, en el palier del quinto piso y finalmente en el sillón donde cogieron con la ropa puesta. Ella se durmió primero como desvaneciéndose y Javier se quedó mirándola muy fijo un rato largo hasta desconocerle las líneas de la cara, preguntándose cuanto la conocía o si la conocía siquiera, intentó descifrar una vez más si estaba enamorado de ella o ella de él, pero decidió que ya no importaba, tuvo un fuerte deseo despertarla y contarle sus planes de domingo pero no lo hizo, se durmió abrazándola y lamentándose que no iban a envejecer juntos.

Durmió mal y poco, se levantó sin hacer ruido y se fue sin saludarla, llegó a su casa cerca del amanecer y se dispuso a hacer el informe para el trabajo, lo disfrutó bastante y después de enviarlo por mail a su jefe se sintió bien y calmo.

El mediodía pasó demasiado rápido y su apetito no dio señales de abrirse, solo tomó un buen vaso de soda y se dispuso a arreglar el picaporte de la puerta del patio que llevaba

años postergando.

A las 3 de la tarde se puso su mejor ropa, salió del departamento y se dirigió por las escaleras hasta la terraza, se imaginó que sería bueno poder morir con solo desearlo y no tener que obligar a su cuerpo a pasar por este momento, lo inundó una sensación de terror y desesperación pero siguió sin detenerse, abrió la vieja puerta de chapa y un viento fresco lo golpeó en la cara endureciéndole el gesto, camino despacio hasta el borde disfrutando del paisaje gris y cuadrado de edificios que retrataban esta parte del mundo donde le tocó nacer, al llegar al borde de la cornisa una gota de sudor frío le recorrió el torso, respiró hondo, se tocó la punta de los pies con las palmas de las manos y sin mirar para abajo se tiró de clavado al vacío.

En ese instante que duró su viaje la panza no le dolió nada, se le dibujó una sonrisa calma en su rostro de dientes perfectos, se sintió agradecido por poder elegir y deseó que todos pudieran elegir qué hacer con su vida, no se arrepintió en ningún momento, sólo se lamentó por los que buscarían razones y fundamentos concretos incansablemente, cuando llegó al asfalto todo se puso negro y hondo y se fue apagando despacio con la tranquilidad de saber que simplemente no tenía más ganas de estar acá.



Apenas sobre el piso

Por Mercedes Bisordi

Un gallo llegó al barrio al principio de todo esto, cuando la gente armaba huertas y gallineros en los patios por temor a la escasez de comida. Cantaba a deshora y desafinado, como un principiante, pero hacía tanto que no había un gallo en el barrio, que hasta era lindo escucharlo.

Cuando digo barrio, digo todo ese aire que está entre nosotros y ocupa la franja de tierra que va desde la ruta a la laguna. El aire libre entre las casas, que sobrevuela las calles de arena, traspasa los tejidos de alambre y las enredaderas, pero se detiene ante los patios amurallados. Acá, las casas que tienen tapial o cerco de ladrillos no son del barrio. ¿Qué tienen para ocultar que el resto no podamos ver?

La mayoría de esas casas son las más nuevas, las que se construyeron en el boulevard. Le decimos boulevard a una calle doble que, como las demás, es de arena, está rodeada de vuyos altos y ni nombre oficial tiene. Lo de boulevard suena un poco pretencioso, pero es el nombre que le fue quedando.

Atenta al canto del nuevo gallo salí a la calle, con todas las precauciones. Cada vez que lo escuchaba cantar, le respondía, no muy fuerte, pero me esmeraba en entonar como para enseñarle. Cuánto hacía que no escuchaba un buen canto de gallo, como en las épocas de la forrajería de Murcia.

Murcia, entre otras cosas, vendía aves de corral y tenía su propio gallinero. Como atracción tenía un mono y un gallo que se paseaban por la puerta del negocio. La gente les llevaba galletitas y les sacaba fotos. Al mono, por lo exótico para la zona. A Pitito, el gallo, porque era más alto de lo normal y cantaba a pedido. Cantaba al alba, con puntualidad, pero también podía hacerlo cada vez que alguien se lo pidiera. Disfrutaba de su canto y de la fascinación que provocaba en su público.

Era un gallo alto, brillante, bien puesto.

Lo suyo era un verdadero canto, no un chillido ni una alarma. Era un canto armónico. Se le ensanchaba el pecho. El aire entraba a sus pulmones de ave y él se inflaba un poco. En un batir apenas perceptible de sus plumas color cobrizo, castaño claro y rubio ceniza se contraía y arrancaba desde su pico abierto un canto victorioso que sobrevolaba las calles de arena, traspasaba los tejidos de alambre y las enredaderas.

Pero un día, Pitito se enfermó y murió. Fue después de un fin de semana largo. Los clientes cambiaban la cara cuando Murcia se los anunciaba: Nos perdimos de hacerlo puchero, decía. Porque vaya a saber qué peste se habrá agarrado. Pero, por lo menos, sirvió para algo y levantaba un plumero cortito que había fabricado con el mango de un paraguas y las plumas de Pitito.

A la gente, y a mí también, se les abría un poco la boca y se les venían las facciones para abajo. Demoraban en reacomodar la cara después de ver el plumero. Ella disfrutaba de la reacción de su público, como lo había hecho Pitito cuando cantaba.

Pero le duró poco la joda. Así como en el barrio le decíamos boulevard a la calle doble, sin que nadie lo hubiese planteado o discutido, también se dio que todos los vecinos dejamos de ir a la forrajería. De manera natural, como se dan esas cosas. Nos íbamos hasta la ciudad a comprar –en esa época se podía–, hasta que Murcia cerró el negocio. Yo tengo mi jubilación, decía, para qué quiero estar renegando todo el día con esta gente de mierda.

Después, abrieron la tienda de mascotas que está ahora y que vende casi lo mismo que Murcia, pero con distintos nombres.

Fui hasta ahí para comprarle comida a los gatos. Ellos, que siempre se habían entretenido –y alimentado– cazando topos, ahora tenían que comer balanceado. La laguna casi se había secado, del río no sabíamos mucho, porque ya no cruzábamos para ese lado, las napas habían bajado y los topos habían aprovechado la arena seca para avanzar en su vida bajo tierra, a profundidades inalcanzables para los gatos. Se sentían sus golpeteos en el patio y debajo de la casa. A veces me parecía escuchar cómo se reproducían, a sus anchas, a salvo de sus depredadores.

En la tienda de mascotas hice cola para que me atendieran, respetando la distancia entre cada uno. Ya no nos saludamos entre vecinos, a pesar de que cada vez somos menos, nos desconocemos. Un poco, porque no nos esforzamos y otro, porque el aislamiento fue cambiando nuestras formas: los peinados, el color del pelo, la traza en general. Lo que empezó siendo un saludo de lejos, sin tocarse, llegó a un evitarse de todas maneras, incluso con el contacto visual. No sabemos si es necesario seguir con todos estos cuidados, pero son cosas que se instalaron.

Comida para gallo busco, dijo uno de esos desconocidos. Le dieron lo que pidió y se fue caminando, cruzó la ruta para nuestro lado. No esperé a que me atendieran. Lo seguí de lejos.

Era un vecino nuevo, de las casas del boulevard.

Así que, pensé, el gallo vive en una de las casas amuralladas. Así que el canto, el chillido ese, viene desde una casa que no es del barrio y sobrevuela las calles de arena, traspasa

los tejidos de alambre y las enredaderas.

No pude, ni quise identificar la casa. ¿Para qué? Desde que los yuyos están tan altos, da lo mismo. Se reconocen, por la ubicación, donde está cada una, incluso puedo recordar algunos de los frentes, sobre todo los que más me gustaban: la casa de la pérgola y la del arco de piedra.

El tema es que, aunque reconozca la casa, ya no sé quién vive ahí.

Al principio de todo esto, iba al almacén y te pasaban el parte. Ahora, ya nadie lleva la cuenta.

Como muchas casas se deshabitaron –por las bajas en la población–, fueron ocupadas por vecinos que, a su vez, abandonaron las suyas, que también fueron ocupadas, o no. Hay una rotación tan continua como sigilosa. Los que quedaron de cada familia se fueron mezclando. Yo me quedé siempre en mi casa, porque ya conozco los ruidos de acá. Me llevó mucho tiempo dominar el sobresalto ante cada piña que cae sobre el techo de chapa, ante las peleas de los gatos o el golpeteo de los topos.

Hoy salí al patio, cuando todos deberían estar durmiendo. El aire parecía limpio, no había humo de cosas quemándose y la luna era lo único prendido.

Respiré hondo y sentí cómo mi pecho se ensanchaba. Lo que había empezado con entonaciones tímidas, hoy se perfeccionó. Después de un leve, y apenas doloroso crujido del tórax, el aire se abrió paso y se transformó en un canto potente y sostenido.

Sentí la reacción de las criaturas, la vibración de la arena bajo mis pies, más allá de las raíces del césped, a la altura de las cuevas de los topos y me elevé, apenas, sobre el piso.

Coronados

Por Pablo Makovsky

Me sorprendió ver en la pantalla que mi padre me llamaba. Siempre tuvo dificultades para usar el teléfono móvil y ahí estaba la llamada. Cuando atendí no era él, sino un policía. Mi padre está muerto, pensé. No, mi padre estaba vivo, en una seccional de la zona sur de Rosario, había atropellado a una persona, un coronado que iba con un collar desactualizado, pero mi padre estaba detenido porque no sabía usar el celular. Ese era el motivo de la llamada.

La fecha de entrada a la comisaría rezaba “jueves 18 de noviembre de 2022”.

—Diecisiete— corregí.

—¿Cómo? — me dijo el policía.

—Es jueves 17, no 18. Hay que corregir el parte— le dije.

—Ah, sí —dijo el policía después de dar vuelta el cuaderno y leer la entrada—, igual, va a ser 18 cuando salga.

—Sí, pero viernes.

Había que esperar al oficial para que pudiera ver a mi padre. Eso llevó unos veinte minutos. Desde que habían establecido la ley de cercanía las comisarías eran más eficientes y los policías, más cordiales, aunque no dejaban de ser policías.

El oficial insistió en que mi padre no sabía manejar su teléfono. Bueno, dije, pero el coronado no está muerto. No, dijo el policía, está internado, grave.

—Y tampoco tenía el collar actualizado— dije.

—Aunque lo tuviera —dijo el policía—, su padre no hubiese sabido interpretarlo.

Era una discusión legal, que el policía sostenía conmigo como un ejercicio de algo que, a fin de cuentas, se desarrollaría en otro lugar, los tribunales, el arreglo judicial, lo que resultara de todo eso. Yo sólo quería aportar algo que atenuara la situación de mi padre, y como uno supone que las palabras pueden llevarnos a algún grado de comprensión, insistí en hablar, aunque lejos estaba de confiar en el resultado de esa charla.

Mi argumento inicial: “Mi padre tiene 81 años”, tampoco resultaba muy contundente: dado que mi padre tenía un carnet de conducir otorgado por un organismo de proximidad, ¿por qué se lo habían otorgado si no sabía manejar el celular? Y a todo esto, ¿qué hacía ese hombre tan lejos de su zona? Yo lo sabía, claro. Estaba lejos de la zona sur inmediata al centro porque se dirigía a la distribuidora de Uriburu y España, donde los

precios eran mejores que los de su zona, en Amenábar y San Martín. Ya lo había discutido con él muchas veces, lo mismo que sus resistencias a la tecnología. Porque mi padre podía ser un imbécil en muchas cuestiones, pero que no supiera manejar el celular era sólo una negación: se negaba a aprender, no quería hacerlo, sostenía, incluso sin saberlo, que la tecnología del teléfono era algún tipo de aprendizaje, aunque le hubiera dicho mil veces que no, que lo que él ya sabía hacer (el diseño de piezas para una fresadora metalúrgica, el cálculo de volumen, la precisión de las medidas) era muchísimo más complejo, que el manejo del teléfono sólo comprometía un “uso”. Nada, para él significaba algo a aprender y así estábamos en esta situación: había atropellado a un coronado que tenía el collar desactualizado y estaba preso.

Los coronados (el nombre que tenían en Argentina los CoRoNaReVa: Covid-19-Roving-Narrow-Reaching-Vaccine: vacuna errática de estrecho alcance para el covid-19) eran personas que habían sido vacunadas contra el coronavirus por una vacuna que resultó fallida, entre las muchas que se implementaron a mediados de 2021 y, en este caso, resultaron con efectos colaterales como erupciones capilares como la psoriasis en el rostro y, sobre todo, alucinaciones momentáneas y pérdida de memoria. En Santa Fe hubo muchos casos –no tantos como en otros lugares de Europa, de donde se copiaron los protocolos para protegerlos– y se estableció que llevaran un collar amarillo para que los conductores y transeúntes pudieran distinguirlos y esquivarlos en caso de que tuvieran un rapto alucinatorio y provocaran algún inconveniente en el tránsito. Como de inmediato se generó una industria de esos collares falsificados para su uso con fines non-santos, a mediados de 2021 se aplicó al collar amarillo un dispositivo actualizable para que fuera detectado por una app en el teléfono inteligente, cuyo uso es obligatorio desde entonces. Cualquier automovilista que se mueva por su zona recibirá una advertencia de proximidad de un coronado que circula en la cercanía, lo que evita cualquier tipo de accidente, ya que el coronado es una persona completamente normal salvo las ocasionales situaciones de alucinación que duran menos de un minuto.

Como los efectos de la vacuna suelen desaparecer dentro de un lapso impreciso (mi amiga Elisa tuvo esos episodios durante el primer mes luego de aplicarse la vacuna y no volvió a tenerlos hasta ahora), los collares amarillos requieren una actualización cada cuatro meses que el hombre que atropelló mi padre no había hecho. El problema ahora no era tanto la desatención del coronado, que evidentemente tuvo un episodio de alucinación cuando se le cruzó de improviso frente al auto de papá, como el hecho de que mi padre no estuviera al tanto del manejo de las apps y las funciones de su teléfono. Mi padre podía quedar preso por negarse a aprender cómo usar el celular.

Cuando al fin nos encontramos mi padre masculló algo detrás de su tapabocas y, cuando pedí que lo repitiera, se limitó a decir que nunca había escuchado ninguna alarma en el teléfono.

—No, eso ya está resuelto, papá —le dije—, el tipo tenía el collar desactualizado, el problema ahora es que los policías están al tanto de que no sabías usar el teléfono.

—Sí que sé —me dijo.

—Me dicen que tuvo que revisarlo un agente porque no sabías acceder a la app de registro de coronados.

—No sonó la alarma —me dijo.

—No sonó porque el collar estaba desactualizado —le dije—, pero ya sabés que no podés circular si no sabés usar el celular. ¿Ibas al distribuidor de calle Uriburu?

—Si le compro al de mi zona los precios son impagables— me dijo.

—Bueno, vamos a necesitar un abogado.

—El Beto Agüero —me dijo.

—No, papá, el Beto Agüero es un coronado.

Sonia al encuentro

Por Hagar Blau Makaroff

Con los primeros fríos la tía Sonia se viste pronta. Una media, la otra. Los zapatos, esos cómodos de cuero blando. Un saquito de hilo –no te olvides el barbijo colgando en el llavero– y la ruana de ese viaje al norte argentino.

Vacilando vas hilando. Mira afuera desde la ventana y cierra la bolsa de basura, baja las escaleras. Hace 60 días que no sale –el miedo por la peste que aún persiste– pero da vueltas la llave en la rendija, porque “la vida, mis amigos, es el arte del encuentro”, recuerda que decía siempre su sobrino Silvio.

Sonia sin sus hijos ni sus nietos, sobrinos y sobrinos nietos, sin sus amigas, sin la Casa de la Cultura de Nueva Helvecia, sin los turistas que le siguen cada aventura, a ella y a Leticia. “No es vida”, se convence.

El sentido de su vida es el arte de la hospitalidad. Entonces abre la puerta de la calle Luis Dreyer y baja el escalón inclinado. El sol encandila un poco pero es más la extrañada calidez en el rostro embarbujado y con lentes de sol. Sonríe, de cara al encuentro.

Desecha la bolsa de basura en el contenedor. Camina y siente los músculos, las plantas de sus pies a cada paso. Dobla la esquina y pasa junto al Cine Helvético. Saluda de lejos a los vecinos de la manzana (fueron 60 días sin verlos, a ellos también los extrañó), y mira con pena sus jardines descoloridos de otoño y pandemia que casi no arrojaron flores este año.

Llega a la plaza central, donde aprovecha a dar unas vueltas. Allá arriba en el centro, la escultura de los fundadores la observaba. “Esta guerra más que sanitaria fue contra la incertidumbre, para vivir el arma es la paciencia”, dice Sonia hacia un auditorio vacío. Emocionada de cara al futuro cercano, Sonia se afirma que la vida es el arte del encuentro: “Al fin y al cabo somos fortuitos, vivir es deseo y morir es lo opuesto. El futuro es una expresión de deseo”. Ella pisa los 80 pirulos, es la tía del pueblo, y está llena de deseo.

Saca el manojito de su cartera y con la llave marcada va a reabrir la Casa de la Cultura. En el trecho de poquitas cuadradas sacó el celular y aprovechó a llamar al chofer de la Traffic que solían contratar, para chequear si estaba disponible.

Ya está elucubrando un nuevo destino para viajar (quién sabe si este año) junto a su cuñada Leti y sus turistas seguidores del pueblo.



Pasan cosas terribles

Por Juan Aguzzi

Fran permaneció un tiempo largo en el baldío que había detrás de su casa y al que entraba por una puertita de hierro oxidada. Tenía auriculares y el celular sintonizado en una radio que buscó al azar. Se enganchó porque sonaba Nick Cave and the Bad Seeds y pensó que no estaría mal escuchar eso mientras se acomodaba en un hueco del único árbol del baldío. Después en la radio hablaron de seguros de autos muy baratos y de cómo obtener un mejor rendimiento en su uso. También sobre constipaciones y diarreas y de una dieta que evite esas calamidades. Le ofrecieron un libro evangelista con tapa roja y aterciopelada que contenía todo lo que Dios había indicado para sortear momentos infelices. Un vivero ofrecía por delivery unas plantas que atraían insectos portadores de virus y se los comían. Mientras Fran estaba ahí a solas, en el geriátrico donde estaba su madre se moría de neumonía su compañera de cuarto. Cuando iba a visitar a su madre le escuchaba decir a esa mujer que los geriátricos eran un pequeño infierno donde se moría de a poco. Se había impresionado cuando le describió el linchamiento de un joven que había arrebatado dinero de una ferretería y que ella había presenciado. Lo contaba con tantos detalles que debía ser el recuerdo más fuerte que tenía. Luego Fran recordó una conversación con un camionero que lo había levantado cuando hacía dedo para volver a su ciudad. El camionero hizo una observación. Dijo que sabía que su camión estaba envenenando la atmósfera y que toda la tierra se estaba transformando en pavimento para que los camiones pudieran ir a cualquier lado. “Así que por momentos siento que me estoy suicidando”, dijo el camionero mirando un punto distante sobre la ruta. Fran le respondió que no había que tomárselo tan a pecho y le contó de una inundación en un pueblo de Córdoba cuando el río se taponó con desechos de consumo humano. Al principio los lugareños no podían creer que eso ocurriera y hasta lo veían como algo bonito porque tenían riego natural para sus cultivos. El camionero dijo que hacía poco uno de los “más grandes pensadores del mundo” había afirmado que la gente estaba en cualquiera. Cuando acomodó mejor su espalda sobre el tronco del árbol, Fran recordó el comienzo de un poema que había escrito donde decía que era posible que un ser humano creyera en cualquier cosa y que se comportara apasionadamente en concordancia con esa creencia o con cualquier creencia. Lo decía a su modo, claro.

Primeras estrofas del poema:

No llegaba a ser un error
ni la gracia de una leve caída
con sorpresa y desolación

la gente aguarda el hueso
que la deje muda por el resto
de su agitada vida
con confianza y fidelidad
las cosas más valiosas
están desparramadas
sobre la mesa de la cocina

Al rato volvió a su casa y subió a la terraza. Desde allí miró el barrio, había casas de un par de plantas, otras bajas y algunos edificios. Allí había venido a dar cuando a los seis años lo adoptaron. Era el atardecer y en el cielo ya se notaban las primeras estrellas translúcidas; a veces, ese barrio y la ciudad le resultaban extraños y temibles. En las casas cercanas se encendían los televisores y en la de al lado Fran creyó escuchar algo sobre el nuevo colonialismo y de un modelo económico empapado en sangre. Venía preguntándose si había cosas que pudieran cambiarse. Fran ya no sentía que pudiera encarar alguna aventura glamorosa, la idea de un posible fin le partía el corazón, nadie sabía demasiado lo que estaba ocurriendo. Pero había muertes y era una época en que el encanto estaba suspendido.

A poco de llegar a esta casa con sus nuevos padres, o padres a secas pues no había conocido otros, había visto morir a un perro, al parecer la mascota de la casa, aunque él todavía no había logrado tener algún tipo de relación con el animal. Fran miraba fijo al perro que yacía quieto sobre una manta; los ojos del animal estaban todavía abiertos y su madre le pidió que lo acomodara bien porque después iban a envolverlo con ella. En el orfanato habían muerto quemados dos niños a los que se llevaron envueltos en fundas plásticas y él se había preguntado si sus brazos y piernas estarían bien extendidos. Había escuchado decir al cura que les daba misa que la muerte era un sueño eterno y que había que estar preparados. Pensó que se refería a tener el cuerpo en una posición cómoda porque ¿de qué otra forma se podía estar preparado para morir? Fran piensa en los perros callejeros de su barrio; había visto trotar a perros grandes y a una niña aterrada con miedo a que se le echen encima. Pero los perros estaban ausentes y entregados a su carrera y se perdieron reverberando con el sol hacia el final de la calle. Lo subyugaba la inocencia de los animales, aun de los más feroces porque esa ferocidad sólo era desconfianza hacia los hombres. Había leído que los animales tienen sus propios virus pero que generan anticuerpos y a lo sumo los virus se divierten con ellos sin dejarlos tiesos. ¿Quedarían los animales cuando ya no hubiera humanos en el mundo? Pensó que los perros y gatos sostenían una antigua hermandad. En cambio, a las relaciones humanas las tragaba la

voracidad del tiempo. Venía escuchando que era posible que el ciclo humano estuviese por terminar y que nadie estaba preparado para ese fin repentino. Aunque nunca había accedido a una, le intrigaba lo que la gente llamaba una experiencia sagrada; ¿serviría para esta época? Pensó que en algún punto debía haber un error porque ¿qué podía ser más sagrado para hombres y mujeres que la vida de sus iguales? Sin embargo, las imágenes televisivas de una invasión mostraban gente desesperada, vidrios de ventanas que explotaban y ramas de árboles sin pájaros ni hojas mientras se justificaban matanzas y genocidios.

Para Fran la escritura era la forma en la que le parecía despertar de un periodo febril porque mientras lo hacía descubría cosas, no porque antes no fueran evidentes sino por las sensaciones que despertaban viéndolas escritas, incluido el espanto. Había leído mucho sobre las organizaciones políticas y político-militares que fueron presas del terrorismo de Estado, sobre la captura de sus miembros, su tortura y desaparición. Cuando le tocó escribir se había detenido en las mazmorras donde eran sacrificados. En las paredes percutidas de sangre donde se apoyaban los torturadores. En los alambres de púas que rodeaban algún patio interno de los chupaderos; en el hueso al aire de un prisionero mordido por un perro cebado que le habían largado sus captores. En el frío, la comezón y el hambre de los prisioneros encapuchados tirados sobre el cemento en las noches invernales. En el capellán que sonreía cuando asomado a la sala de torturas se enteraba de que el supliciado era judío. No eran animales quienes les habían quitado el aire y la luz a esos hombres y mujeres. La máquina de aniquilación cuyos engranajes eran quienes decían defender una forma de poder de quienes querían socavar su funcionamiento, ahora eran los que hacía apenas unos años habían votado como si dibujasen en las paredes de un baño público.

Aún en la terraza y envuelto en una leve brisa que, aunque le erizó la piel le resultó beneficiosa, Fran recordó a su amigo Alejandro. Era un militante periférico de una organización armada hacia principios de los años 80. Practicaban con pistolas calibre 22 en un club de tiro en horarios discontinuos para no levantar la perdiz. Alejandro estaba clandestino y Fran sabía que andando juntos todo podía suceder. Era parte de la llamada contraofensiva y entre sus descabellados planes el objetivo principal era que el pueblo se levantara contra la tiranía militar. Alejandro le hacía memorizar algunas citas por si lo volteaban; luego Fran debía llamar a cierto número y decir una frase. Cuando eran niños ambos eran radioaficionados. Alejandro había armado un equipo con el que captaban emisiones radiofónicas de todo el mundo. Algunas eran humorísticas y ellos se sentían a gusto porque ya percibían que habitaban un mundo donde mucha gente era refractaria

a la risa y estaba ansiosa por creer en cualquier cosa y después rugir y odiar. Pensar que ese tipo de fe estaba agazapada esperando dar un golpe, les resultaba aterrador. Sabían que en la sociedad de la que eran parte la gente ansiaba experimentar con los asesinatos siempre que después no fueran severamente castigados. Alejandro fue secuestrado una mañana de mayo y Fran tuvo que esconderse varios meses. Un tiempo después, dos tipos lo abordaron en una calle céntrica. Se le pusieron uno a cada lado, lo llamaron por su nombre y le dijeron que sabían lo que había hecho y que estaba en apuros; después cruzaron la calle y desaparecieron. Luego de ese sorpresivo encuentro, Fran nunca pensó que tuviera que ver con algo que Alejandro hubiera dicho, sino que dadas las apabullantes circunstancias de esta parte del planeta, a él le tocaba ser culpable para quienes tenían el defecto mental de servir a los dueños de vastas áreas de superficie terrestre, del dinero de los bancos y del petróleo que había bajo tierra y mar.

Fran venía escuchando esos días sobre la añoranza de la vuelta a la normalidad; era como pensar que todavía quedaban miles de años por delante y eso le daba vértigo. Una activista había escrito que la normalidad que había antes de este estado de excepción no era tal sino una inmensa crisis. El presente era aplastante y parecía haber venido para quedarse; una especie de continuo que hasta podía secar la tierra. Pensar en la tierra era para Fran pensar en la naturaleza. Y a la naturaleza la estaban incendiando en buena parte del planeta, desde Australia hasta el Amazonas, todo casi sin indignación salvo por unas pocas voces de organizaciones ambientalistas o de indígenas que la sufrían en carne propia, es decir, se quemaban junto a los bosques y las selvas. Fran recuerda a Román, que conducía aviones bimotores y era instructor en una escuela en Luján. Román le había hablado de una corriente subterránea que atravesaba las entrañas del río de su ciudad; estaba contaminada con desechos industriales y largaba unas burbujas a la superficie que parecían pelotas de golf. Le contó que esas burbujas brillaban y que una noche un ciruja, que solía acampar en un vado del río, decidió bañarse en esas aguas luminosas. Estaba un poco borracho y permaneció un buen rato cantando y flotando sobre el río. Cuando salió notó que su cuerpo también brillaba y trató de limpiarse lo que parecía una pátina de aluminio, pero no pudo quitársela y a los pocos días comenzó a sentirse tan débil que no podía levantar su carro. Acabó muriendo de una anemia feroz y la autopsia determinó que esa sustancia adherida a la piel era la misma que tapaba muchos de los desagües de la ciudad. Las sociedades eran como eran, decía Román. Una madre con su niño pequeño a la que había visto hurgar en un contenedor de basura, los moradores de las villas viviendo hacinados, los reformatorios y cárceles como establecimientos aniquiladores de los que allí caían probaban que el mundo era de una sola manera. “Estamos al borde de un hoyo y caeremos todos”, decía Román, a quien le gustaba entonar unas líneas de un tema de Acorazado Potemkin que “le volaban la cabeza”.

Así decían las líneas:

Quise saber

quise entender

Pude cambiar la marcha, el tiempo y al viento

Quise saber

quise entender

Pude cambiar la marcha, el tiempo y al viento

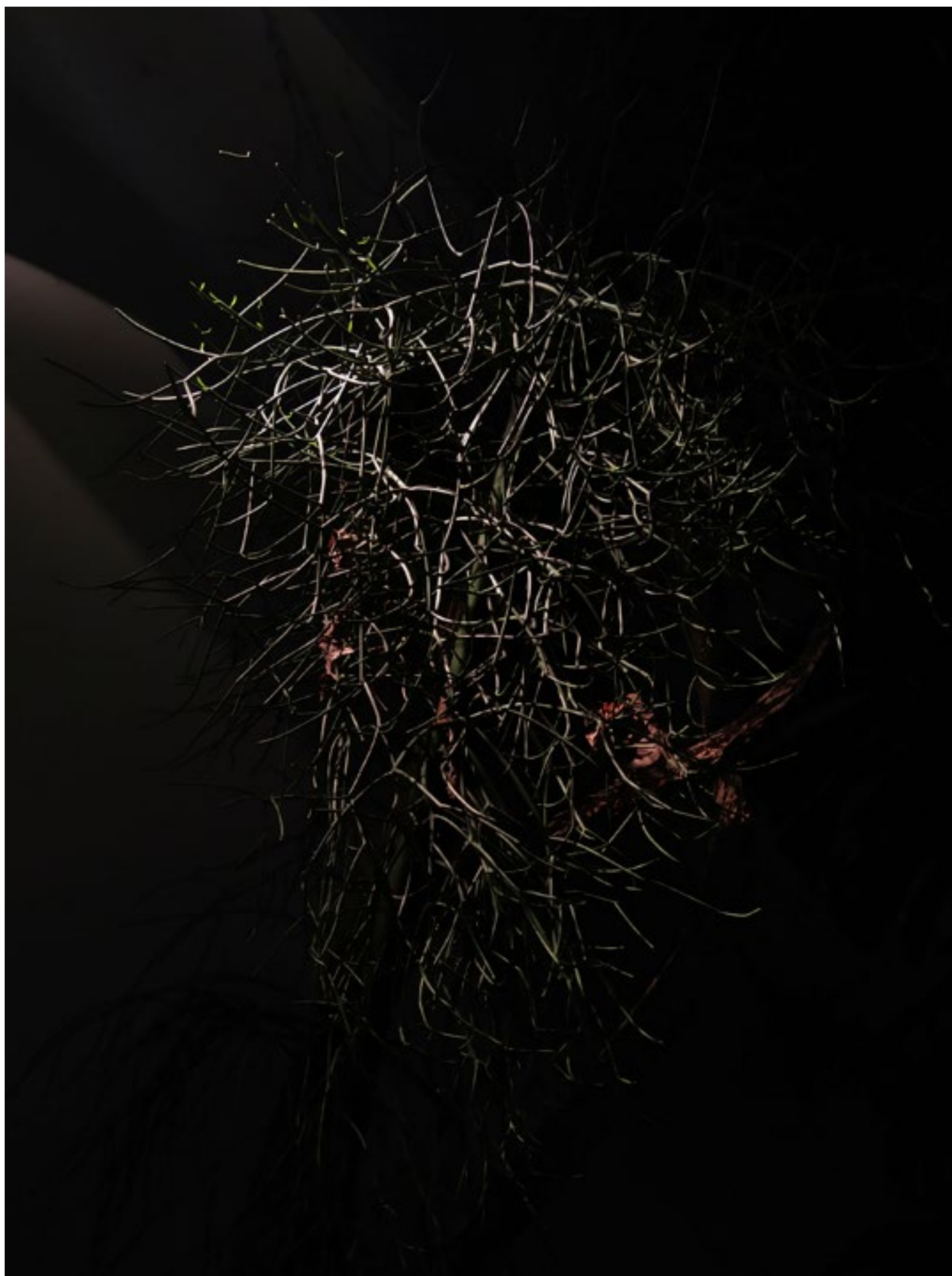
No pude contener

Cierta clase de hombres eran los huracanes, eran la peste, eran las inundaciones, transformaban las selvas en lava, pensó Fran mientras veía que más luces se encendían sobre la ciudad. Hubo una época en que le gustaba pasear por el barrio. Le encantaba que las ventanas estuvieran con las persianas y cortinas abiertas. A veces, un pequeño perro ladraba asomado a una de ellas y atrás se veía gente comiendo o mirando televisión; los paredones de los baldíos tenían trozos de vidrios en la parte superior que el sol atravesaba dibujando reflejos intermitentes en las veredas; había enrejados de alambre que enmarcaban casas lúgubres y abandonadas con las puertas desvencijadas por las que él se metía y aspirando el frío mohoso las recorría imaginando las vidas que las habitaron en el pasado, cuando esas casas exhalaban sus propios olores. Le gustaba patear los bidones de plástico y las latas esparcidos en los patios cubiertos de maleza. Una vez, atraído por una fogata que podía verse por un pasillo lateral de una casa con techo de chapa, se acercó a la ventana y vio a una mujer joven. Fran comenzaba a alejarse cuando sintió que la puerta se abría y ella se asomaba; tenía trenzas largas y negras, una tez oscura de pómulos salientes y nariz aguileña. Dejó ver su cuerpo un poco más y Fran descubrió un vestido largo y las piernas envueltas en tiras de cuero. La mujer le preguntó si quería ver el fuego en el fondo de la casa. Fran no supo qué decir y ella caminó hacia el pasillo y le pidió que la siguiera. Entraron a un patio con paredes cubiertas por una enredadera tupida. Todo el lugar parecía más oscuro que el exterior, y en el centro, en un pozo hecho en la tierra y en el medio de un triángulo pintado en rojo, un fuego lengüeteaba parejamente el aire. La mujer le dijo que para que entendiera ese fuego, tenía que escuchar una historia. De modo pausado y envolvente, la mujer contó que era una tehuelche que había nacido y vivido en la Patagonia, y que, pese a que su pueblo había sido nómada, cuando ella era niña su comunidad estaba afincada en una zona donde cazaban y pescaban para alimentarse. Vivían en tiendas y ranchos de adobe. Era una tierra por la que circulaban hacía más de diez mil años, les pertenecía –había dicho la mujer sin levantar la vista del fuego. Pero luego habían llegado quienes querían explotar lo que estaba bajo la tierra y

tenían leyes que les permitían destruir cualquier cosa que hubiera en la superficie para apoderarse de eso que estaba oculto. Y era justamente su tribu lo que entorpecía lo que esos hombres deseaban. La mujer dijo que no parecía correcto que alguna gente pueda tener lo que está debajo de la tierra o la casa de otra. Los derechos de la gente que está en la superficie no valen nada en comparación con los derechos de la que posee lo que está debajo. No supo si por efecto del fuego que a esa altura resultaba vanidoso en su perfecta continuidad o si la voz de la mujer producía algún efecto, pero Fran “veía” cada una de las frases que escuchaba. La mujer contó que su comunidad había librado pequeñas guerras contra la policía privada de la empresa que buscaba minerales, luego con la policía de la zona y más tarde con los gendarmes. Ellos eran guerreros y ariscos, pero tenían muchas mujeres y niños y fueron derrotados y como no podían matarlos a todos, terminaron trabajando para los extractores de minerales o destructores de la tierra, que para ellos significaba lo mismo. La mujer dijo: “Trabajábamos para ellos, comíamos lo que nos daban ellos, vivíamos donde nos permitían ellos. En medio de nuestra agonía y soledad, sin lugar a donde ir, sólo el fuego nos mantenía en contacto con nuestras creencias para saber que resistíamos. Enciendo este fuego todos los días para sentir lo mismo”.

Sentado en el patio, Fran piensa en la época en que estaba enamorado del mundo, cuando lo que importaba parecía estar en las películas en blanco y negro, cuando creía que alguna gente que muere queda rondando cerca porque su espíritu se resiste a marcharse; cuando bajó de un tren en marcha en una estación, subió a una bicicleta apoyada en una pared y pedaleó hasta perderse en un pueblo desconocido escuchando sólo el ruido de las hojas húmedas bajo las ruedas. ¿Qué cosas hacían los hombres porque querían y qué cosas hacían en aras de la supervivencia? ¿Qué ocurriría si con obstinación se pisoteara la irrazonable esperanza de que el mundo fuera a descongelarse de su idiotez y a los miserables que hacían una ganga con ella? ¿Qué habría cuando se diera vuelta la página de este presente? ¿Se daría vuelta? Acunado en el silencio del barrio, Fran tuvo un último recuerdo. Fue algo que ocurrió en su niñez cuando con su madre quedaron encerrados en un ascensor que se atascó entre dos pisos en una gran tienda. Cuando se hizo evidente que el ascensor no sólo se quedaría allí, sino que pegó una sacudida como si fuera a desprenderse de su cable, su madre presionó el botón de alarma que sonó a lo lejos. El tiempo pasaba y nadie venía a socorrerlos. A él le pareció que no irían a salir nunca o se caerían hasta el subsuelo haciéndose pedazos. Por fin el ascensor, después de lo que le pareció un siglo, dio una sacudida y se elevó medio metro hasta unas puertas que se deslizaron sobre sus rieles. Antes que pudieran salir, cuatro o cinco personas subieron rápidamente sin tener idea de que algo había andado mal. Ya fuera del ascensor, una anciana le acarició el pelo y le preguntó si se había asustado mucho. Fran la miraba como si fuera una más de quienes quisieron exterminarlos, de quienes los abandonaron a su

suerte y ni siquiera le pedían disculpas. La anciana le dijo que no se preocupara porque en la vida pasan cosas terribles, pero él tenía todo el porvenir por delante.



Nadie sale sano de aquí

Por Horacio Çaró

Todo estaba muerto alrededor, hasta la tierra. El tipo no podía salir de su propio sueño, en el que la guerra lo había atrapado sin avisarle. La primera imagen al despertar dentro del sueño fue ese gato panza arriba, tieso, pero el olor de la muerte humana a sus costados podía mucho más que cualquier imagen. El primer impulso fue huir, pero sabía que fuera cual fuese el punto cardinal que eligiera para el escape, allí estaría esperando la Parca. Así en la guerra como en la vida, decidió echarse boca arriba, encender un cigarrillo, y pensar. Y entonces despertó.

Quiso tranquilizarse. Recordó haber leído que en pandemia los sueños son medios raros, pero nadie como él sabe que la prensa siempre pretende explicar todo, si es preciso inventando todo. “La pandemia infecta los sueños de la gente en todo el mundo”, era uno de esos títulos inquietantes con los que se había topado días atrás. Prendió el celular y buscó, y encontró, pero ya en las primeras líneas el artículo lo terminó de intranquilizar. “Para millones de personas en todo el mundo que se enfrentan a la pandemia del nuevo coronavirus, dormir no brinda ningún alivio”. ¿Pero qué puta quieren, que encima uno no duerma?, pensó furioso.

El trabajo en el diario se volvió raro. Por su edad, el editor le dijo que trabaje desde su casa. “Cuando conocí Nueva York las Torres Gemelas todavía estaban allí. Hoy entierran a sus muertos infectados con Covid-19 en fosas comunes. Ahí tenés un disparador para escribir sobre esta mierda pandémica”, le dijo el editor, cansado de las excusas del veterano cronista, que esperaba una oferta de retiro voluntario, no nuevos desafíos a su pluma.

El tipo siguió releendo el artículo de los sueños de pandemia. “Todos, desde una profesora universitaria en Pakistán hasta un empleado de correos en Canadá o una sacerdote episcopal en Florida, enfrentan el mismo demonio. Todos se despiertan a mitad de la noche bañados en sudor”, ponderaba la nota. “Nada que no me venga pasando dos o tres noches a la semana en los últimos 30 años”, se dijo a sí mismo.

Exhibicionismo atroz

Hilo en una red social cualquiera. La excusa: el origen del virus. “Yo creo que eso de la estrategia del contagio masivo y la creación del Covid-19 en un laboratorio navega entre

la paranoia y la certeza que tenemos de que estos tipos son capaces de todo. Y me inclino por esta última opción. No puede ser casual que los gobiernos más reaccionarios sean los más desaprensivos y los que menos interés muestran por la cura”, opina un usuario. Su yugular es atacada por una furiosa jauría.

Alguien trae a la discusión la posición de una fulana llamada Deirdre Barrett, profesora de Harvard, y que afirma haber recolectado 6.000 sueños de 2.400 personas. El viejo cronista se interesa, al fin y al cabo, eso de los sueños lo desvela. Si es un fenómeno propio de la pandemia, vislumbra que ya tiene resuelta su nota.

Otro de sus contactos virtuales en las redes opina que países como EE.UU. y Brasil “directamente han desistido de la investigación, de la búsqueda de la cura, no aparece en sus discursos siquiera, no hay acciones de salud pública, es muy notorio”. Nadie lo refuta, pero tampoco cosecha demasiadas opiniones coincidentes.

Inmediatamente el periodista descubre otra veta. En Argentina los fabricantes de cigarrillos cerraron las puertas y se ha producido una alarmante escasez. Eso brota rápidamente en las redes. “Seguimos en fase 3, ok. ¿Y los cigarrillos? Estamos fumando Marlboro de frambuesa, Alber”, le espeta un conspicuo generador de opiniones al Presidente argentino. El cronista comienza a entender que quienes pensaron, al comienzo de la cuarentena, que el mundo saldría mejor luego de que pase esta peste moderna, son una manga de imbéciles entusiastas.

“(Donald) Trump y (Jair) Bolsonaro se pueden explicar a partir del corazón de la ideología neoliberal, pero frente a la pandemia hay gobiernos como los de Alemania, Francia, con gobernantes conservadores, a quienes la tradición estatista o colectivista los llevó a estatizar empresas, cobrar impuestos a la renta extraordinaria o suntuaria, etc. Habría que observar más los fenómenos que dividen aguas al interior del llamado primer mundo que la polarización objetiva este oeste, que se ha reflatado con el conflicto EE.UU–China y/o Rusia”, opina un aspirante a analista global. Le responde alguien con pocas pulgas: “Dejate de decir boludeces, tarado”.

Facebook: “Estoy enrollando pasto con papel de cocina. Una hermosura”, confiesa un adicto a la nicotina cuando se cumple el cuarto día de faltante de cigarrillos en los kioscos. La respuesta irónica de un amigo: “Yo conocí un paisano en el pisadero de Álvarez que los armaba con una sola mano y con el caballo al paso”. Una fumadora compulsiva acota: “Como dijo un amigo: el que fuma armados por placer, debería ser considerado psicópata”. Nadie más agrega algo.

En su búsqueda, el avezado cagatintas se mete de cabeza en un artículo del National Geographic titulado “La pandemia que nos quita el sueño”. Sí, está obsesionado con el aspecto onírico del virus, y lee: “...algunos expertos en sueños creen que la desaparición de nuestros entornos habituales y nuestros estímulos diarios ha dejado a muchas perso-

nas con una escasez de «inspiración», algo que obliga a nuestras mentes subconscientes a recurrir más a historias de nuestro pasado”. El artículo lo firma una tal Rebecca Rener, y en el lóbulo frontal del escriba resuena el vocablo “subconscientes”.

Hurgando en la intrincada madeja de las redes, el cronista encuentra un posteo que le impacta: “Recién leía una publicación donde un antropólogo explicaba que el primer indicio del origen de una civilización no era el hallazgo de restos de vasijas de barro, utensilios de piedra, etc. El primer indicio de civilización es, en todo caso, el hallazgo de un fémur quebrado curado”. El autor de la publicación revisita la tesis de que la solidaridad está en el ADN del homo sapiens y lanza una invitación: “Quedate en tu cueva”. Le responden: “Saludos a Vilma y Pebbles”, dos de los personajes femeninos del dibujo animado Los Picapiedras”. El usuario replica un “Ya ba da ba doo”, que era una expresión de alegría usada por Pedro, el marido de Vilma. Fin del hilo.

Rebecca, en su nota, cita a un “experto en sueños, un profesor de neurología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston llamado Patrick McNamara, que pontifica: “Normalmente usamos la fase REM de los sueños (NdR: etapa en la que soñamos en forma de historia, momento en que el tono muscular no existe) para manejar emociones intensas, particularmente emociones negativas. Obviamente, esta pandemia está produciendo mucho estrés y ansiedad”. El cronista se pregunta: “¿Cuándo duermen estos tipos?”.

Antes de ponerse a redactar su artículo, el veterano periodista se topa con un titular que casi lo lleva a desistir e, inclusive, a renunciar al periódico: “Ataque extraterrestre. El gobierno japonés se prepara para una eventual invasión alienígena”. No es en la revista Muy Interesante, es en el diario La Nación, que replica otras publicaciones de medios “serios”. Entrelee: “El ministro de Defensa japonés, Kono Taro, aseguró que su país estará preparado en el caso de que los pilotos de la fuerza aérea se topen con objetos voladores no identificados (ovnis)”.

Camina hacia el baño, se lava las manos con Fluido Manchester, se las seca con Virulana, y mirándose fijo a los ojos, exclama: “¿Qué fuman estos ponjas?”. Y acto seguido, se pone a escribir. Su nota se titulará: “Nadie sale sano de aquí”.

Métricas del futuro



COVID 19 NIGHTS

Por Francisco Bitar

Ahora conversamos menos en la mesa.

Ahora la carne tiene un olor fuerte.

Ahora el calendario tiene una sola hoja.

Ahora las mañanas son un recuerdo antiguo.

Ahora limpiamos sin sacar brillo.

Ahora una pelota sirve nada más que para hacer jueguito.

Ahora un número no trae ni buena ni mala suerte.

Ahora un paseo consiste en ir de una planta a la planta vecina, con las vueltas de la manguera como único dibujo del camino.

Ahora el dinero es un cupón.

Ahora el silencio, de tan puro, parece producido y montado a la imagen de nuestras noches de cuarentena.

Ahora entendemos que el terror no se mete por los ojos sino, antes que nada, por los oídos.

Ahora el sonido de agua que corre nos despierta.

Ahora las nubes dejaron de ser provisionarias.

Ahora las nubes parecen televisadas.

Ahora, por los parlantes de la radio apagada, circula el aullido del viento.

Ahora los pájaros cantan de golpe, como si saltara una alarma.

Ahora, de tanto fumar, nunca fumamos cuando queremos.

Ahora nuestros hijos usan de espejo la tapa del microondas.

Ahora la casa nos agota.

Ahora una erección no necesita objeto.

Ahora es de noche en Brasil.

Ahora, al mezclar agua fría y agua caliente, sale agua neutra.

Ahora los perfumes de frasco tienen un aroma exactamente opuesto al aire libre, por eso no los pulsamos.

Ahora la tele ni apagada deja de funcionar.

Ahora ha vuelto el ruido del tren nocturno.

Ahora la cama es un premio por nada.

Ahora, cuando se descascara una pared, puede verse el dibujo de una fiesta en tamaño real.

Ahora nuestros peinados se ven ridículos, lo mismo que la idea misma de un peinado.

Ahora un chiste nos pone pensativos.

Ahora la comida es más sabrosa que nunca pero va a parar toda a la misma bolsa.

Ahora el olor a carne asada entra no por las ventanas, aunque estén abiertas, sino por los ductos de la ventilación, en retroceso.

Ahora dormimos con nuestras libretas abajo de la almohada para que nadie pueda leer lo que escribimos en ellas.

Ahora que nuestra reserva de incomprensión está saturada, esperamos cada noche a que los sueños hundan su balde en ella y hagan su trabajo.

Ahora la paciencia, de tanto requerirla, reclama un paisaje donde posarse.

Ahora una caricia nos recuerda que por debajo de las uñas algo se puede estar cultivando.

Ahora las puertas abren todas hacia adentro.

Ahora el gato se cuelga un poco más mirando los techos.

Ahora el gato mira a los techos hasta que, eventualmente, suena una alarma.

Ahora cuando el gato mira hacia arriba no es a los techos adonde mira sino a otro lugar o a otra cosa que está por encima de todos los techos por igual.

Acción de arrastrar

Por Eliana Bianchi

*“La memoria es algo extraño.
Mientras estuve allí, apenas presté atención al paisaje.
No me pareció que tuviera nada de particular y jamás hubiera sospechado que,
dieciocho años después,
me acordaría de él hasta en sus pequeños detalles”
Haruki Murakami*

Relatar la vida

a cien kilómetros por hora

o en un letargo cacofónico

cansancio, amor y confinamiento

trabajo, encierro y

distancia

nadar

cojer

y

sembrar

ganar, rosquear y gemir

dormir, callar y ofrecer

luchar, desaparecer y volver

rodar , sostener y acabar

olvidar.

Cabargar, saltar y correr

caer, querer y morir

parir, sudar y remolcar

paciencia

resistencia

fortaleza

y recordar para siempre lo que escribo:

Creo

que

ya

no

estás

más

enamorado

de

mí.



¿Qué significa tener un poema en la cabeza?

Por Diego Colomba

Esta mañana
escribí
un poema
efectista.

Como
un cuento
se leía
de una sola
sentada.

Tenía
inicio
nudo
y desenlace.

Y alguno
que otro
indicio
del final.

Un poema
simbólicamente
sencillo

al que no
le sobraba
nada.

Pero
lo guardé
mal
en la computadora:

lo perdí.

Como si
lo hubiera
soñado
intenté
reescribirlo
en la vigilia.

Mi memoria
era la mano
de un chico
que borroneaba
y confundía
los hilos
del poema.

Con torpeza
quebraba
el símbolo

como si
fuera
una cucharita
de madera
hundida
en el helado.

Sin solución
de continuidad
mi poema
original
se había
vuelto
un mito.

Ahora
mis dedos
debían
soplar
las mentiras
de mi mente.

Soplar
hasta volverlas
un poema
posible.



Táctica de tierra arrasada

Por Julieta Lopérgolo

El día sólo deja ver su nuca amarillenta.
¿Oís el sonido lejano del benteveo?
La frase que repite llega
deshilachada hasta mí.
El trino recortado
en el primer silencio de la mañana
—la quebradura del aire— llega
como si el propio desierto trajera la sed.

¿Qué arrasa más esta mañana?
Nadie duerme en sus casas
ni ofrece sus señales de reconciliación al aire.
¿El silencio?
Una difícil sencillez envejeció el paisaje
hasta volverlo pulcro y desolado.
Restos de voces de aves vuelan en círculos.
¿Qué arrasa más esta mañana?
¿Qué atrocidad?
El sol
quemando sobre nadie.

Las canastitas surcan el cielo.
Pregunto por lo que vuela
sólo para descansar en los nombres

que no conozco
y en ese instante ennegrecido
de mi mirada.
Me gustaría no alterar ese equilibrio
entre una paz y un saber ajeno.
Pero un equilibrio
sólo se sostiene con reparos.

Miro pasar los camalotes lentos.
Ninguna advertencia haré que me retire.
Que me esquiven los rayos
del mismo modo que los animales
escapan a las tormentas.
Acaricio los remos del bote en el que viajo
como si fueran las frentes de mis hijos
las que viajan.

He visto a los zamuros
abandonar en silencio
la soledad de las tumbas.
Los he visto cruzar el cielo
con una alegría atroz,
pero con alegría.
También he visto desacostumbrarse
a otras criaturas de la luz y el aire
ante el mismo abandono,
perdida su rapacidad.

¿Cuál por venir?

Por Ire Ocampo

—No puedo pensar... No me puedo imaginar un futuro...

—¿No te podés imaginar otro mundo? ¡Capaz viste muchas pelis fantásticas vos!, le dice en tono desafiante y con un gesto burlón moviendo la cabeza.

—Puede ser, vos sabés más que yo de mi vida, ¿no? No le corrige, ni le desmiente eso que le dijo.

—Ah, pero ino! tal vez, ino querés!, se acomoda un poco, al empezar a hablar se había ido deslizándose y ya no le veía el rostro cómodamente.

—Puede ser, estoy bien así, ¿vos no estás bien ahora?, estira la mano para acomodarle el cabello que le tapaba un poco la cara.

—Sí, claro que estoy bien acá, ahora... Pero siempre hay algo que se puede cambiar, mejorar, ¿no?, ahora gira y se pone de costado, flexiona el codo y se apoya la cabeza en esa mano, y con la otra gesticula acompañando el final de la frase, para después apoyarla al lado de su cuerpo y mantener el equilibrio.

—Siempre hay cosas para cambiar, suelen ser muchas y hay que elegir, o hacer cuentas o llevar lista de prioridades..., intenta seguir la frase, pero le interrumpe el hilo.

—No hablo de lo programático, hablo del corazón, de lo que te imaginás cuando estás jugando a ser otra versión tuya...—. Habla y gesticula, con la mano libre, mira a quien le escucha y luego mira hacia adelante. Su mirada se posa sobre los objetos que hay en la habitación, pero en realidad no los mira, sólo son un soporte desde el cual se apoya y salta hacia otra idea, otro pensamiento, otra situación que quiere ensoñar, entrever desde la charla aparentemente casual luego de un encuentro amoroso.

—Pero ¿de qué quieres hablar? ¿qué querías cambiar? O, ¿qué necesitás?, con la mirada sigue los gestos de la mano que se mueve, y luego vuelve a sus

manos que acomodan los pliegues de la ropa de cama sobre su falda, y le acomoda de nuevo unos cabellos que se le quedaron enredados en las sábanas

–No, necesitar como necesitar no necesito nada... pero quisiera saber qué va a pasar y si podré hacer algo de lo que me gustaría o si tendré que esperar mil años para poder concretar alguno de mis sueños..., dejó de mirar los objetos lejanos y le tocó la mano, la aferró nuevamente como buscando la seguridad de su tibieza, de quien hasta recién le llevó al éxtasis y le hizo sentir placeres sensuales.

–No sé qué va a pasar, y no creo que la imaginación nos sirva para eso... Vos ¿te imaginaste alguna vez viviendo una situación como esta?, le preguntó sosteniendo su mano en la palma de la suya, mirándole a los ojos como buscando una respuesta sin palabras.

–Sí, creo que sí... no tal cual como ahora, pero me hacía preguntas sobre qué sucedería si todo seguía como hasta hace poco..., no puede encontrar las palabras y se toca la cara mientras piensa –Me preguntaba cómo o quién o quiénes podrían parar lo que veníamos viviendo, y yo sentía que se desbarrancaba, pero me resultaba difícil medir lo personal de lo colectivo.

–Siempre se hace difícil salir de esa mezcla de sensaciones..., le comenta para reafirmarle lo que está diciendo y para que pueda seguir pensando, así también le expresa su amor.

–Y bueno, cuando caí en que sólo quedaba pasar por una gran crisis ni me puse a pensar ni en qué, ni en cómo, ni quiénes serían las personas más afectadas... O sea, no lo imaginé, fue más bien como una intuición o como un percibir, como cuando los perros o los bichos olfatean las tormentas dos días antes, viste?, le mira a los ojos y se sonríe apenas al ver el gesto de la cabeza afirmando su frase.

–Y ahora querés olfatear el aire a ver cómo va a venir y no olfateás nada? le contesta con su misma frase.

–No, el viento sólo trae un aroma de primavera, pero estamos en otoño, o yo estoy esperando que sea otro aroma el que quiero sentir y es muy pronto..., no termina la frase

–¿Te descoloca? ¿bien o mal?, se le acerca y le acaricia la cara mientras le mira las líneas y el contorno del rostro a contraluz.

–Sí, son los vientos del cambio... y sí, descolocan... supongo que bien, tan bien como estar así acá con vos ahora, después de tanto que tuvimos que pasar..., no termina la frase porque le encaja un chupón y retoman el diálogo de los cuerpos. La armonía caótica del desmembrarse y volverse a unir en besos, caricias, toqueteos. Siguen buscando lo que vendrá en el aliento y el jadeo de ese otro cuerpo agitado y luminoso. Con esa luz intentan ver otro mundo.

El fútbol, la poesía, el minimal dulce, la fotografía satelital de altísima resolución, las cosas que te hacen bien, los chicos, el cuero, el pasto en verano, los momentos de la vida, los mapas de las ciudades que te hacen acordar a otras, las cosas que te hacen acordar a otras, las cosas buenas, los fines de semana largos, los pasajes de avión, las cocinas limpias, las cosas que más te gustan, las nubes, los continentes, las cosas a conocer, las playas, los caballos, las vacaciones, los amigos importantes, las ideas, los planes, las cámaras digitales, las cosas que te hacen acordar a otras, el ruido del mundo.

Ensayos del porvenir



Fronteras peligrosas

Por Germán de los Santos

“La aventura más arriesgada se lidia en casa, donde nos jugamos la vida, la capacidad o la incapacidad de armar y construir; de tener y dar felicidad, de crecer con valentía o agazaparse en el miedo. Es allí donde corremos los mayores riesgos”. Cada tanto releo el libro de Claudio Magris “El infinito viajar”, que está marcado, subrayado con distintos colores; con lápiz rojo, negro, con birome, con fibra.

En este momento lo vuelvo a leer como un antídoto, en busca de un bálsamo contra la ansiedad de no poder viajar, de estar quieto, de no poder andar por las “fronteras”, los límites, lugares que recorro casi siempre solo, nunca como turista, con la intención de buscar “no ir al otro lado de esa frontera sino descubrir que se está en el otro lado”, como dice Magris.

Ahora estoy acá, en este lado de la frontera, pero encerrado, frente a la TV y al peligro de una gripe, que hizo infranqueables las fronteras reales, que hoy están desiertas, sin gente que cruce de un lugar a otro, como era algo natural, en ese territorio seductor, siempre cargado de zonas grises, donde nada es lo que parece. De este lado y del otro seguimos teniendo pánico, edificado con nuestros rencores que hacen levar un nuevo protagonista: el gendarme de la cuarentena; aquel que reniega y odia al que ve en la calle.

El nuevo gendarme cree que el único riesgo es el coronavirus, que en Santa Fe provocó la muerte hasta ahora de tres personas. Por tuberculosis murieron el año pasado 49 personas, de las cuales el 90 por ciento vivía en condiciones de hacinamiento.

Por balazos murieron 337 personas en 2019, en un 80 por ciento, según el Ministerio de Seguridad, por luchas entre bandas que venden droga, que controla la policía. La misma que hoy es la que garantiza la cuarentena y tiene toda la calle a su disposición para volver a tener poder, como está sucediendo ahora.

Hace más de 400 años Caravaggio pintó la escena en la que los muertos no podían ser enterrados por la peste negra. El cuadro muestra un caos en las calles de Nápoles, con esas sombras tremendas que pintó este tipo valorado tardíamente debido a los pruritos que despertaba su cara de psicópata. ¿Por qué el mundo va a cambiar? ¿Porque a una clase media que puede hacer cuarentena asumió en el encierro la fealdad del mundo viejo y la hermosura del mundo nuevo, conducido por Zoom?

El peligro está fuera, del otro y de este lado, en esta ciudad llena de fronteras internas, fracturada, autoreferencial. Prefiero el otro mundo, el que era una basura, injusto, inhumano y hostil.

Hasta el peligro perdió atracción, porque ahora está en el almacén, encarnado en Betty, una maestra jubilada de la cuadra, que no puede caminar con el barbijo porque se agita. Todo parece teñirse del mismo tono, estar en el mismo rango por el miedo trivial que nos envuelve morir de tos y encierra al “futuro” en un radio limitado, de cuadras y horas.

Las fronteras se multiplican y están cada vez más cerca. En Tío Rolo, donde se montó un “dispositivo” de cierre del barrio por un caso de covid-19. La policía valla todo con cintas rojas y blancas que dicen peligro para evitar que nadie entre ni salga hasta que esté el resultado del hisopado por un caso “dudoso”. Tío Rolo se transforma por unos días en una república y nos parece a todos algo cotidiano, donde un grupo de soldados del ejército, con barbijos camuflados, reparten comida. Todo el escenario parece natural. Nada nos sorprende. Hay paro de colectivos en Rosario desde hace más de una semana y nadie lo percibe salvo los que tienen que pedalear para ir a trabajar, que no hacen fitness por YouTube.

A la madrugada me llegan decenas de mensajes de presos de Devoto, Piñero y Coronda que quieren aprovechar la pandemia para dejar la cárcel. Yo haría lo mismo. Lo llamativo es que los presos mandan videos falsos de ellos mismos. Se mezclan imágenes del pabellón 7 con una cárcel de San Pablo, con internos mutilados después de una sangrienta pelea entre PCC y Comando Vermelho que fue hace tres años.

En toda esa mezcla aparece el mensaje de un preso que tiene la foto de Al Capone en el Whatssap y parece más sincero que sus compañeros. “Papá, hace un año y medio que estoy en cuarentena. Yo quiero salir”, dice con sinceridad.

Vuelvo a leer el cuento “La inundación” de Ezequiel Martínez Estrada. El padre Demetrio es el gran personaje que detesta a la gente que le copó la iglesia durante el avance del agua. Se interesa más porque los inundados no le arruinen los bancos de la iglesia que por los enfermos. El cura se indigna porque los pobladores de ese pueblo de la campaña bonaerense buscaron refugio en la iglesia cuando siempre la ignoraron. Es la metáfora de porqué va a cambiar el mundo, si ahora nos interesan como a Demetrio que los inundados se comporten bien y no la desolación que dejó la inundación.





Umbral: red compleja de intensidades afectivas

Por María Victoria González

El encierro nos encuentra produciendo discursividades que se ligan al presente, movilizan ideas inexploradas. Sostenemos, con intensa fragilidad, el devenir. Cada intento son múltiples intentos que tropiezan entre sí evocando un pensamiento de aquello que ya no es, de aquello que todavía no se manifiesta.

Descubrimos exquisitos escritos sobre nuevos hábitos cotidianos, nos deleitamos con registros poéticos y desciframos trabajos eruditos. Algunos nos relatan medidas de contención de pandemias como si se tratase de competencias continentales. Los modos de control digital de Asia y las técnicas disciplinares de confinamiento de Europa o Latinoamérica. Tecnologías biopolíticas geolocalizadas. Otros auguran la llegada de nuevas subjetividades, nuevos modos de pensar qué es un cuerpo y cómo se lo controla desde un sistema capitalista tecnototalitario. Con optimismo, leemos conjeturas acerca de una nueva concepción del tiempo como goce y no como tiempo productivo, de virus revolucionarios que vienen a ponerle fin al sistema capitalista. También están aquellos que contemplan con neutralidad imperturbable. El virus no representa, para ellos, la posibilidad de un cambio radical del sistema económico, tampoco la de generar praxis colectivas que reinventen modos de producción más amables con el planeta. Todos fluctúan entre un pesimismo extremo y comunidades utópicas.

Hoy, el trazo de estas voces es desmesuradamente amplio, profundo. Filón de pensamiento, mapa de nuestras condiciones vitales, cartografía de la pandemia que no sólo posibilita el análisis de las formaciones de poder sino la producción de modos de resistencia. Algo se detuvo y, en medio de la espera, de la inmovilidad, podemos demorarnos y descomponer sus partes, partes infinitamente pequeñas e inabarcables.

La crisis se convirtió en laboratorio de ensayos y tentativas, todas contingentes, todas falseables. ¿Diagnósticos apresurados? ¿Fantasías utópicas? ¿Se viene una mutación de episteme? ¿Acaso importa?

Aquí estamos, habitando esta excepción profundamente filosófica porque nos desacomoda, nos mueve, nos intranquiliza. ¿Ese no es, en parte al menos, el objetivo del pensar filosófico? Un pensar activo, que piensa el límite de lo posible, que desde un umbral descomunal experimenta el devenir. Comte-Sponville asegura que hacer filosofía es pensar más allá de lo que se sabe, es pensar incluso aquello que es imposible de saber. Esto, lejos de refutar el ejercicio filosófico, provoca que la filosofía se vuelva una práctica in-

eludible, pensamiento libre e infinito; su objeto, radicalmente abierto, se convierte en potencia conceptual.

¿De dónde le viene esa potencia? Lo que habilita una idea como posible es su fuerza, cada idea es una línea intensiva en una red de potencias vitales afirmativas. El pensamiento, aunque lo haya querido simular por siglos, tiene una raíz afectiva. Razón y afecto, porque la razón se define por los afectos, por un cierto modo de ser afectado por otros cuerpos, por otros, con otros.

¿Cómo pensar esta subjetividad encarnada como entidad afectiva productora de ideas-fuerzas en un entramado dinámico?

Una respuesta en clave spinozista podría plantear que nuestra identidad, lo que somos, siempre se encuentra descentrado, fuera de foco, porque esa identidad siempre es corporal y nuestro cuerpo es un modo de ser con otros. En esta realidad trans-individual somos efectos de causas que desconocemos y de acontecimientos que no controlamos. Somos cuerpo y nuestra esencia es conatus, es esfuerzo por perseverar en el ser. Este esfuerzo es instintivo, es nuestra tendencia vital de auto conservación, un impulso que resguarda nuestro modo de ser para que, no sin cierta inercia, continúe siendo. Sin embargo, ese conatus también es potencia, es deseo que mueve, que desborda.

Conatus, instinto de conservación y, al mismo tiempo, tendencia dinámica hacia lo posible. Conatus y su paradoja vital. Perseverar en el ser, continuar siendo, con el fin de ir más allá del principio de conservación, de expandirnos y poner esa fuerza vital al servicio de la creación en múltiples e intensivos encuentros. Subsistir en relación.

Escribimos para enlazarnos en una red compleja de intensidades afectivas y, desde allí, buscamos el equilibrio entre la velocidad y la coherencia, ensamblando estas partes que son y no son nuestras pero que dirigimos hacia un futuro posible. Si somos capaces de reponernos a la incertidumbre podremos vislumbrar que la acción de escribir con otros requiere, tal vez, el despliegue de un conatus que se manifiesta como autonomía relacional y nos impulsa hacia el devenir. Escribir con otros, en un horizonte frágil pero abierto y afectivo, es el modo que encontramos de perseverar en el ser, de continuar siendo (¿acaso es posible?) lo que somos.



La Multiplicación de los informes

Por Juan José Mendoza

Schopenhauer escribió alguna vez que la vigilia y los sueños eran hojas de un mismo árbol. Leerlas en orden, era como vivir. Hojearlas al azar, era como soñar. Por aquel entonces al principio todo pareció estar desordenado. Nuestra era había ingresado en una peligrosa espiral de entropía y de desorden. Y en sus comienzos, tampoco hubo un orden cronológico posible para estas líneas. Partiendo de la base de que hasta los decadentistas y los psicodélicos también tuvieron su buena dosis de rutinas organizadas, el desarreglo social que sobrevino en las primeras horas de El Gran Confinamiento, volvió de repente a la vida un poco más onírica. Más inverosímil y distópica, menos real.

«La historia dirá que un día los animales, después de muchos siglos, entraron caminando a las ciudades y no encontraron a nadie en las calles. Un poco de silencio. Y el ruido de sus propios pasos. Y que dos tercios de la población mundial permaneció durante algún tiempo recluida en sus casas. Tendremos que contarle. Escribir nuestros informes. Hacerlos públicos para la posteridad.» -escribió también mi madre en aquellos lejanos días, en el que acaso también fuera uno de sus primeros informes-.

«Hasta hace unas semanas lo hacíamos antes de salir. Ahora nos bañamos inmediatamente después de ingresar a nuestras casas» -escribí también yo por aquellos días, en una de mis primeras anotaciones-. «Usamos nuestra peor ropa para salir a la calle. Guardamos nuestras mejores prendas para las entrevistas por Skype, las clases por Zoom, las sesiones de investigación con docentes y colegas.» -releo también ahora en aquel informe-.

Salíamos a las calles unos 20 minutos por semana. Hasta las farmacias y las proveedurías. Y tomábamos los pedidos que habíamos hecho por teléfono, cuidando siempre de guardar distancia con los mensajeros. «Que nadie contagie a los mensajeros» -decíamos por aquellos años, creyendo que lo decíamos en broma-. Hasta que desde nuestras ventanas empezamos a ver cómo los rappitenders se desplomaban en la calle. Caían mientras iban a bordo de sus bicicletas, y allí quedaban tendidos durante días. Algunos animales se acercaban y comenzaban a despedazar sus cadáveres.

Por nuestra parte, dejamos de reservarnos las horas de la noche para el sueño, y las del día para la vigilia. Ya no dormíamos. O entredormíamos de salteado. En horarios rotativos y alternados, para mantener activa algún tipo de guardia en nuestros domicilios. Y lo mirábamos todo por la ventana. Todos empezamos a ser como James Stewart adentro de La ventana indiscreta. Veíamos a los vecinos que amanecían a las 4:00 am y notába-

mos cómo se cruzaban con los trasnochados y los insomnes, los que pasaban de largo, los que continuaban con sus largas sesiones de video games y de streaming. También estaban los que amanecían tomando el sol en las terrazas. Un pequeño orden de las cosas se había invertido. En aquel entonces no podíamos saber por cuánto tiempo. La humanidad entró en El Gran Aislamiento un poco sin saberlo. Como quien ingresa al túnel de abordaje de un vuelo en un aeropuerto, para subir a un vuelo del que nadie conocía su destino, sus puntos de llegada ni sus escalas intermedia.

Poco a poco nos comenzó a afantasmarse el pensamiento de que todo aquello podía llegar a durar para siempre. Al principio vaticinábamos que duraría sólo tres años. Con el paso del tiempo, asumimos la nueva normalidad. El antiguo arte de caminar por las calles comenzó a desaparecer para siempre. Hasta que un día lo olvidamos. Dejamos de caminar por las calles. Simplemente dejamos de hacerlo. Desaparecimos.

Los autos estacionados en las veredas se fueron cubriendo de musgos. Los animales, que hicieron de las ciudades su hogar, encontraron en los autos abandonados un refugio para las noches, una madriguera para sus partos, un reparo contra las inclemencias del tiempo, que por aquel entonces comenzó a alterarse.

Pero lo peor sobrevino cuando el sars-cov-2 ingresó al agua. Fue allí cuando tuvimos que dejar de bañarnos. Las duchas, que acompañaban a los hombres occidentales desde el siglo XVIII, fueron abandonadas por nosotros en una sola semana. Y cuando el sars-cov-2 mutó y comenzó a replicarse a través de los alimentos, entonces también tuvimos que dejar de alimentarnos.

Los que no murieron por la enfermedad, lo hicieron por el escorbuto. Y los que no lo hicieron por el escorbuto, lo hicieron por la debacle de sus sistemas inmunológicos.

Un extraño optimismo brotó entonces. Los trajes de aislamiento blanco invadieron las calles. Todas las ciudades comenzaron a tener astronautas caminando por las plazas, los centros comerciales, las veredas. Los padres sensibles le legaron a sus hijos la esperanza de que, algún día, pudieran pasearse por las ciudades sin animales rondando, sin heces en las calles, pero por sobre todo, sin esos trajes blancos y entorpecedores del movimiento. En cuanto a la infancia, también desapareció. Muchos años después, todavía vemos las fajas de nylon que cercan los pulmones verdes de las ciudades. Paradójicamente, las plazas y los parques son uno de los pocos lugares a los que los animales salvajes no pudieron ingresar. Por el Factor Naranja. Todavía vemos las fajas de nylon naranja flameando entre los juegos. Con la inscripción que dice:

Prohibido Jugar

Las fajas de clausura flamean entre los subibajas y las calesitas, tabican los trapecios, los escalerines, el tobogán. Muchas veces, sin embargo, vemos en esos juegos a los adultos. Nostálgicos del Estado Anterior, juegan y hablan solos. Como cuando fueron niños en los parques, vuelven a arrojarse del tobogán. Divagan con risas vacías que dirigen hacia todos lados. Oscilando sobre las hamacas, portan una alegría incomprensible. Jugar es el acto más subversivo que existe. Después de un rato, las cuadrillas sanitarias se acercan furtivas. Activan el protocolo y se llevan sus cuerpos.

Mientras tanto nosotros, los habitantes de la transición, mantenemos activa la memoria del siglo XX. Conversamos con nuestros padres sobre los últimos viajes que hicimos en familia. A menudo leo los informes de mi madre. Ella habla mucho de los pueblos nómades. Y de los besos y los saludos con la mano entre personas perfectamente desconocidas. Oh. Qué inverosímiles se nos vuelven ahora esos recuerdos. A los más jóvenes, cuando les contamos de nuestros flirteos en las playas, directamente no nos creen. Y de las discos. De los mercados con tiendas en las que se vendían cosas como alhajas y libros al aire libre. Y de las mesas en las que servían café. Todas esas son cosas de las que ellos algo saben por el cine y las películas. Pero cuando les contamos que nosotros también las hacíamos, nos miran con asombro e incredulidad.

No nos creen.

Ahora lo miran todo por el HistTub. La web es un viejo museo de estados anteriores. Las escenas de las películas más triviales, aquellas con aglomeraciones y muchas personas en las calles, directamente les parecen de una fantasía delirante, definitivamente extrañas y misteriosas. Para ellos son las más inverosímiles y absurdas, de lo más distópicas. También muy extrañas les resultan las postales de la naturaleza. Miran en loop los documentales del Nat Geo Wild, uno de los canales que siempre está encendido en casa. Todavía sueñan, si algún día el confinamiento se levanta, en salir a las calles y peregrinar hasta algunos de esos lugares. Se refieren a ellos como “Los Estudios de Televisión”. Así los llaman. Todos los lugares de la naturaleza, para ellos, son lugares artificiales. Para ellos los animales, naturalmente, viven en las ciudades. Y está bien que así piensen. Al fin y al cabo, eso es lo que vieron desde que nacieron. Lo mismo sucede con la alimentación: sencillamente no creen que la humanidad, durante siglos, haya sobrevivido con una dieta hecha a base de animales muertos. Esa es, para ellos, la cosa más absurda de todas.

Por nuestra parte a nosotros, los habitantes de la Transición, también hay muchas cosas

que se nos aparecen como incomprensibles. Aún a los más experimentados conocedores de un mundo en el que aquello así, tal y como todavía se nos muestra en las películas viejas, en algún momento del pasado existió, nos cuesta entender el modo abrupto en que todo se interrumpió. Nos afantasma pensar el modo en que fue el pasto creciendo en las cafeterías. Y en que fue la gramínea cubriendo los edificios de cemento, las estructuras de hierro, las estaciones de servicio. Y que fue la vegetación espesa, la que colapsó a las salas de cine. Cada uno de nosotros escribe su *Petite histoire* sobre el fin del afuera. Enumeramos nuestros antiguos recorridos por el pasado. Nombramos, a quienes nos escuchan incrédulos, los lugares favoritos que recorrimos en nuestras últimas excursiones por el aire libre. A muchos los asalta el deseo de salir al exterior, a corroborar todavía la existencia de determinado lugar caro a sus afectos personales: ir hasta una vieja casa, una antigua universidad, peregrinar hasta una ciudad lejana a la que ya hace varias décadas que no viajamos. Oh, el deseo de volver a mantener una conversación en una cafetería. Eso sí que es un *saudade* insoportable. Pero *Saudade* en portugués: con ganas de veras.

Los que crecieron sin conocer el suave viento del afuera, nos escuchan contar algunas historias como quien les habla de una caminata por la Luna. Yo pego en un mapa de papel las fotos de algunos hitos. La Avenida Corrientes, la Avenida Wheelwright, la calle Entre Ríos. Algunos de los lugares por los que se paseó mi cuerpo en el pasado, se me presentan ahora como paseos hechos bajo el efecto de la ketamina. El narrador de este informe flotando por las veredas. Pequeños hitos de un antiguo e irreconocible historial de movimientos. Creo que fue Theodor Adorno quien expresó que después de Auschwitz ya no sería posible la poesía. Con el confinamiento sobrevino más bien lo contrario. Y se comenzó a gestar una masa inconmensurable de escritura. Si narrar consistía en el arte de saber elidir, después del confinamiento todos comenzaron a ejercer su derecho a transmitirlo todo. Si hasta hubo quienes dejaron encendidas sus cámaras, y así nos transmitieron sus últimos instantes. Después de la venta de transmisiones de muerte en vivo, el arte de transmitir por streaming fue reemplazado por la escritura de informes. Difícil escribir mientras se muere. Aún así, los informes se volvieron ese género hegemónico que ahora es. Imposible procesarlos a todos. Obligatorio escribir. *Petit histoire* para herederos incrédulos. Menos mal que todavía existen los posteos en Facebook, los archivos con las transmisiones en vivo en Instagram. Y las grabaciones de la radio, los documentales de la televisión. Sería imposible hacer creer que aquellas son las formas primitivas de los actuales informes por escrito que todos estamos conminados a hacer ahora.

Y así como esas, muchas cosas. Fueron muchas las transformaciones que afectaron al mundo después de El Gran Aislamiento. Y el revival de las llamadas por teléfono fijo:

para llamar a los familiares, a los amigos, a los desconocidos, cuando después de la muerte de los familiares comenzó a existir la empatía con los desconocidos por teléfono. En mi caso, la música clásica, el jazz. Recuerdos de cómo era el mundo antes de que las compuertas de la vida tal y como las conocimos, se cerraran.

Eso fue en los comienzos. Momentos terribles sobrevinieron después. Como síntesis, simplemente decirles que la humanidad se dividió en dos facciones globales. Entre los malthusianos -seguidores de Thomas Malthus- y los schopenhauerianos -entusiastas lectores de Arthur Schopenhauer-. Para los malthusianos, los schopenhauerianos, para los azaristas y los adictos a las teorías de la conspiración, hubo una pregunta que se transformó en algo así como la pregunta fundamental de nuestro tiempo. Todo en la actualidad todavía versa sobre la dilucidación o no de cómo fue que se ha suscitado todo esto. Una rama de los schopenhaurianos afirma que todo obedece a un evento incontrolado de la voluntad ciega del orbe, la que todo irracionalmente lo dicta. El evento tuvo su origen en octubre o noviembre de Aquel Año, el Año Cero. Y que todo brotó de la carne de murciélagos que se comercializaba en el mercado de húmedos y exóticos de Wuhan. Aunque es posible que también haya pasado primero a otra especie, tal vez al pangolín -del malayo: peng-guling, el que se enrolla- y que este ofició de intermediario entre los murciélagos y los humanos.

Los malthusianos, los materialistas históricos y los conspiracionistas, en cambio, afirman que todo esto comenzó en octubre en Wuhan, durante los Juegos Militares Mundiales, cuando una delegación de soldados estadounidenses sembró el virus. También en Wuhan, sí. Pero que el paciente cero no habría sido chino. El 12 de marzo de 2020, a las 11:37 AM, hubo otro evento. Zhao Lijian, el portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Gran País, la China de entonces, publicó en @zlj517 a sus más de 300.000 seguidores de TeER un video del 11 de marzo -el video fue destruido, ya no quedan copias-. En las imágenes se podía ver a Robert Redfield, entonces Director de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de EE. UU., dirigiéndose a un comité del Congreso de su país. Se lo veía y se lo oía decir que se había descubierto que algunos estadounidenses que se creía que habían muerto de gripe habían muerto, en realidad, por causa del virus. Y que habían muerto en octubre, dos meses antes que los primeros muertos oficiales por Covid.

Fue por eso, que para muchos lectores y no lectores de historia y de filosofía, comenzó a ser importante conocer si todo aquello había comenzado en un mercado de húmedos y de exóticos de Wuhan. O también en Wuhan, sí, pero en un Laboratorio. Como parte de un experimento bacteriológico sembrado por militares norteamericanos que, tras un primer evento, se salió de control.

Y bueno. Luego las facciones también se caracterizan por otras sutilezas. Matices de Ideología, como las llamamos ahora. Porque detrás de aquella investigación, se encuentra la comprobación de la existencia de la racionalidad, el logos; o, en cambio, la asunción de la inocencia, la contingencia, el devenir.

Para los malthusianos clásicos, los viejos males obedecían a un programa de limpieza del orbe. Aunque sea discutible, para ellos siempre había habido circunstancias tendientes a equilibrar el crecimiento demográfico del mundo -que crecía en progresión geométrica- y los medios de subsistencia -que lo hacían en progresión aritmética-.

Para los schopenhaurianos, también era así. Sólo que para ellos no había tal programa. La limpieza, la racionalidad, el orden, la progresión aritmética, la progresión geométrica, el caos y la superpoblación, sencillamente, eran cosas que existían.

Por eso es que pasó a ser tan importante saber si todo aquello había comenzado como un avatar singular de la naturaleza. Porque si eso era así, eso demostraba que la tela de fondo del universo -aquello a lo que Schopenhauer llamaba La Voluntad- se había estado moviendo desde siempre, en efecto, irracionalmente sobre el mundo. Y que la Tela de Fondo del universo jamás distinguió entre fuego y cultura, vida terrena y estrellas, humanos y animales. Mal que les pese a los materialistas, el Covid-19 fue una nueva variante de las antiguas heridas narcisistas. La del giro copernicano, la del descubrimiento de la hominización, la del descubrimiento del inconsciente: el hombre no fue nunca el Soberano de sus actos; la Tierra no fue nunca el centro del Universo; el hombre fue sólo una variación del Pan Paniscus. Y el Motor de la Historia no fue nunca la lucha de clases. A esas comprobaciones del darwinismo, del psicoanálisis, de la astronomía, a esas demostraciones de nuestra insignificancia, se agregó la comprobación de que la especie humana no era en absoluto superior a la de los insectos. Esa herida narcisista sorprendió incluso a los schopenhauerianos clásicos. Porque para Schopenhauer, es cierto, los hombres teníamos la singularidad del conocimiento, la facultad de la investigación, el pensamiento. Pero lo que él llamaba La Voluntad (Wille), era algo así como una fuerza que obraba sin motivo, irracionalmente. Y detrás de la historia, la cultura, los programas, el almanaque, los proyectos, ahora lo descubrimos, siempre estuvo la mano invisible del capricho mayor, el verdadero titiritero de todos los eventos. Un titiritero que obra como movido por la crueldad, la ceguera, la inocencia. Dios es un niño que juega en la arena. La tela de fondo del universo es como las descargas de la radio, el ruido blanco de los televisores, la obra de arte de un artista bebé. Caída la fe en el progreso, en el algoritmo, en las tecnologías, el motor ciego de la historia se puso otra vez en marcha. Ese descubrimiento no le impidió a los sobrevivientes mantener activa la ilusión de sus propias vidas. Es posible que todas las existencias y las cosas, no seamos más que entes inocentes, todos flotando sobre la masa amorfa del destino, el sinsentido, la historia.

Pero todo esto pasó hace mucho. En un momento se dejó de investigar si el Covid-19 fue fabricado, sintetizado y sembrado por los laboratorios, los servicios secretos, la inteligencia humana. La pregunta dejó de desvelar a los materialistas, a los idealistas, a los nominalistas, a los kojévianos y al ala conspirativa de los borgeanos -algunas de las siguientes facciones en la que se dividieron las facciones iniciales-. Y así fue como llegó al presente. Un momento cargado de informes. Pero todos los informes son subjetivos e impresionistas. Ya nadie investiga.

Algunos piensan que no se puede esterilizar el universo. Y que no es posible aislar a una especie. Y mucho menos se la puede aislar de la milenaria guerra que los virus y las bacterias mantienen con los sistemas inmunológicos.

Así fue. Esto es casi todo lo que puedo decir. Todo esto ocurrió en los tiempos del nacimiento del Homo Búker. Y así fue como la humanidad gozosamente ingresó en la vertiginosa espiral oscura, en cuyo centro continúa brillando una única hoguera milenaria. Las temblequeantes lenguas del fuego de una única hoguera se mueven y temblequean en esta Sala de Cine que se llama Caverna de Platón y a la que todos en algún momento involuntariamente recalamos. Desde donde ahora escribo y reviso una nueva versión de este informe.

Las sombras de un inextinguible fuego continúa moviéndose delante de nosotros. Nos levantamos y nos agachamos. Hacemos sombras con las manos.

Schopenhauer escribió alguna vez que la vigilia y los sueños son las hojas de un mismo árbol. Leerlas en orden es como vivir. Hojearlas al azar, es como soñar. Pero ahora por suerte todo al parecer se está ordenando. Nuestra era poco a poco va ingresado en la parsimoniosa senda del camino sereno y tranquilo. Algunos años de reclusión y confinamiento, y ahora todo parece afirmarse sobre un camino de certezas. Ya hay un orden cronológico para la petite histoire: esta nueva historiografía para todos y ninguno que sobrevino después del confinamiento. Y como decía, con la serenidad que otorga el convencimiento, la ilusión, escribo ahora este informe.

Schopenhauer. Todos nuestros informes tienen que tener esa palabra al comienzo. Y debemos glosar algunas ideas de su pensamiento. Los más sumisos agregan una advocación, incluyen incluso una biografía. No sabemos quién fue. Pero podemos glosar perfectamente su biografía y algunas ideas sueltas de su pensamiento. Yo por mi parte, trato de reconstruir los sucesos. De dotar de algún tipo de orden aunque para muchos ya nada lo tiene. Jamás lo tendrá. Y la historia entonces es más o menos esta. En 1910 Jakob van Hoddis leyó su poema más famoso, el único por el que todavía se lo recuerde:

Weltende -Fin del Mundo-. Unas pocas semanas después, el 11 de enero de 1911, en las páginas de «Der Demokrat» apareció impreso el poema de van Hoddiss, con unas ligeras variantes que recupero. Traduzco:

El sombrero del burgués sale volando
de la cabeza puntiaguda, los gritos estremecen el aire,
las tejas se salen de los techos y se parten en dos.
Y el nivel del mar sube en las costas –leemos–.

La tormenta ya está aquí. El océano turbulento salta
sobre la tierra, los diques, rebalsados, explotan.
Casi todos tienen frío.
En todas partes las locomotoras se caen de los puentes.

Pues bien. Ese ha pasado a ser el poema canónico de nuestra nueva historia de la poesía. Fue declarado así hace dos años, 64 días y 15 horas por la Asamblea Internacional del Partido. En otra de las Comisiones del Partido también se ha declarado que el Sol es verde, lo cual ha creado una serie de variaciones en nuestra comprensión de la historia del arte. En cuanto a mí, bueno, yo me especializo en archivos de la historia antigua de la prensa. Colecciono imágenes retrofuturistas: una rama de la ciencia que se aplica en el rastreo de las visiones del futuro que se tuvieron en el pasado. «¿Cómo viviremos en 2022?» -se preguntaban en Domenica Del Corriere en 1962-. Ilustración de Walter Molino (1915-1997). Algunos les causa gracia. Dicen que es una visión bastante desacertada. En nuestro mundo, ya no abundan publicidades. Y en la ilustración, sobran las personas, faltan los animales. Oh, y la historia de la vestimenta humana. Eso sí que es una verdadera intriga para los más nuevos.





La ilusión de un porvenir

Por Manuel Quaranta

88 días solo es la tercera etapa de un proyecto de registro de la experiencia que comenzó el 10 de diciembre del 2015 con la asunción de Mauricio Macri como presidente de la Nación. En aquel momento, conmovido y desconcertado por una realidad amenazante, decidí emprender la escritura de un diario (ejercicio que había intentado en diversas oportunidades, siempre con resultados frustrantes), titulado originalmente Diario de la destrucción, donde iría registrando el afianzamiento definitivo de una precariedad vital y de una derechización afectiva que sabía se iban a ir produciendo como consecuencia de la instalación de un nuevo relato (modelo) de país (en este sentido, la obra *Nosotros no sabíamos*, de León Ferrari, constituye uno de los pilares de mi propuesta).

Me inventé una regla (o exigencia) básica: escribir al menos una entrada por día (sin excepciones), y un estricto y angustiante límite temporal: concluiría el ejercicio cuando Macri abandonara la presidencia. No fue nada sencillo, necesitaba para llevarlo a cabo una disciplina prusiana (de la que carecía) e increíblemente tuve la astucia de comprender que sólo sería capaz de concretarlo en la medida en que el compromiso contraído se tornara un compromiso fatal (lo dejé asentado el 4/1/2016: “Porque si yo logro que esto se transforme en una obsesión, que reemplace a cualquier otra, seguramente conseguiré el rigor y la disciplina necesarios para sentarme cada día, un rato, a escribir”). Al comienzo, desde luego, pagué costos, fueron meses de continuas batallas contra mí mismo hasta que logré lo impensado: sentarme naturalmente a escribir (aclarando que escribir significó también abrir un canal de diálogo intertextual e interdisciplinario con la literatura, el arte, el cine, las redes sociales y los medios de comunicación).

¿Para qué?

Para el porvenir.

Releyendo algunos pasajes advierto que ese objetivo era claro desde el principio (enero-febrero, 2016): “Me fascina la idea de estar escribiendo el futuro en un diario. De vislumbrar lo que viene. Lo que todos sabían que iba a venir [...] Durante el día tengo la sensación de que será –la sensación la tengo siempre en futuro, nunca que el diario es, sino que cuando él haya sido, será– una obra magna, sobre todo por el concepto que lo sustenta, concepto que voy a entender mejor a medida que lo vaya poniendo en práctica”. Sólo un delirio mesiánico semejante puede servir de sostén anímico cuando la realidad (una ficción eficaz) se percibe cruda, pesada, irrespirable.

El diario tuvo evidentes variaciones cualitativas y cuantitativas: 183 páginas en 2016,

130 en 2017, 252 en 2018 y 348 en 2019. Del triunfo al apogeo y del apogeo a la debacle: descenso del número de entradas y reorientación temática (baja densidad política); renacimiento y repolitización. Y creo que en esa irregularidad anida una de las virtudes del proyecto, el reajuste permanente, los virajes, los desvíos, los altibajos (emocionales), las preguntas reiteradas sobre la misma práctica (¿qué estoy haciendo?; ¿a quién le importará?).

El Diario de la destrucción, en definitiva, pinta un fresco en donde ha quedado plasmado parte del devenir cotidiano-comunicacional de un país (a partir del cuarto mes cada entrada lleva su horario de ingreso) junto a una serie de vivencias personales (costumbres, fantasías, temores) acechadas por el paso irrecuperable del tiempo.

La segunda etapa del proyecto, más moderada, se tituló Diario de Islandia, y la realicé en simultáneo con el Diario de la destrucción. De alguna manera la apuesta resultó sencilla en comparación, ya que mi visita a Islandia tendría lugar del 12 de marzo al 9 de abril del 2019 (sin embargo, luego de arduos soliloquios, resolví extender la etapa diez días a fin de incluir mi estadía en Noruega).

Por último (¿?), 88 días solo, un diario nacido al calor de un episodio íntimo que reactivó la necesidad de registrar el devenir cotidiano después de casi cuatro meses de absoluta abstención. Porque, de hecho, en el desenlace del Diario de la destrucción puse en duda varias veces mi capacidad para abandonar definitivamente aquella práctica. Tal es así que el día del traspaso de mando de Macri a Alberto por supuesto fue una jornada de fiesta, pero asimismo fue un día cargado de emociones confusas, ambiguas, contradictorias, incluido (lo confieso) cierto dejo de tristeza: renunciaba motu proprio al ¿artilugio? que me había mantenido vital nada menos que cuatro años (podrían haber sido ocho en el mejor o el peor de los casos).

Entonces, y con una excusa irrefutable, a principios de marzo retomé la práctica de escribir a diario. Pero este plan (que está en pleno proceso) tiene una particularidad. En Islandia, por ejemplo, registraba el día a día con la impronta de un extranjero habitando un país en el que las cosas funcionan con una lógica bien distinta a la lógica argentina, allí la escritura era una forma de traducir e interpretar la novedad que estaba viviendo. El movimiento iba principalmente de la realidad al texto (a la realidad del texto). En cambio, 88 días solo existe para conquistar una disciplina no en el texto (esa ya la adquirí en el Diario de la destrucción) sino en la realidad extra-textual, para lo cual tuve que armarme una rutina férrea: todos los días una película, un libro (dependiendo del tamaño) y dos capítulos de Seinfeld, cuyas impresiones se volcarían a posteriori en el diario (además de las consabidas anécdotas, fobias, etc.). Una especie de relación multilateral que comenzaría en la trama aún inexistente del texto. Del texto a la realidad extratextual y de vuelta al texto (88 días solo se parece bastante al registro de alguien que necesita

comprometer su existencia entera a un único objetivo).

Y de pronto...hace su ingreso el implacable azar con una cuarentena inédita que ahonda la soledad hasta límites indecibles, pero que en el mismo movimiento me ayuda a integrar el método y la disciplina al régimen cotidiano.

Por lo visto, habrá que rendirse ante la evidencia: es siempre un agente externo (amado u odiado, contingente o necesario) la base material (anímica) sobre la cual construir un proyecto propio. Pueden ser proyectos netamente individuales, sin duda, pero que se vuelven de algún modo colectivos gracias al auxilio extranjero.

Para terminar, quisiera parafrasear el inicio de “El porvenir de una ilusión”, libro de Sigmund Freud publicado en 1927 y que desde el 2002 (año terrible y maravilloso de mi ingreso a la Facultad de Humanidades) se ha convertido en un compañero entrañable:

Caemos regularmente en la tentación de orientar nuestra mirada hacia el futuro y preguntarnos por los avatares que nos esperan. Sin embargo, no tardamos en darnos cuenta de que la pretensión profética se topa con obstáculos insalvables. Por un lado, son escasos los hombres y las mujeres capaces de visualizar un panorama completo de la actividad humana en sus diferentes modalidades, la mayoría de nosotros nos vemos forzados a limitar la mirada sobre el presente, a parcializarla. Y es sabido que mientras menos conocemos del presente y del pasado, más inseguros serán los dictámenes que pretendan anticiparse al futuro. Pero como si no fueran suficientes las dificultades, en la formación de estos juicios intervienen las esperanzas, los afectos, las fantasías, los temores, que a su vez dependen de factores personales, relacionados a la experiencia de cada uno y a las actitudes (optimista, pesimista) con las que enfrentamos la vida. Finalmente, dado que nos cuesta estimar en su justa medida los contenidos del presente mientras los vivimos, debemos aguardar a que se conviertan en pretéritos para poder valorarlos y así contar con puntos de apoyo sólidos en los que respaldar nuestros juicios sobre el porvenir.



La ciudad intramuros

Por Sebastián Godoy

Rosario parece una ciudad para estar afuera. Más de un millón de habitantes y 11,7 metros cuadrados de espacio verde para cada uno de ellos. Unos 12 kilómetros de costa de uso público aportan 135,6 hectáreas de toda esa masa vegetal.

Desde 1902 y animado por las aspiraciones higienistas de finales del siglo XIX, el Parque de la Independencia oficia de pulmón central del cuerpo urbano. Desde entonces, el verde rosarino no hizo más que pluralizarse. Los nombres del afuera en Rosario han cambiado a lo largo del siglo XX: espacios libres, espacios verdes, espacios recreativos, espacios públicos. La década de 1990 agregó los términos polifuncional y ambiente a las retóricas gubernamentales del afuera. Sin embargo, el afuera no sólo es verde, también es cultural. En 1998 se dio a conocer la voluntad gubernamental de aunar “La ciudad del Río” a “la ciudad de la creación” cultural. Incluso se creó una retórica para caminar ese afuera cultural, bajo la premisa “Cambiá el aire”. Desde 2010, el Circuito Recreativo orienta los pasos de miles de rosarinos, usualmente en sentido sur-norte, escenificando las caminatas con las mansiones de Bulevar Oroño, la margen oeste del Paraná y una seguidilla de monumentos verticales a la especulación inmobiliaria. Con todo, el paisaje también es humano y las rondas de materos se intercalan con los arbustos que ve el caminante en las partes verdes del circuito.

A pesar de la popularidad del verde rosarino, en especial el aledaño al curso de agua dulce, el afuera es también la calle y la vereda. Imaginada por la planificación urbana funcionalista como arteria de circulación, históricamente la vía pública ofició también como un espacio para el encuentro cotidiano con otros y esto es más cierto cuanto más nos alejamos de la primera ronda de bulevares.

Fuerza centrífuga

En Rosario, una suerte de fuerza centrífuga fortalece los encuentros callejeros a medida que se alejan del centro. Las veredas son el lugar del encuentro cotidiano por antonomasia. Mientras más barriales y periféricos, los saludos casuales y al paso, las escobas barrriendo, los “picaditos” y las reposeras por la tarde se hacen más corrientes. Ni el flagelo de la violencia y la inseguridad ha sabido destronarlos del todo.

Fue necesaria una mutación viral, una pandemia y una cuarentena para privar a los rosarinos de la posibilidad del afuera. Con sus bemoles (limitaciones de accesibilidad rela-

tiva, problemas de equipamiento, subalternización de algunos de sus usuarios, etc.), los parques, plazas, balnearios y las calles han sido siempre una opción. Decimos “opción” porque, a pesar de ser predominantemente agorafílica, la población de Rosario cuenta con quienes prefieren los beneficios de la comodidad del hogar. La condición actual puso en suspenso el factor electivo. De ser posible, la salida –del hogar, del aeropuerto, del hotel de varados, del hospital– se vuelve administrada. El binomio egreso-ingreso se dispensa a cuentagotas en la tercera ciudad más poblada del país. El encuentro con los otros con los que no se convive se clausura espacialmente. Mientras tanto, los rosarinos y las rosarinas intentan habitar un nuevo adentro, repleto de nuevos recaudos y un uso más intensivo de los dispositivos de comunicación a distancia. En el medio, la ciudad adquiere una nueva configuración socioespacial: disminuye, suspende o cambia los ritmos de la práctica social espacializada, ahora en condiciones de confinamiento.

Pesadilla de dos pensadores

En la década de 1960, el afuera urbano como espacio de encuentro halló a dos enérgicos defensores. La primera, la estadounidense Jane Jacobs, realizaba en 1961 [1] un encendido elogio de las aceras. Bregaba por un tipo de vida urbana diversificada que, mediante la vinculación experiencial genuina de los habitantes entre sí y con el espacio urbano, permitiera cierto margen de agencia, apropiación y movilidad. Contra el imperio del automóvil y la circulación, reivindicaba la importancia de las calles, las veredas y los espacios verdes como lugares de relación e interacción social. Contra el diseño abstracto del urbanismo, rescataba las apropiaciones cotidianas de los habitantes. Contra el individualismo fomentado por el liberalismo, reivindicaba las redes de apoyo mutuo entre núcleos familiares. Finalmente, contra los dispositivos securitarios, defendía una seguridad espacial basada en el vínculo, el conocimiento y la confianza entre vecinos. La amenaza del covid-19 contradice cada propuesta jacobsoniana: el espacio público fue despojado de la interacción y la apropiación, el individualismo dijo presente en un “sálvese quien pueda” y la seguridad comunitaria se trocó por su opuesto, la denuncia vecinal.

Por su parte, en 1968, el francés Henri Lefebvre hablaba de un derecho a la ciudad, “a los lugares de encuentros y cambios, a los ritmos de vida y empleos del tiempo que permiten el uso pleno y entero de (...) momentos y lugares”. [2] Al igual que en el caso de su colega norteamericana, esta noción se encontraría hoy en día en las antípodas de las recomendaciones de la OMS y el DNU emitido por el Poder Ejecutivo argentino. Pero los diálogos imaginarios que establecemos entre el filósofo galo con el coronavirus y las gestiones de su riesgo no acaban ahí. El concepto de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio

suele ser relativizado con el argumento de que la existencia de internet –con sus virtudes reticulares a distancia– posibilita interacciones sociales a pesar del confinamiento. Podemos incluso pensar en un espacio hipermedial en el que nos conectamos socialmente a pesar de la imposibilidad de cohabitar un espacio físico. Para Lefebvre, todo espacio era social y “las relaciones sociales poseen una existencia social en tanto que tienen una existencia espacial; se proyectan sobre el espacio, se inscriben en él y, en ese curso, lo producen”.^[3] Bajo la lente lefebvriana, una radical transformación espacial como esta (la prohibición de la circulación y el contacto) no puede menos que transfigurar la existencia misma de lo social, quizás a perpetuidad.

En la década de 1960, momento en el que ambos autores se encontraban escribiendo, las ciudades representaban la forma inevitable del futuro de la humanidad. El globo sería colonizado por islas de concreto. A ojos de los dos pensadores, en ese marco, la prioridad era la consecución de urbes más justas, diversas, libres y posibilitadoras. Hoy en día las ciudades, por su carácter aglomerado y aglutinante, se volvieron el foco del contagio y el blanco de las principales políticas de gestión del covid-19. Más allá de los obvios tintes distópicos, la monofuncionalidad lecorbusierana de las calles denunciada por Jacobs y Lefebvre parece haber obtenido una victoria póstuma. El virus monta un escenario que, a pesar de no beneficiar a la circulación deseada por el funcionalismo urbano, barre de lleno con las apuestas programáticas de la norteamericana y el francés. Las arterias, aunque con poca presión, tienen una sola función: ir del punto A al punto B y sólo si es necesario. Los espacios públicos como formas de encuentro se obliteraron y la vida social del espacio urbano se replegó dentro de los hogares, cuando los hay. Necesariamente, las agendas para una mejor vida urbana deben adaptarse a este desafío.

Post-Rosario

Abusando una última vez del recurso referencial a Lefebvre, la ciudad, el sustrato material de Rosario, permanece sin grandes alteraciones. Sin embargo, lo urbano, la vida social que habita y recorre la trama, ha sufrido un fuerte cercenamiento en su albedrío peatonal, laboral, educativo. En muchos casos, esa limitación se anexa a la penuria económica, la suspensión de trámites importantes, la desarticulación de la cotidianidad, la contemporización con una flexibilidad de lo necesario y el padecimiento subjetivo. Desde afuera, la carcasa física no presenta diferencias significativas con la que era el 19 de marzo a las 23:59. Las marcas en el suelo, que dictan la distancia adecuada en las colas de los bancos y supermercados, no causan mayores inconvenientes en las veredas. Los centros de aislamiento montados en el Hipódromo y la ex Rural implican una alteración espacial y temporal similar a la representada por el Encuentro y Fiesta de Colectividades o los recitales en el Anfiteatro Humberto de Nito. Sin embargo, dentro de los habitácu-

los, la vida se repliega y reformula. Sobre todo, porque lo urbano lefebvriano, en tanto combinatoria de vínculos sociales con sustrato material y distintas formas de relaciones proxémicas, pierde terreno. En ese sentido y de la mano de los llamados nuevos materialismos, podemos pensar no solo la carencia del sustrato material de la ciudad sino del sustrato material corporal. Habitar –hasta perder– el propio cuerpo o cohabitar con otros –los mismos– cuerpos todo el tiempo en un lugar confinado, sentencia la muerte de lo social urbano. Asimismo, las relaciones espaciales (cercanía, lejanía, movimiento, vecindad, habitación, migración) pierden la dinámica que las hace animadoras de las ciudades. Los trazos del texto urbano que los peatones escriben sin poder leer, los andares de la ciudad[4], paran de escribirse. Sin su necesaria reactualización, quedan abandonados a la intemperie y la amenaza de la borradura. Se pierde una parte de la cotidianidad. Pese a la comunicación distanciada, los cuerpos inmóviles habitan sus casas, pero no la ciudad. Quizás, estemos a las puertas de lo social post-urbano, que implica una sustracción de los sustratos corporales y espaciales del espacio público.

Salidas administradas

Retornemos a las salidas administradas que abonan el afán funcionalista por la actividad peatonal rectilínea de A hacia B. Aunque más escasas que en los tiempos pre-pandémicos, las relaciones socioespaciales entre los cuerpos que abandonan –no sin resguardo– el hogar, no son homogéneas en toda la ciudad. Por lo menos diferenciamos entre el centro y un barrio[5]. La inevitable mayor concentración de personas dentro del ángulo delimitado por la primera ronda de bulevares plantea el problema de la proximidad entre los cuerpos y, sobre todo, sus mucosas faciales. Los peligros y los fantasmas de la cercanía corporal convierten a los cuerpos céntricos en cyborgs[6], seres híbridos que anexan apéndices a sus superficies dérmicas. A los icónicos barbijos, cuya obligatoriedad se dispuso el 17 de abril, se suman los probadamente inútiles guantes, las gafas o dispositivos cubre-ojos, el alcohol en gel o spray y posturas que a veces parecen desafiar lo “humano” (cuerpos encorvados hacia adelante, ensimismados y mirando de reojo). En cambio, el espacio urbano barrial, usualmente menos edificado en altura y, por ende, con menor concentración poblacional por manzana, presenta menores peligros de proxemia corporal.

Obviamente, existen otras espacialidades de lo periférico: los gigantes bloques de FONAVI y los llamados asentamientos irregulares plantean sus propios problemas de la proxemia en el afuera y el adentro.

En el barrio, por su parte, es menos común ver al reglamentario barbijo acompañado del resto del arsenal de muchos de los cyborgs céntricos. En cuanto a las salidas de compras,

la lógica barrial les otorga más protagonismo a los comercios de proximidad. El trato con el almacenero permite algunas salvedades y excepciones a la excepcionalidad del afuera administrado. Asimismo, la menor presencia de grandes cadenas de supermercados y casas centrales de los bancos hace menos frecuentes las largas colas que atiborran las pequeñas veredas

Otro apéndice, en este caso mecánico y automotor también presenta matices en sus usos en la salida administrada. Por un lado, la circulación de vehículos sigue siendo sorprendentemente alta en el centro, al menos durante el día. Punto para Le Corbusier. Aunque más descomprimida, la carga y descarga de mercaderías y caudales sigue normal en los supermercados. En el barrio, la presencia de autos es menor, aunque la noche invita a realizar alguna que otra picada o willy de moto en alguna despoblada calle. Ambos casos espaciales mantienen una similitud en la presencia abundante de cadetes de delivery montados en sus ciclomotores y en la aventura de no contagiarse merced a su actividad económica. También en los choferes del transporte público, que mantienen su tarea conectiva con mayor frecuencia que al comienzo de la cuarentena.

Adentro

Puertas adentro también hay diferencias. La convivencia vertical que disponen los edificios céntricos fomenta interacciones socioespaciales diferentes a las más horizontales vecindades barriales. El uso del ascensor es evitado por algunas personas y quizás sobreutilizado por otras (nuevamente, deliveries). Mientras más nuevo el edificio, usualmente más finas las paredes y más acústicamente conectados los departamentos.

Mientras escasos controles policiales patrullan las calles nocturnas, adentro el control son los otros, los vecinos, sus miradas y oídos. A veces, a las notas que se dejan en ascensores y palieres invitando a los trabajadores de la salud a retirarse del consorcio, se agregan denuncias a “quienes no viven acá” o “van y vienen”. De todas maneras, el anonimato y la ignorancia de los aledaños suele primar en las relaciones interdepartamentales del edificio. Los cuerpos y sus sonidos son más potentes cuando apuntan al balcón o la ventana. El eco creado en los pulmones de manzana gracias a las atalayas de hormigón que los rodean, amplifica los aplausos de las 21 a los médicos y personal de salud, que siguen exhibiendo cierta potencia en el centro, a pesar de un entendible “efecto cansancio”. En el barrio, en cambio, la forma habitacional dominante separa casas de una o dos plantas mediante tapias de dos a tres metros. Además de los mencionados FONAVI, los escasos edificios, sobre todo frente a las avenidas, completan la escena. La convivencia horizontal evita los cruces obligados, dejando el saludo a la distancia a la preferencia del vecino que sale a barrer la vereda de las hojas secas del otoño. El co-

nocimiento interpersonal suele ser mayor, pero con resultados dispares en el péndulo de Jacobs. A veces prima la solidaridad (por ejemplo, un vecino acercándole la compra del supermercado a un adulto mayor que vive solo). Sin embargo, la denuncia también existe. Los bajos tapiales exponen fácilmente las reuniones festivas en los patios y parrillos. En la configuración urbana extensiva de la periferia, los aplausos, si bien existen, no reverberan tanto como en la proximidad del skyline vertical.

¿Lo urbano intramuros?

Las actividades que ordenan la vida, urbana o no, funcionan calendáricamente. Los ciclos, las etapas, los períodos. Las posibilidades de elección preescolar, escolar, universitaria, laboral, doméstica, litúrgica, físico-deportiva y recreativa funcionan como un reloj circadiano intersubjetivo y aumentado. A lo calendárico, se yuxtapone lo rítmico: hay formas, cadencias y tiempos para el desarrollo y la consecución de las etapas. Posiblemente sea esta la dimensión fundamental del desplazamiento urbano intramuros. La cuarentena se solapó con el inicio de muchos ciclos anuales. En el caso de la educación, el imperativo de las Carteras a cargo es seguir. El comienzo no se posterga, sólo se retira del espacio físico de la institución y evita el ida y vuelta que también hace a lo urbano. Otras actividades, como los trabajos cuentapropistas, se vieron severamente dañados o directamente truncados.

El imperativo rítmico de continuidad de las actividades con distanciamiento social olvida la inscripción espacial que le da existencia social al quehacer urbanita. Acudir a un sitio específico, distinto del propio hogar, para realizar una práctica de reproducción sociocultural es de cardinal importancia porque dota a los espacios-tiempos de cualidades diferenciadas, opera transiciones y otorga contextos a los días. Las calles de la ciudad se desagotaron de los transeúntes que pasean, pero también de los que iban a hacer alguna tarea específica. Los servicios de telefonía e internet se saturaron para intentar reemplazar esa conexión peatonal: ir a yoga, a pilates, a lo de un amigo, a la reunión de cátedra ahora es conectarse. Hacer todas estas tareas en y desde el interior del hogar desdibuja las relaciones espaciales diferenciales y relacionales que produce la práctica social. Por un lado, los hogares, los dispositivos y los servicios de internet son lugares de lo privado, se pagan, y no dejan de ser un privilegio de clase. En este contexto, los distintos regímenes de propiedad generan nuevas manifestaciones de la desigualdad siempre velada por el discurso liberal-iluminista pre-pandémico. Por otro lado, se pierde el sentido del espacio público: abierto, visible, accesible, irrestricto y formador de comunidad, al menos en su versión idílica. En este caso, la “insoponible levedad del ser” radica en que no se sabe bien dónde se es. Estamos tratando de meter a la ciudad en casa y no entra. En ese sentido “un mundo en que quepan todos los mundos” sigue siendo un mundo, no

un apartamento. Pensadores como Jacobs y Lefebvre advertían sobre los peligros de la monofuncionalidad espacial, una sola función para cada espacio urbano. Sin embargo, la situación de cuarentena muestra la gravedad de lo diametralmente opuesto, es decir, todas las funciones en el mismo espacio. El oxímoron de la hiper-multifuncionalidad espacial está poniendo en tensión las prácticas socioespaciales como las conocemos. La ciudad intramuros vino para quedarse más tiempo del que podemos anticipar. La reconfiguración del adentro y el afuera nos obliga a pensar en tiempo real y tratar de hacer a este mundo lo más habitable posible. Se trabaja sobre la marcha, se dictamina a remolque. El hiperpresente y la aparente provisionalidad interminable nos marea. Sin embargo, es la arena que nos toca disputar y el tiempo que nos convoca. Nos debemos el debate de los efectos subjetivos e intersubjetivos del distanciamiento social en las ciudades donde nos distanciamos en el hacinamiento y, cual motor roto, queremos seguir funcionando sin poder movernos. Por ahora, el afuera y sus encuentros, esperan nuestro retorno. Y nosotros, la salida.

[1] Jacobs, J. (2011) [1961] Muerte y vida de las grandes ciudades. Madrid: Capitán Swing.

[2] Lefebvre, H. (1978) [1968] El derecho a la ciudad. Barcelona: Península, p. 167.

[3] Lefebvre, H. (2013) [1974] La producción del espacio. Madrid: Capitán Swing, p. 182.

[4] De Certeau, M. (2000) [1980] La invención de lo cotidiano. 1 Artes del hacer. México: Universidad Iberoamericana.

[5] Para hablar de lo barrial, nos servimos de observaciones realizadas en la zona sur de Rosario durante la cuarentena.

[6] Haraway, D. (1991) Ciencia, cyborgs y mujeres. Valencia: Universidad de Valencia.



¿En qué planeta vivís?

Por Agustín Aranda

“Pelemos contra un enemigo invisible que se mete en nuestros cuerpos. No sabemos quién de nosotros lo lleva, quién contagia”.

El presidente Alberto Fernández repite esta idea en las conferencias de prensa para explicar la pandemia en Argentina. Es inevitable pensar en la idea de enemigo interno, encubierto y que enferma, una forma que fue usada para hablar del comunismo, perseguirlo y “prevenirlo”. Fue la base de una doctrina: el macartismo, nombrado así por Joseph McCarthy, un senador yanqui de ultraderecha que en los 50 acusaba a artistas, políticos y cuanta persona de interés que tuviera algún pensamiento antipatriótico. Volvamos al 2020. Alberto Fernández no habla de la “amenaza roja”. Habla de un virus que mata. No hay metáfora. Nos dice que cualquiera, sin quererlo ni saberlo, puede hacerle mal a otro. Pide aislamiento, paciencia y empatía con un otro que no es familiar o amigo. Busca poner en pausa libertades para llegar a un futuro con menos muertes. ¿Libertad o empatía? ¿O es muy binario para el ser humano del SXXI?

En el siglo XX la preocupación por el enemigo interno fue la base de una de las historias madres de la ciencia ficción y el espionaje. Y de la cual hoy quizás haya algo que aprender. La novela de Jack Finnley, *La invasión de los usurpadores de cuerpos*, salió en pleno macartismo yanqui. Contaba una historia sobre una raza alienígena que reemplazaba de a poco a la humanidad. Algo parecido a *V*, invasión extraterrestre.

La historia llegó al cine por primera vez en 1956. Don Siegel dirigía y acercaba el temor del contacto extraterrestre a la puerta de su casa. Hasta ese momento, los lagartos espaciales solo asustaban a quienes iban en los cohetes. En esa peli, situada en un pequeño pueblo granjero (el corazón de USA), algo hacía cambiar a la gente. Les hacía fríos y obedientes a una conciencia única. No eran libres ni disfrutaban del amor o la fe. Habían sido usurpados.

Kevin McCarthy hacía del Dr. Miles Bennel, quien descubría y denunciaba la invasión al FBI.

En 1978 salió la más icónica de las adaptaciones en cine: la de Donald Sutherland y su dedo señalando. Ufff. También actuaba Leonard Nimoy, el emblema de un ser con apariencia humana pero sin emociones (Spock). En esa peli dejaban un poco de lado el mensaje contra el comunismo. Había más sobre ecologismo y un gobierno corrupto-cómplice que le daba galpones y recursos a los aliens para la invasión.

Abel Ferrara (vale googlear sus pelis) también adaptó los usurpadores en los noventa, pero es más probable que recuerden la idea por *Especies* (1995). Ahí la raza alien usaba trajes de supermodelos y seducían a la humanidad para después morfárselos.

La versión del SXXI fue *Invasión* (2007) y ahí volvieron casi a la idea original: Nicole Kidman y Daniel Craig luchaban contra los usurpadores. La protagonista era una psiquiatra exitosa, madre soltera y la última defensa contra la invasión. La humanidad ya había aceptado (queriendo o no) el nuevo orden uniéndose en una sola mente. No había más guerras porque hacerle mal al otro era herirse a sí mismo. Bush y Chavez se abrazaban en la tele. Hoy serían Trump y Kim Jong Un (si es que está vivo).

Kidman la rompe, está el pre 007 y el diálogo de la cena con el ruso es el planteo neto sobre libertad y empatía.

Entonces

La historia de los usurpadores nos empuja a preguntarnos qué nos hace humanos: ¿Es nuestro sentimiento de libertad al elegir lo que queremos (aún cuando puede afectar a otra persona)? ¿Es sentirse parte de la otra persona?

Ojo, no confundir nada de esto con la pelea por la autonomía o soberanía del cuerpo y vida de cada persona. Eso sigue en pie.

Hablo de que la historia de los usurpadores tiene algo más para decirnos ahora que la pandemia nos obliga a definir si toleramos poner en pausa nuestras libertades un rato o rompemos la cuarentena porque creemos que no pasa nada o que a mí no me va a pasar.

Hace poco escuchaba a una matemática hablando de cómo enfrentamos la probabilidad o probabilística. Decía, más o menos, que frente a igual número de posibilidades actuamos distinto si lo que está en juego nos conviene. “¿Cómo me voy a contagiar o contagiar a alguien yo? ¿Justo yo?”. Ahhh, pero anoche se fue a dormir pensando “Mañana juego al Quini. Seguro lo gano”. Y ni siquiera quiero revisar las chances de cada escenario.

Al cierre: podemos elegir. Tenemos esa libertad. También esa empatía.

Cualquiera sea la decisión, la historia de los usurpadores nos critica siempre de una misma forma: necesitamos tocar fondo para reaccionar. Necesitamos algo extraordinario (una invasión, una pandemia) para enfrentar la pregunta de cómo unirnos y cuidarnos si queremos futuro.

Continuará... (eso espero).



La última música en la tierra

Relecturas de la ficción distópica para una utopía en la realidad

Por Marcelo Britos

La distopía es una especulación sobre el futuro. Es la posibilidad de imaginar escenarios que representen una expectación catastrófica. La ficción distópica es entonces una vía de escape estético a esa expectación. Si la ucronía responde a la pregunta “¿qué hubiera pasado si?”, la distopía debería funcionar en el receptor como una afirmación en forma de advertencia: si las cosas continúan así en el presente, en el futuro va a ocurrir esto. El género habla de porvenir para poder debatir sobre cualquier presente. Imagina un futuro en perspectiva para que el lector interpele su propio devenir, en su propia época, en función de elementos socio-históricos absolutamente distintos a los de ese mundo ficcional que sólo puede referirse a sí mismo. Y como es una advertencia, en las ficciones distópicas suelen convivir el pesimismo y la esperanza.

En un supermercado, una gran superficie dividida por estantes y góndolas, cerca de la línea de cajas un gorrión intenta salir por uno de los conductos de aire que dan al exterior. Lo primero que intentan imaginar algunos de los clientes, es cómo pudo entrar, por dónde. Después del primer intento fallido, un golpe atroz contra las aspas del ventilador del conducto, todos desean que logre salir. Al tercer intento, tercer golpe, ya se oyen vivas y gritos de aliento. Los empleados no saben qué hacer; si ayudar a que salga o terminar con el espectáculo de otra manera, no pueden descifrar si lo que están presenciando es terrible o hermoso. Choca decenas de veces, hasta que cae exhausto o herido por las aspas. Eso es la esperanza.

Cuando cayó el muro de Berlín, terminó la carpeta inagotable de suposiciones sobre un mundo post nuclear, y el cine comenzó a imaginar un holocausto biológico. Algunos se adelantaron. En la novela *Soy leyenda* (1954), de Richard Matheson, Robert Neville convive en New York con una legión de vampiros, humanos muertos que, infectados por un germen, vuelven a la vida y se alimentan de sangre. Virus, cuarentena, infección, escuelas cerradas, un campo semántico que remite inexorablemente a nuestro presente. Bob Neville en la novela y nosotros en la realidad, vivimos una distopía consumada.

Lejos de los estereotipos del terror gótico, vampiros y licantropía, el mismo Neville los evoca y los discute en la novela. Se pregunta por qué razón una cruz le podría generar rechazo a un vampiro judío o mahometano. Esos artificios terminan haciendo efecto por un motivo cultural. Para Neville los vampiros son una mayoría definida por un prejuicio: se los odia porque se les teme. Él les teme. Por debajo de esa superficie habitual y transitada en el cine, repta sutilmente un tema esencial: la otredad. Neville es el único

no-infectado. Quizá sea el último en el mundo entero. Por las noches, cansado de luchar, de defenderse, los espía a través de la mirilla y piensa que quizá, si saliera y se entregara, dejaría de ser él, para ser uno más. La otredad no puede definirse como un dilema moral. No está bien o mal ser uno u otro. El final encuentra al fallido Bob capturado por una nueva especie que intenta refundar la civilización. Por fin, es el otro. Una leyenda. Cómo pensamos nosotros mismos al otro. Qué imagen se nos aparece en la mente cuando intentamos definirlo. Cuando nos dicen mesa, pensamos en una mesa cualquiera, quizá la última que pudimos ver, o la que vemos cotidianamente. Pero la imagen del otro no está construida sólo por la experiencia, sino también por prejuicios, por miedos, por representaciones, muchas veces falsas, del status social o cultural que se nos asigna o que nos asignamos. El otro suele ser alguien muy parecido a nosotros. Cuando en Rosario explotó un edificio por un escape de gas, miles se anotaron para buscar sobrevivientes entre los escombros. Era un edificio céntrico. Muchos hablaron de una épica solidaria. El otro era fácil de encontrar en esa búsqueda simbólica, era blanco, residencial, de clase media, estudiante universitario. Este virus, el del presente, ha venido en el cuerpo de otros como nosotros, en vuelos desde el extranjero, algunos escondiendo al bicho y descubiertos por la fiebre. Y ahora, como el germen que pensó Matheson, el bicho no diferencia. No sabe de eso, no tiene una memoria cultural, ni preferencias de clase. Somos nosotros los que seguimos viendo al virus en el cuerpo que elegimos pensar.

También un avión es la vía de acceso al mundo de *El señor de las moscas* (1962), de William Golding. Se estrella en una isla con un grupo de colegiales, todos varones, escapando del holocausto nuclear. Golding elude la metáfora en varios sentidos. El porvenir está representado por los que tienen más de él por delante. El imaginario de la niñez, la inocencia y la vulnerabilidad, desaparecen para mostrar la miseria del poder, propia de los adultos. Aquí tampoco hay metáfora, sino el estereotipo del contrapunto occidental y cristiano: el bien contra el mal, el autoritarismo contra la libertad de conciencia, la brutalidad contra la inteligencia. De hecho, el título alude a Belcebú, “el señor de las moscas”, un mote más del diablo. Pero esta parodia trágica de la refundación trae una lectura más. Quienes sobreviven y quienes van a reiniciar el mundo, son la herencia de la burguesía. Ralph, el líder de uno de los bandos, es hijo de un comandante de la armada. Su promesa de gestión es de hecho la “Royal Navy” llegando al rescate; como en la versión cinematográfica de “Soy Leyenda”, dirigida por el inefable Francis Lawrence, en donde el refugio salvador es un edén arbolado rodeado de marines norteamericanos. Vástagos de comerciantes, niños bien, uniformados y educados, son los que pueden hacer posible la supervivencia. No hay chances para los excluidos, ni siquiera podrían haber viajado en el avión.

El nacimiento de un niño es también el inicio de la épica negra de Plop (2002), de Rafael Pinedo. Pero aquí no se vislumbra porvenir. Plop es el nombre de ese niño, que crecerá

en el clan nómada de un mundo imaginado como un gran basural del conurbano. Su nombre es el ruido que hizo al caer en el barro desde de la vagina de su madre parturienta. En esta sociedad precaria, organizada por tribus, y estas a su vez en una pirámide de clases y jerarquías, el otro es usador o cosa. No hay pares. Al comienzo de una migración, los más débiles son ejecutados. Algunos quemados y otros reciclados. El reciclaje, el insistente mandato del “oenegismo” ambientalista, es adoptado como un eufemismo dulcificador del canibalismo. Los descartables son carneados, sus huesos usados para hacer instrumentos, sus dientes prótesis y su carne alimento.

¿Cómo reciclamos nosotros a los muertos? Los escuchamos como estadística. Los muertos sólo se quedan con una provincia y una edad, ya no tienen nombre. Hay que endilgarle a alguien esa muerte y el gentilicio es acusatorio. La “grieta” que a veces trasunta en un desprecio iracundo, es un tamiz de la estadística. La edad de los reciclados, en cambio, nos tranquiliza. Viejos y enfermos reciclados en estadística nos dan a todos la serenidad, la distancia necesaria con la muerte. El presidente lo advirtió y cada vez que habla del tema intenta ponerle un poco de humanidad al discurso de la pandemia. Pero el que escucha, es otro.

El padre y su hijo pequeño recorren un territorio no menos desolador en La carretera (2006) de Cormac McCarthy. El “roadtale” parece ser también un recurso de lo distópico, llegar a algún lugar, escapar de otros. El padre se ha propuesto dos destinos: en el borde de la desesperación, cuando los descubran las hordas que recorren la misma carretera buscando carne humana –la única posible– asesinará a su propio hijo para evitarle el dolor. Es el último recurso, claro. Y cuando esa opción va tomando su forma tangible, la imagen que se hace del momento es atroz; sabe, íntimamente, que no podrá hacerlo. Es un padre amoroso. Entonces se aferra a la segunda opción, renace en cada fracaso, en cada encrucijada, renace y se rehace, y siguen camino. Tienen que llegar al mar. No se alejan de esa carretera que se dirige hacia el sur, a donde está el mar. No hay nada seguro ahí, no hay campamentos, ni están los marines, ni hay sociedades que han recuperado la cordura y la civilidad. Tan solo está el mar. ¿Esa obsesión no es acaso la utopía? En el camino hay que esconderse de los otros, y hay que matar. Cuando atraviesan un bosque ven a un hombre agonizante, todo el cuerpo quemado, lleno de alquitrán. El padre saca el arma y el hijo, angustiado, le ruega que no lo mate. Le pedirá después que vuelvan por el “viejo”, que lo ayuden. Se repetirá ese ruego en toda la novela, con otros seres desahuciados: un perro, la imagen fantasmal de otro niño que creen ver en una ventana. En un mundo impiadoso, donde unos devoran a otros, persiste en ese chico la piedad perdida, tan ancestral y primitiva como la necesidad de subsistir, aun cancelando a los demás. La supervivencia de esa criatura, de su piedad y su humanidad, es la utopía. El hijo es el mar. Mientras marchan, la criatura hace sonar una flauta que el padre le hizo con un pedazo de caña de la cuneta. “Una música amorfa para la próxima era. O quizá la última

música en la Tierra, surgida de las cenizas de su devastación”. En esa frase se condensa la esperanza. Hay una próxima era. La última canción de la noche, puede ser la primera del día siguiente.

Bibliografía citada

CURIEL RIVERA, Adrián. La distopía literaria (art.) Utopías y distopías. Dossier. México: Revista de la Universidad Autónoma de México, 2018.

MATHESON, Richard. Soy leyenda. Madrid: Minotauro: 2007

LUCERO, Hugo. La tragedia que hizo explotar la solidaridad de toda una ciudad (art.). Buenos Aires: Télam, 2013.

GOLDING, William. El señor de las moscas. Buenos Aires: Minotauro, 1967.

PINEDO, Rafael. Plop. Buenos Aires: Interzona, 2015.

McCARTHY, Cormac. La carretera. Barcelona: Mondadori, 2007.

CARELMAN
**CATÁLOGO DE
OBJETOS IMPOSIBLES**



Efecto encierro o la cuarentena de los cuerpos

Por Mónica Bernabé

Día 49. En mi casa, al igual que en muchas otras casas del planeta, también hoy es domingo como podría ser lunes o jueves. Hace un tiempo que los días comenzaron a prescindir del calendario. Sé que es domingo porque esta mañana Patricia me reenvió la guía cultural del diario “La Nación”, una agenda sobre las actividades recreativas disponibles online para amenizar la jornada: entrevista a Marta Minujín; maratón poética en Instagram; terapia de risa con Peter Sellers en la fiesta inolvidable; viaje espiritual con Eleonora Eubel y su nuevo disco “T’on-Yaha” que en wichi significa “voz”; y para el final, una noche de gala en el Colón a la que recomiendan acompañar con un dip de zucchinis y semillas de sésamo, receta de la finísima Juliana López May. La agenda clasemediera aconseja, a los lectores, un “uso relajado” del tiempo. Lástima que el diario no diga nada de cómo vivir el tiempo. Este tiempo detenido, trastocado, en el que el ahora global se cruza con la novedad de un aquí extremo que reduce lo local a una íntima domesticidad. Esto tal vez pueda explicar por qué me pasé todo el día 46 preparando una clase imposible para el día 47 hasta que tarde, en la noche, descubrí que al día siguiente tocaba “feriado” por el primero de mayo. El efecto encierro comienza con la alteración del ritmo que distinguía entre los días laborales y los días de descanso. ¿Será un anticipo del fin de la división del trabajo y del futuro de revolución que algunos filósofos vienen pronosticando para después de la pandemia?

Día 36. No leí los libros que imaginaba que iba a leer ni escribí el ensayo que me había propuesto escribir en mi domiciliaria tranquilidad. Hace un mes que vengo procrastinando. Ante el popurrí de actividades indoor (deportivas, artísticas, artesanales, culinarias) que medios y redes sociales ofrecen para una administración eficaz de la cuarentena, me pregunto si seré la única en dilapidar este tiempo de gracia del encierro obligatorio. “Rápidamente el deseo es lo que se adueña de uno y el deseo es una deriva, siempre va para cualquier parte menos donde la conciencia o el superyó procura dirigirlo” – dice Diego vía mail en respuesta a mi desesperación por la desorganización general del trabajo- “También es cierto que el tiempo empieza a volverse algo menos diferenciado y se orienta hacia lo que uno tiene que ir haciendo sin que eso implique, por ejemplo, una agenda con horarios muy establecidos. En estos días, he sentido que el espacio se ha comprimido y especificado mucho: no pasa de ser algunas cuadras cuando salgo y

después las paredes, el suelo y los muebles de la casa, mientras el tiempo se ha estirado e indiferenciado de una manera muy extraña”. Impecable descripción de la reducción del espacio y de la alteración del tiempo. Esa misma deriva me hizo probar algo de la sopa de Wuhan, el plato fuerte de la mesa intelectual en cuarentena. Se parece a la famosa olla podrida caribeña: un rejunte espeso difícil de digerir con altas temperaturas. Entre las intervenciones de urgencia, exigidas de parlotear sobre lo que está ocurriendo, subrayo y resalto las de Alain Badiou y David Harvey porque, como dice Ernesto Semán en una nota rotunda publicada en la Revista Panamá, mientras la mayoría surfea, hay intelectuales que piensan con el corazón. Y desde otra perspectiva, también subrayo y resalto las de Paul B. Preciado, Judith Butler, Patricia Manrique porque piensan con el cuerpo.

Día 20. Clara me envía por mail un enlace que funcionará como el aleph desde donde organizar el pesimismo, esa ingeniosa salida benjaminiana que generalmente funciona. “Del verbo tocar: las manos de la pandemia y las preguntas inescapables”. Una crónica que Cristina Rivera Garza escribe desde Houston, Texas, para interrogar menos por la excepcionalidad de la coyuntura que por la normalidad de un sistema que está en la raíz del problema: devastación sistemática de las ecologías terrestres, alteración profunda de la superficie del planeta, afán desmedido por generar la enorme riqueza que venimos des-distribuyendo. La desaceleración es una promesa –para quienes gozamos del privilegio de no tener la obligación de salir de casa- de vivir, por unos días, en otro tiempo y experimentar con la materialidad del mundo en el pequeño espacio en el que recalamos por unas semanas. Rivera Garza escribe sobre la catástrofe sin el tono apocalíptico con el que algunos intelectuales anuncian la improbable próxima revolución. Tampoco canta loas para un futuro mejor y responsable que es la antífona en la que se solazan las buenas conciencias liberales. ¿Cómo narrar un tiempo en el que sucede el colapso global del tiempo? ¿Cómo contar la repentina “desaceleración” de un mundo regido por la intensificación desmedida del movimiento, es decir, la fórmula que garantiza la acumulación ilimitada de capital? ¿quién iba a creer -hace solo dos meses- que todos los aviones del mundo iban a yacer en la tierra sin próximo destino a la vista? ¿cómo imaginar que se iba a caer la industria petrolera porque nadie circula más allá de los cien metros de su casa? Josefina Ludmer venía describiendo este tiempo desde el 2001 cuando hablaba de la indeterminación temporal, de los tiempos globales no cronológicos, de un orden posible por adentro y por afuera del tiempo. “La temporalidad del fin y del después del fin implica la destemporalización del presente” escribió en Aquí América Latina. Ludmer especulaba, profetizaba el cese del movimiento hacia delante, que era el tiempo de la modernidad. Hasta inventó un término para describir el modo en que algunos escritores vienen narrando el tiempo paradójal del fin del mundo: “realidadficción”. Una ficción que es la realidad y una realidad que es la ficción. La novedad que trae este inédito para-

te global es la de ofrecer la oportunidad de bucear en las dormidas potencias perceptivas de lo humano, una suerte de restitución de lo sensorial –de lo sensual- de la experiencia corporal. ¿Será por efecto de la desaceleración que los sentidos anestesiados por la dramática de la velocidad vuelven a activarse para recuperar viejas prácticas de la tactilidad, del gusto, del oído y de una visualidad más intensa?

Día 45. Día del tercer encuentro programado por zoom con les alumnas de Literatura Iberoamericana II. De verdad que agobia la pedagogía telemática. Deja sabor a nada. Extraño los miércoles a las 14 horas en la 5C. Los extraño con profunda aflicción mientras preparo la guía de estudio y las actividades para la próxima semana del aula virtual. Repito para mí, como un mantra, no hay clases sin cuerpos presentes, no hay aula sin voces que enlacen cuerpos a enunciados. La primera unidad del programa trata sobre las vanguardias y, entonces, redacto un manifiesto desesperado: “¡Por una didáctica de las voces vivas! ¡Nooooo al vivo y en directo del zoom y webinar! Nada es igual sin la viva voz en su carne y en su sangre”. Que nadie se confunda, no estamos postulando un materialismo ingenuo, un tranquilizador positivismo de la presencia. No nos olvidamos -Monsieur Derrida- que lo que primero se manifiesta en el Manifiesto más famoso es un fantasma, tan poderoso como irreal. Sin embargo, nada más lejos de la sombra terrible de los espectros (de Hamlet a Marx, o para dar ejemplos más próximos a nuestros escenarios pedagógicos, de Facundo a Próspero), decía, nada más lejos de los espectros que la ilusión de lo real del aula virtual de la teleeducación de urgencia que venimos improvisando para salir del paso. Quien crea que un encuentro por zoom puede sustituir al intercambio que se da en una clase presencial corre el riesgo de confundir enseñanza con circulación de información. ¿Por cuánto tiempo deberemos practicar esta la didáctica del distanciamiento gestionada por las redes sociales? Ninguna pantalla podrá reponer el excedente de sentido que se aloja en el tono cómplice con que se enuncian algunas preguntas, en la gestualidad que suele acompañar una explicación, en los indicios que dibujan los movimientos de manos y rostros. No hay enseñanza sin esas sobras del cuerpo que quedan afuera de la decena de cuadraditos con los que la pantalla multiplica caras. Extraño las atmósferas del aula 5C: el pase del mate entre les estudiantes (ahora prohibidísimo), las miradas atentas, los cuchicheos rápidos y cómplices, el paso fugaz de algún militante estudiantil que pide permiso para -por unos minutos- transformar la clase en auditorio cautivo. Me encantan esas performances electorales en la que retornan formas arcaicas de una práctica política, menos mediática, que también precisa de la viva voz. Extraño el break de las 15.30: ese entretiem po que da lugar al comentario amable de quien no se atrevió en público pero que en la intimidad del descanso puede dar rienda suelta a sus ganas de hablar sobre el tema del día. ¡Y cómo extraño a la profesora de guaraní! A su ardiente impaciencia que a las cinco en punto de la tarde exige

el desalojo. ¿Cuánto falta para que vuelva a sonar el dulce ñe'ẽ en la boca sin barbijos de sus alumnos?

Día 28. La televisión resulta insoportable, los llamados “comunicadores” irritan más que nunca. Parecen regodearse con la catástrofe de los números de infectados y de muertos a los que le agregan el aumento de índice del inefable riesgo país que es la fórmula del imperio para monitorear a los países cuyas economías se encuentran en sala de terapia intensiva. Hay una frase de Godard que encaja perfecto aquí: “La televisión fabrica olvido mientras el cine crea memoria”. Busco la salida que ofrece la memoria. Georgina me envía un enlace hacia la vía láctea: <http://proyectoidis.org/visualizacion/6/> Ingreso a esa constelación desde la cocina de mi casa. Por un efecto del azar, mi navegación en el Proyecto IDIS termina en la madrugada del día siguiente tras una maratón de unas nueve horas de película. Quedo exhausta y maravillada. Estoy de suerte con los enlaces. Nada más apropiado para pensar la relación entre catástrofe y porvenir que Noticias de la antigüedad ideológica: Marx – Eisenstein – El capital de Alexander Kluge. Una película sobre el retorno de Marx después de la crisis del 2008 filmada a partir de las notas que Sergei Eisenstein escribió entre 1927 y 1928 para un proyecto que nunca pudo concretar: la filmación de El capital. Un proyecto desmesurado que Kluge retoma noventa años después. Sin una historia que contar, sin anécdotas que filmar, en sintonía con Eisenstein, postula un cine que piensa a partir del encadenamiento de un enorme catálogo de materiales de archivo. Gigante montaje de entrevistas, textos, performances, videos y fotografías que proponen “cineficar el capital” al hacerlo pasar por el cedazo formal del Ulises de Joyce. Es decir, poetizándolo. Kluge es un entrevistador genial. Desdeña el estereotipo del testimonio documental al suplantarlos por el entredós que transforma a la entrevista audiovisual en artesanía, bordado, encaje de voces. Induce a decir y, luego, cinefica la escucha. Sorprende amorosamente, juega y seduce a sus entrevistados que terminan cediendo a la práctica de un comunismo de la palabra. Así transcurren los veinte minutos de la entrevista con Galina Antoschewskaia, traductora y sobrina nieta de la traductora de Lenin en 1918. Kluge la lleva, casi imperceptiblemente, a interpretar en un sentido musical, diríamos que, a tocar en vivo, fragmentos de los Manuscritos económico-filosóficos de 1844. Y Galina se entusiasma y no para de transportar la difícil prosa del filósofo alemán a los tonos dulces y misteriosos del ruso que, a su vez, transportan al espectador hacia los climas poéticos de Andréi Tarkovski o Nikita Mijalkov. Y decía Marx en 1844: “Pues no solo los cinco sentidos, sino también los llamados sentidos espirituales, los sentidos prácticos: querer, amar; en suma, la sensibilidad humana, la humanidad de los sentidos surge a través de la existencia de su objeto, a través de la naturaleza humanizada. La formación de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia universal precedente”. Ver, oír, gustar, oler, tocar: toda esa humanidad de los sentidos

es la misma que retorna con fuerza en medio de la pandemia y de la desaceleración planetaria. Reverbera, en este 2020, a través de las manos cuando ellas son objeto de tanta atención. El mundo sensible, que por medio del trabajo se vuelve la esencia de la humanidad, se presentifica inesperadamente, dice Rivera Garza, en el recogimiento del hogar: “Los sartenes, despostillados, ya casi sin teflón. El matamoscas. El sofá, que se ha movido de la sala donde nadie lo utilizaba hacia la barra de la cocina, donde es posible recostarse a leer algo mientras hierve el agua. La suela de los zapatos, con las huellas del afuera que dejamos a la entrada. La materialidad del hogar nos circunda, nos cerca, a algunos hasta la asfixia, pero al final del día está aquí, físico y sólido, contra las borrascas de la información y el miedo, en un tú a tú contra la abstracción del Estado y el capital, incitándolos o conminándolos a saberse cuerpo de nuestro cuerpo”. Cuando den por fin con la vacuna y el virus de la última temporada se vuelva parte de la historia, recordaremos a la cuarentena como aquel tiempo en que por unos días volvimos a ser cuerpos.

Día 51. Después de la cuarentena, les vivientes –humanos o no- seremos sobrevivientes. Más tarde, cuando podamos al fin prescindir de los horribles barbijos, seremos reaparecidos. Espectros que regresan del limbo del confinamiento obligatorio. “El porvenir –dice Derrida- solo puede ser de los fantasmas”. La espera inquieta no porque anuncie una posible emancipación sino porque probablemente sea el retorno a lo ya vivido. La desaceleración hizo más evidente lo que ya estaba allí, ahora aumentado: la precariedad en la que llevan sus vidas las mayorías. En estos días, la desigualdad social administrada se volvió menos abstracta, más palpable. Está ahí, detrás de las puertas que pronto vamos a abrir.



Libros puerta a puerta en época de pandemia

Por Paula Turina

“Soy un lector vulnerable.

Confío en lo que está escrito porque me invisto de una suerte de transparencia parecida al credo por la lectura o la lisa y llana credulidad; he de presuponer la veracidad de la ficción, tanto su enraizamiento como su desgajamiento. Abro un libro y sé que no sé qué vendrá, ni qué sucederá, ni cuándo, cómo, dónde. A veces pienso: ojalá mi vida se pareciera a ese letargo, a esa frágil convicción, a esa epifanía de la lectura según la cual ningún destino está trazado de antemano. Quisiera creer, pues, que la vida también es un porvenir que aún no está escrito”.

Carlos Skliar

Una amiga escritora hace una consulta desesperada por Whatsapp: “¿Saben si puedo conseguir algún libro en papel? Es para mi nieta que le encanta leer. Y no es lo mismo lo digital, no”. Cuando envió el mensaje, las librerías aún no estaban habilitadas para hacer envíos a domicilio. Intentamos consolarla que pronto iban a poder abrir y conseguir ese libro en papel, y como si hubiéramos pedido un deseo colectivo, a los días, llegó la noticia tan esperada.

Las librerías de Rosario escribieron una carta al intendente de Rosario pidiendo la apertura de los espacios únicamente para buscar los libros y hacer envíos desde el lunes 13 de abril. Y a partir de la decisión administrativa 490 en el Boletín Oficial del gobierno nacional, finalmente se habilitaron la “venta de artículos de librería e insumos informáticos, exclusivamente bajo la modalidad de entrega a domicilio y en ningún caso se podrá realizar atención al público”.

Pero en ese momento, comenzaron las preguntas: *¿Cómo se organizan desde las librerías para los envíos a domicilio? ¿Cómo atraviesan esta situación inédita? ¿Sus clientes les comentaban sobre si leían en el marco de la cuarentena? ¿Podían leer o no podían? En ese caso, ¿qué les decían? ¿Y sobre la actividad de ir a la librería y elegir un libro? ¿La extrañan?*

¿Cómo será el porvenir? ¿En qué momento se podrá volver a recorrer los pasillos de una librería, sacar un libro de un estante, leer la contratapa, terminar con al menos cinco libros en las manos, y tener que elegir solo uno?

Algunos de los librereros y las libreras de la ciudad, como Nuria de Arde Libros, Marcos de Buchin, Germán de El juguete rabioso, Quique de Paradoxa, Carolina de Mal de archivo y Natalio de Oliva, responden a estas preguntas. Sobre cómo atraviesan la situación y cómo llevan adelante la organización, cuentan.

Natalio: “La semana antes de decretarse el aislamiento obligatorio ya se notaba algo raro, no circulaba tanta gente y las ventas venían bastante flojas, quizás es el comienzo de año, la Facultad de Humanidades y Artes aún no estaba en marcha, no se bien, pero no era como otros años. Días previos hubo un subidón de ventas, cuando ya imaginamos lo que podía pasar. Luego, los primeros días fueron silencio total, en las redes sobre todo, la gente tenía para leer mucho material acumulado, leer todo lo que compró y no había tenido tiempo de leer. Enseguida empecé a extrañar mi rutina de ir a Oliva, charlar con los clientes, hacer pedidos, renovar las mesas y vidrieras. Nos pusimos en contacto con el resto de los librereros por Whatsapp y empezamos a tirar ideas. Estábamos todos muy respetuosos de la cuarentena, hasta que no dábamos para más, sostener un local en centro, muchos tienen varios empleados, bueno, no es fácil y de ahí surgió lo de la venta a domicilio pero necesitábamos una autorización que finalmente fue aprobada. Por eso al estar a la espera solo recibimos consultas de cuando íbamos a poder hacer entregas. La venta online es una opción a estos tiempos, nosotros no estábamos acostumbrados, muy pocas veces hacemos delivery, nuestros clientes son más de ir a la librería, pedir algo concreto o solo mirar y buscar o ser encontrado por algún título. La organización para las ventas, por ahora, es un poco desordenada, pero iremos agilizando, al no tener página web preparada para las ventas, las consultas surgen de las redes sociales, quizás te consulta el mismo cliente por un libro a Instagram y a Facebook, con diferente perfil y se te arma lío, pero anécdotas más bien de la circunstancia”.

Nuria: “Decidimos centralizar las consultas y los pedidos de libros por el Whatsapp de la librería, porque hace poco estrenamos una página web, y es en esta donde se hacen las consultas e inscripciones a los talleres que realizamos. Estamos coordinando envíos, respondemos consultas, hacemos recomendaciones para quienes consulten, coordinamos el pago online, que lo hacemos por Mercado de pago. Después despachamos desde el local y entregamos con cadete. Estamos tratando de atravesar esta situación inédita con calma sobretodo. Lo primero fue tratar de no hacer demasiados movimientos para ver cómo se iba desarrollando la situación. Lo primero que hicimos fue organizar una serie de vivos por Instagram con proyectos de amigas que se vinculan con Arde: con More Pardo, guionista de la serie Quien Pudiera, con La ladrona de libros, librería de Buenos

Aires, Bel Senlle, de Claridad Tarot, Flor Coll de Femiñetas y Lupa Richetta de Crema Boutique de Goce. La idea era poder compartir desde la vulnerabilidad cómo estábamos atravesando ese tiempo, porque al principio circuló mucho los imperativos que apuntaban a la productividad y lo cierto es las primeras semanas no hubo demasiado qué hacer, entonces se nos ocurrió simplemente encontrarnos de manera digital. Y después cuando vimos la posibilidad de que haya algún tipo de flexibilización, con los libreros de Rosario enviamos una carta al intendente y al gobierno de la provincia, para ver si podían habilitarnos a hacer envíos para aunar fuerzas en una demanda que nos parecía potable”.

Germán: “Tomamos pedidos por redes, Whatsapp y teléfono, los separamos por zona y despachamos con un cadete. La respuesta fue muy buena, al menos luego de tantos sin actividad, hemos recibido muchísimos pedidos”.

Marcos: “Venimos a trabajar a puertas cerradas. Atendemos a través de todos los canales: Facebook, Whatsapp, teléfono fijo, celular, correo electrónico. Es un poco caótico porque cuando vienen los clientes al negocio, vamos atendiendo de a uno y ahora los mensajes llegan todos juntos, entonces hay que darles un orden. Es algo que estamos intentando sistematizar. Los envíos los hago yo personalmente. Tengo una moto Vespa, me pongo el traje de motocadete y los entrego. Se ve poco tránsito, es un poco enloquecedor porque vas de un lado para el otro. Lo bueno es que de esa forma mantenemos el vínculo con los clientes, no es algo tan despersonalizado. Enviamos para regalos, y ofrecemos cantar el feliz cumpleaños, permite un ida y vuelta. Actualmente funciona mucho la recomendación de libros, lo que circula en los medios y en las redes sociales. En general, ya saben qué libro quieren porque lo vieron recomendado. Aunque siempre está la persona que viene a curiosar, y obviamente eso ahora no está, es distinto”.

Carolina: “Estuvimos unos días en pausa, pensando y coordinando con el resto de los libreros una manera de reinventarnos. Creemos que la forma de sobrevivir a esta situación requiere del trabajo colectivo con todas las librerías independientes. Hacemos los envíos nosotros mismos en bicicleta, intentando que el trato con nuestros clientes siga siendo cercano y sin intermediarios. De esa manera también cuidamos no colaborar al aumento de personas circulando. Igualmente, si hubiera pedidos por fuera del radio de la librería, pensaríamos una forma posible de hacerles llegar el libro. Este es un plan de acción tan flexible como la situación que nos atraviesa, así que estamos dispuestos a pensar estrategias para cada caso particular”.

Quique: “Estamos tomando pedidos que la gente consulta por teléfono y por las redes sociales. Preparamos la bolsa con los libros y tenemos servicio de cadetería, en un horario de restringido, que es cerca del mediodía, donde hacemos los repartos. Atravesamos esta situación como se puede, es complicado, pero sabemos que se le ha complicado a muchas personas, tratamos de mantenernos en actividad y en contacto con nuestros clientes para saber qué están leyendo. Antes que pudiéramos abrir para hacer envíos, largamos una promoción de bonificación del 15% en la compra anticipadas con un voucher. Durante la cuarentena nos depositan por transferencia bancaria o Mercado Pago, así cuando termine la cuarentena, puedan ir a la librería y retirar los libros. En un principio se largó en grupos de clientes amigos y como tuvimos buena recepción, decidimos largarlo oficialmente en las redes. Por suerte hay mucha gente que se preocupa y se copa en dar una mano al comercio familiar de la ciudad”.

La relación con clientes

Nuria: “El intercambio fue a través de estos vivos que hicimos. Lo que nos decían es que existía esta imposibilidad de sentarse a leer. En este sentido, fue muy interesante la nota de Alexandra Kohan que circuló que decía que cuando leemos lo que hacemos es ponerle una pausa al mundo y ahora el mundo nos había puesto en pausa a nosotres, entonces el lugar de la lectura quedaba en un espacio incierto. Fue muy fuerte asimilarlo, creo que con las semanas hubo una aceptación. Lo que procuramos fue mantener un vínculo con los clientes, sobre todo porque hay algo con la clientela que es una relación de lealtad, así lo llamo. Creo que es un momento para apelar a la fidelidad con la clientela”.

Carolina: “El contacto con los clientes es permanente sobre recomendaciones de lecturas y propuestas de actividades para hacer en cuarentena. Pero, nuestra característica siempre fue el encuentro en la librería, y eso es lo que más extrañamos tanto nosotros como nuestros amigos y nuestros clientes”.

Quique: “Sobre leer en cuarentena nos han comentado que aprovecharon para terminar un trabajo, una materia, gente que se puso con la tesis, hay consultas en ese rango. Y por supuesto, también la consulta típica para lectura como actividad de ocio y no de estudio. Algunos han comentado que se cansan de ver películas, series, estar en las pantallas y buscan el formato libro como un refugio más en estos tiempos que están en la casa. Creo que nos pasó a muchos que la primera semana dijimos vamos a aprovechar a leer y hacer cosas que nos gusten y al final costó. Creo que con los días hubo una especie

de reordenamiento de ciertas rutinas. Ahora los clientes están pidiendo libros puntuales por recomendaciones, y claramente no es lo mismo que pasar por la librería en búsqueda de un libro”.

Germán: “Tuvimos mucho contacto por las redes, pero la verdad es que no recuerdo hablar nada tan concreto sobre la experiencia de lectura, sino más bien generalidades”.

Sobre el porvenir

¿Cómo será vuelta a la librería física con la oportunidad de reencontrarse con los clientes y las clientas? ¿Cómo creen que será el porvenir?

Carolina: “Lo pensamos todo el tiempo pero al no haber un horizonte claro aún, estamos centrados en sobrevivir al presente que ya es bastante. El porvenir es incierto en cuanto a la posibilidad del encuentro físico. La venta de libros exclusivamente puede trasladarse a modalidad online con delivery. Tendremos que pensar estrategias de visibilización. No mucho más se nos ocurre por ahora”.

Quique: “Permanentemente pensamos en los días en que los clientes se vuelvan a acercar a la librería a hacernos consultas, pedir recomendaciones, charlar, intercambiar opiniones y lecturas con mates de por medio. Sabemos que ese escenario es el más deseado por todo el mundo del libro, pero también sabemos que es el más lejano en el horizonte por ahora. La vuelta a las ventas en mostrador dependerá de cuánto se flexibilice o no la cuarentena. De continuar este escenario creemos que van a crecer las consultas y compras en la puerta del negocio. Lamentablemente no vemos en lo inmediato que el cliente pueda pasar y hacer su recorrido habitual por nuestras estanterías. Esto llevará indefectiblemente a un aumento de nuestra labor en la atención y recomendación desde la puerta. También creemos que la modalidad de entrega de los envíos a domicilio por cadetería continuarán por un buen tiempo. Respecto de la modalidad virtual, consideramos que van a seguir el servicio de consultas y recomendaciones vía redes sociales. Se seguirán efectuando compras online por Mercado Libre y nuestra página web como se vienen realizando hasta ahora. Entendemos que hay un público que ya se acostumbró a esta modalidad y creemos que va a seguir por un buen tiempo hasta que todo se normalice. Habrá que ver cuántos de éstos cambios, y en qué medida, llegaron para quedarse o no. Así que todo el tiempo estamos pensando y reconfigurando cosas en función de brindar un buen servicio y atención con nuestros clientes sin perder la cercanía y el contacto personal”.

Marcos: “No puedo saber cómo va a terminar todo esto, o si realmente va a terminar este estado de excepción. Si esto se prolonga, si hay un nuevo foco, si el estado no toma

medidas estructurales para reorganizar las relaciones económicas, es difícil de imaginar, ya que claramente es inviable la estructura normal para la nueva situación. Ahora suponiendo que la cuarentena se levanta parcialmente en una o dos semanas y que se permite el ingreso a las librerías, creo que va a haber un deleite especial para los que gustan de curiosear y hojear y perder el tiempo entre los estantes y charlar con los libreros, todo lo que reprimimos aflora con más ganas cuando nos lo permitimos. Lo negativo que veo es que esta modalidad de venta online fortalece el individualismo, el aislamiento, la concentración en canales de venta (como Amazon o Mercado libre) que generan deuda externa, concentración de riqueza y precarización laboral, esta situación le ha dado un impulso a ese modelo de comercialización que no sé si revertirá”.

Nuria: “No pensamos demasiado todavía a la vuelta a la librería. Por suerte viene muy bien el tema de la venta online y creo que por algunos meses va a ser lo mejor, intentar profesionalizar lo mejor que podamos esta forma de venta para que pueda venir la menor cantidad de personas al local, sobretodo porque el nuestro es chiquito y los libros son objetos que necesitas tocarlos, hojearlos, y en la medida de lo posible queremos evitar eso para cuidarnos. Por ahora, venimos muy bien con el despacho de libros a domicilio. Es una realidad que tiene sus límites a la hora de la recomendación y en cuanto a que podemos hacer una cantidad limitada de pedidos por día, porque somos tres personas. La demanda está siendo alta y seguimos organizándonos para estar a la altura de la situación. Creo que es un método que llegó para quedarse, no creo que de pronto volvamos a no hacer envíos a domicilio. Me parece que es una dinámica y una forma de trabajo que vamos a tener que implementar todas las librerías de ahora en más, porque ya creo que ya hay una costumbre de pedir de esta manera, obviamente que les clientes nos dicen que extrañan ir a la librería a elegir el libro. Para nosotras también se complica porque no tenemos el catálogo online. Lo cierto que el futuro es bastante incierto en cuanto al tiempo que vamos a estar trabajando de esta manera, creo que va haber un cambio en cómo circulen los libros pero por lo que comprobamos, las personas no van a dejar de comprar libros para leer. Y mientras tanto seguir manteniendo los vínculos pese a que no podamos encontrarnos físicamente y cuando nos podamos volver a encontrar, por supuesto, será una fiesta”.

Germán: “Me imagino que la modalidad de envíos se va a sostener y quizá se instale de modo permanente, por la comodidad y celeridad con que permite hacerse con un libro que se necesita; pero apenas se permita la apertura de los comercios, con los protocolos que se crean necesarios, los lectores van a volver a las librerías porque éstas son un paseo donde uno va a encontrar lo que no buscaba. Creo, y espero, que de a poco vamos a volver a la cotidianeidad de antes de la pandemia”.

Natalio: “Después de varias semanas pude volver a Oliva para activar la venta a domicilio, ya van tres semanas y a punto de empezar otra, por ahora hasta el 10 de mayo, vere-

mos luego... Estar en el local me encanta y no dejo de pensar en cuando vamos a poder reencontrarnos con los clientes y amigos, la medida de aislamiento obligatorio comenzó dos días después de que yo comenzara una ampliación del local, la idea de sumar talleres, tener espacio para presentaciones, más bibliotecas, más libros, en fin, no dejo de pensar en eso y mi proyecto sigue en pie, esperando a que esto pase, no se por qué pero pienso en el mes de septiembre como una posibilidad de volver a estar como antes. Algunas cosas van a quedar por un tiempo, parte de la venta a domicilio y los talleres virtuales en alguna medida. Algunos clientes me piden que les pase videos de las bibliotecas o de las mesas para ver los lomos de los libros”.

Natalio además cuenta que la semana pasada decidió renovar la vidriera, aunque sabe, la verá muy poca gente. Este acto, pequeño tal vez, emociona. Por chico que parezca, elegir libros para una vidriera es mantener una pequeña rutina para que alguien del otro lado, algún vecino o vecina que salga a hacer un mandado, los mire con atención. Sin dudas, añoramos la cercanía de una cotidianidad ya inexistente, que esperemos, pronto regrese.

Los sueños como sismógrafo de una época

Por Candela Ramírez

Se repiten los viajes y los gatos, el encuentro con personas que no vemos hace mucho tiempo y la prohibición de entrar a lugares. Aparece también una amenaza: alguien que ve lo que no podemos hacer pero hacemos igual. Estos son algunos temas en común que surgieron en relatos de sueños que recibieron un grupo de investigadores de Rosario recopila en lo que sería un archivo onírico de esta cuarentena.

El proyecto de investigación, radicado en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y el Instituto Universitario Italiano de Rosario (IUNIR), se titula Charlotte Beradt y las tesis sobre los sueños en tiempos totalitarios. Repercusiones teórico-epistemológicas en la filosofía, la historia y el psicoanálisis. Una semana antes de que se dispusiera el aislamiento social, preventivo y obligatorio, notaron que entre ellos mismos y en sesiones de análisis –de psicólogos que integran el proyecto– empezaron a irrumpir con mayor frecuencia relatos de sueños. Enseguida decidieron empezar a recopilarlos. Todavía sin mucha claridad sobre lo que podían encontrar pero con una hipótesis: se trata de “sueños beradtianos”.

Una fábrica de sueños

Charlotte Beradt fue una periodista alemana que logró escapar del nazismo. Entre 1933 y 1939 –año en que se exilió con su marido a Estados Unidos– recopiló relatos de sueños. Fue la etapa de ascenso de Hitler al poder: hubo una escalada de restricciones laborales, leyes raciales, persecuciones, encarcelamientos y asesinatos. La periodista, cuyo padre se quedó rápidamente sin trabajo por ser judío, notó que ella y su círculo más cercano estaban teniendo sueños similares “con características que tenían más que ver con las circunstancias públicas o políticas de lo que estaba sucediendo que con circunstancias específicas de cada una de las personas” explica Soledad Nívoli, directora del proyecto en el IUNIR.

La primera publicación de El tercer Reich de los sueños fue en 1966, en alemán, y su traducción al español fue recién en 2019, de la mano de Nívoli y Leandro Levi. A partir de esta traducción, que les llevó dos años, el año pasado conformaron el proyecto de investigación. El grupo que lo integra se venía preguntando “qué disputas se pueden establecer, qué cuestionamientos hace el trabajo de Beradt a las tesis del psicoanálisis,

qué aportes o cuestionamientos haría a la historia de los genocidios y los totalitarismos y cuáles a la filosofía”.

En *El tercer Reich de los sueños* la autora encuentra que en los relatos que reunió había motivos que se repetían y que a fin de cuentas, explica Nívoli, “el régimen nazi había alcanzado tal eficacia que se había inmiscuido en el propio mundo de los sueños. Si en los sueños habitualmente nos permitimos recrear cuestiones, jugar con nuestros recursos estéticos, elaborar, inventar o crear, bajo un régimen totalitario se vuelven un producto rígido, estereotipado, un producto que, dice Beradt, parece salir directamente del taller del régimen totalitario”.

Este planteo impactó y sedujo al grupo de investigadores rosarinos. En este marco y a partir de las primeras medidas gubernamentales para frenar el avance del coronavirus en Argentina, notaron que varios pacientes empezaron a tener lo que ellos llaman sueños beradtianos: “Sueños en los que aparece una impronta muy fuerte de lo público, de lo que está pasando a nivel social, frente a cualquier otra cuestión más de índole personal. Empezamos a escuchar temas recurrentes”.

Inmediatamente consideraron que sería una buena idea registrar estos relatos. Nívoli explica por qué: “Eventualmente estamos ante una situación que es beradtiana no en el sentido del totalitarismo nazi porque las diferencias son evidentes, pero sí hay algo que tenemos en común con ese momento que es que toda una comunidad, en este caso la comunidad mundial y esto sí que es inédito, está sometida al mismo tipo de amenaza, a los mismos temores, a las mismas regulaciones y al mismo encierro, con sus particularidades y singularidades locales pero con esta impronta fuerte de una cierta generalidad en una situación que es pública y que pone lo común o lo político por encima de lo individual o lo subjetivo. Este rasgo fundamental es el que nosotros vimos que impactaba directamente en el mundo onírico, de los sueños. Beradt decía ‘el taller del régimen totalitario parecía estar fabricando estos sueños’. Acá el taller de la pandemia mundial parece estar fabricando directamente estos sueños. “Fue esta simple, hipótesis la que nos lanzó a hacer este archivo onírico de cuarentena”, dice.

Un producto de la estereotipia colectiva

En un país donde hay tantas personas que asisten a sesiones de análisis y en una ciudad donde la Facultad de Psicología tiene una marcada orientación psicoanalítica, puede surgir esta pregunta: ¿cómo se estudian los sueños por fuera del contexto del paciente y sin el dispositivo analítico que incluye al analista y el diván?

Nívoli responde que se trata justamente de uno de los núcleos polémicos del trabajo de Beradt. La teoría de la interpretación de los sueños estudiada por Sigmund Freud, plan-

tea la investigadora, está muy instalada en un saber popular que entiende los sueños como cumplimiento de deseo y como formación de lo inconsciente. Desde esta perspectiva los sueños solo pueden tener un significado en el marco de una sesión de análisis a partir del trabajo de elaboración que realice el soñante.

Para este grupo de investigadores la postulación interesante del libro de Beradt es que durante tiempos totalitarios los sueños “cambian de naturaleza porque lo que se configura de otro modo es la subjetividad que, de alguna manera, se vacía de singularidad, se llena de publicidad, de saber común, de esto que le pasa a todo el mundo. Los sueños se empiezan a replicar siguiendo esa lógica de la disciplina, de lo común o del coro, en contra de lo particular. Algo de esto está sucediendo ahora también”.

Finalmente, siguiendo la tesis de Beradt, los sueños se transforman en “el sismógrafo de una época, enseguida sintonizan con lo que pasa en lo común. Los sueños dejan de ser producto de la creatividad personal y empiezan a ser un producto de la estereotipia colectiva”.

Exilio, salón de belleza y escritura

Charlotte Beradt dejó Alemania con destino a Estados Unidos en 1939. Lo hizo acompañada de su marido Martin Beradt, escritor y abogado, de quien tomó el apellido. Antes de partir, toda la recopilación de relatos había sido sometida a una censura muy sutil, codificada, en caso de que hubiera una requisita en su casa. Los textos estaban escondidos en los lomos de los libros y Beradt suplantó algunas palabras que se repetían, por ejemplo Hitler.

Junto con su marido, antes de exiliarse, dividieron todo el trabajo en sobres que enviaron a personas de confianza de distintas partes del mundo para asegurarse de que el archivo onírico estuviera a salvo.

Una vez asentados en Nueva York pusieron un salón de belleza donde Charlotte trabajó como peluquera. Este lugar también se convirtió en un espacio de encuentro de judíos que escaparon del nazismo. “Una suerte de salón literario o filosófico”, sintetiza Nívoli que detalla que entre los visitantes estaba la reconocida pensadora Hannah Arendt.

Pasaron casi 30 años hasta Beradt publicó *El tercer Reich de los sueños* por primera vez. Según Nívoli y su equipo fue el tiempo que le llevó autorizarse a sí misma publicar un trabajo de estas características y justamente las conversaciones que se daban en ese salón de belleza fueron un gran impulso para que Beradt publique su texto. En este sentido, además, Nívoli considera que hay que leer *El tercer Reich de los sueños* con los libros de Arendt *Los orígenes del totalitarismo* y *La condición humana* de fondo y agrega que se trata de “tesis teórico-políticas más que psicológicas”.

A escribir lo que soñamos

Nívoli es profesora de Epistemología, dedica la mayor parte de su tiempo a la investigación, donde también se desempeña como traductora. Terminó sus estudios de grado en Psicología, pasó por la Facultad de Filosofía, hizo una maestría en Literatura Argentina, un doctorado en Ciencia Política y completó un posdoctorado en Francia. Fue recién ahí, en 2014, que escuchó por primera vez el nombre de Charlotte Beradt y su libro. Todo este recorrido puede explicar, en parte, por qué se sintió tan atraída por este texto: se trata de un trabajo donde hay un cruce de varias disciplinas. Cinco años después harían su traducción al español. Todavía se pregunta por qué llevó tanto tiempo que comenzara a circular en su ámbito académico.

El grupo de investigadores convoca a las personas a enviar por correo electrónico (a lanivo@yahoo.com.ar) relatos de sueños que estén ocurriendo durante esta cuarentena, lo más fiel posible a sus recuerdos. Garantizan su anonimato, solo piden detallar edad y ocupación. Darán por terminada la etapa de recolección cuando termine finalmente la cuarentena.

Entonces, pasarán a la próxima etapa: pensar las categorías, tópicos, temáticas. Sería muy pronto, plantea Nívoli, sistematizar la información. Aunque por ahora sean “puras apariciones, sin categorización”, en los relatos que recibieron se repiten los viajes, los gatos, lugares donde no se puede circular. Habrá que esperar a ver qué sentido cobran una vez que tengan reunido todo el material.

Georges Perec

La vida instrucciones de uso



ANAGRAMA
Colección Compactos

Colofón

Por Virginia Giacosa, Lila Siegrist y Pablo Makovsky

Simon Reynolds nos cuenta en *Retromanía* que ese museo en el que hoy se desarrolla el pop-rock es “retromaníaco”, está tan apegado a su propio pasado que deja el evento, es decir, ese acontecimiento que iba a suceder y marcaba el porvenir, en el pasado. En otras palabras, deja el futuro sin evento.

Hasta ahora atravesamos el presente en el deseo del provenir, pero incluso ese deseo, como el presente, se encuentran en suspenso. El ahora del aislamiento y el futuro que le sigue, se presentan fantasmales; el tiempo se ha dislocado.

El evento, ese que la “retromanía” ubica en el pasado, parece haber alcanzado el presente: la cuarentena se consuma y consume cualquier posibilidad de otro tiempo, la devora como un evento único, inescapable.

La literatura, los ensayos, la poesía, que son también ejercicios de deseo, son lugares donde se organizan –se anudan, en varios órdenes– lo actual y lo pretérito, para dar lugar a un porvenir siempre inminente, pero que ya tiene la forma de esa otra cosa que traerá el futuro.

El mundo venidero acaso sea como la aurora prístina del último domingo, con pájaros que trinan en las ramas, ajenos al confinamiento de la familia y el sol derramándose pleno sobre las sábanas colgadas del paciente muerto –para retomar la imagen del célebre haikú.

En enero de 2012, Giorgio Agamben escribió que para entender lo que significa la palabra futuro primero tenemos que saber lo que significa la palabra fe. “Hay futuro sólo si podemos esperar o creer en algo”, dice y refiere las indagaciones de un teólogo que trabajaba sobre la palabra *pistis*, que es la palabra griega que Jesús y los apóstoles utilizaron para la fe. Nuestro erudito se encontraba casualmente en una plaza de Atenas y al mirar hacia arriba vio escrito en grandes letras ahí adelante: *Trapeza tés Pistéos*. “Sorprendido por la coincidencia –la palabra *pistis*– observó con mayor atención. Después de unos segundos se dio cuenta de que se encontraba simplemente delante de un banco. *Trapeza tés Pistéos* significa en griego ‘Banco de crédito’”. Y anota Agamben: “*Pistis*: la fe es lo que da realidad a lo que aún no existe, pero en lo que creemos y tenemos fe, porque en ella ponemos en juego nuestro crédito, la palabra nuestra. Algo como un futuro existe apenas en la medida en que nuestra fe consigue darle sustancia, esto es, realidad a nuestras esperanzas”.

No sabemos, apenas imaginamos cómo será el porvenir, el mundo venidero, pero si algo es cierto es que comenzaremos a darle crédito una vez que alguien comience a ponerle palabras.





ISBN 978-987-27972-5-6

